

PUNTO DE VISTA

AÑO XII • NUMERO 36
DICIEMBRE '89
AUSTRALES 1800

REVISTA DE CULTURA

DERECHOS HUMANOS E INDULTO: políticas de olvido, construcción de la memoria. Habermas y los historiadores. Escriben: José María Gómez, Hilda Sabato, Beatriz Sarlo, John Torpey.

SAER sobre BORGES

Beceyro, Palermo, Gramuglio, Marimón, G. Helder sobre Renzi, Cine argentino, Socialismo y democracia, Historias de la literatura, Lamborghini.



X

Punto de Vista - Revista de Cultura
Diciembre 1989 - N° 36

Consejo de dirección

Carlos Altamirano
José Aricó
María Teresa Gramuglio
Juan Carlos Portantiero
Hilda Sabato
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

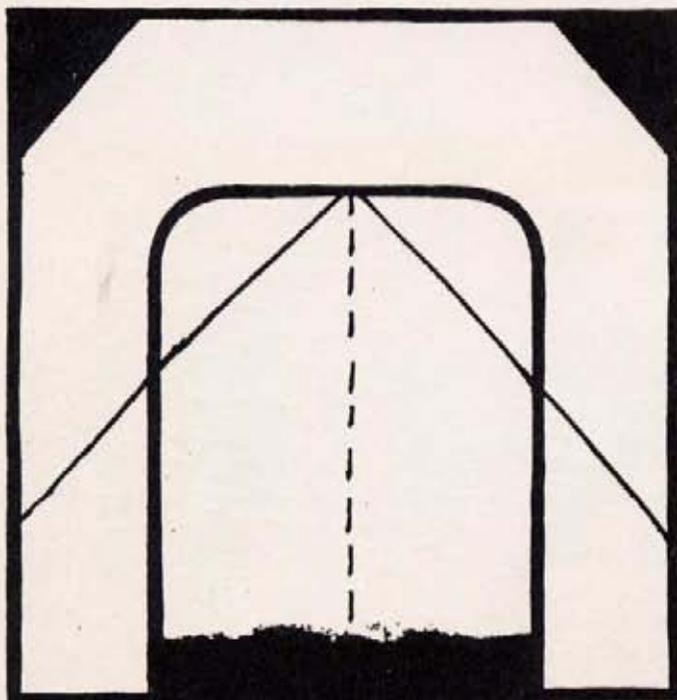
Directora

Beatriz Sarlo

Diagramación

Eugenio Tavelli

Este número recibió el apoyo económico de la Fundación Pablo Iglesias.



Suscripciones:

En la Argentina:

1 año A 6000 ño)

En el exterior:

vía superficie: 25 dólares (6 números)

Vía aérea: 30 dólares.

Corrección:

Alicia Vázquez

Composición y armado:

Arbol Alto

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina. Teléfono: 953-1581.

Impresión: Talleres Gráficos Litodar, Viel 1444, Buenos Aires, Registro de la Propiedad Intelectual en trámite.

Eclipse de la memoria, política del olvido:

la cuestión de los derechos
humanos en una democracia
no consolidada

El 17 de octubre el presidente Menem firmó cuatro decretos de indulto en beneficio de altos jefes militares acusados de "gravísimas violaciones a los derechos humanos" durante la última dictadura, de los militares que se rebelaron en tres oportunidades contra las autoridades constitucionales para poner fin al enjuiciamiento y condena de miembros de las Fuerzas Armadas por las referidas violaciones a los derechos humanos, de los ex comandantes que condujeron la guerra de las Malvinas y de ex guerrilleros y militantes políticos de la década pasada con causas pendientes en la justicia. Quedaron excluidos del perdón presidencial — aunque el titular del poder ejecutivo ya anticipó que otro indulto podría beneficiarlos en un futuro próximo — los integrantes de las dos primeras juntas militares y el máximo dirigente de la organización guerrillera montoneros, sobre los cuales pesan severas condenas dictadas por la justicia civil, al igual que un ex comandante del I Cuerpo de Ejército y dos ex jefes de policía de Buenos Aires. La decisión fue tomada, se-

José María Gómez

gún se sostiene en los considerandos de los decretos, en ejercicio de una facultad constitucional y en nombre de la "reconciliación-pacificación nacional" y de la consolidación de la democracia en la Argentina. Desde hacía varias semanas, el escenario oficial estaba montado y la opinión pública preparada para el anuncio. Antes e inmediatamente después de la medida, voces sonoras del mundo político, religioso, económico y militar celebraron el espíritu de unidad y de generosidad del tiempo nuevo que se abre, mientras sus opositores se sumergían en un profundo escepticismo frente a la irreversibilidad de la misma y a la promesa oficial de su futura extensión. Menos de seis años parecen así haber bastado a la democracia política argentina para operar una inversión absoluta en los términos de justificación de decisiones cruciales que se refieren directamente a los derechos humanos. Cabe preguntarse, en consecuencia, cómo esto ha podido ocurrir y cuál es su significado sobre el futuro de la democracia en el país.

En el extremo inaugural de ese arco de tiempo, se ubican los decretos del primer gobierno constitucional que sometían a juicio a los máximos responsables del terrorismo de estado (integrantes de las tres primeras juntas militares) y del terrorismo subversivo (dirigentes de las organizaciones guerrilleras), además de crear una comisión de notables encargados de investigar la desaparición de miles de personas (CONADEP). Era clara la voluntad política que se revelaba en ésta y en otras iniciativas posteriores tomadas por el ejecutivo (derogación de la ley de "autoamnistía" del antiguo régimen, modificación al código de Justicia Militar instituyendo la competencia en segunda instancia de tribunales civiles, adhesiones a pactos y convenciones internacionales de protección a los derechos humanos, etc.): la de fundar la institucionalidad democrática emergente en la afirmación de exigencias éticas y jurídicas universales inherentes a la temática de los derechos humanos, lo cual se traducía, retrospectivamente, en actos de justicia y producción de verdad que impidiesen la impunidad y el olvido de los crímenes aberrantes cometidos bajo el autoritarismo. Por otro lado, ello no era ajeno al cálculo político del partido gobernante de encontrar una solución al agudo conflicto que, en la fase final de la dictadura, oponía abiertamente organismos de derechos humanos (con fuerte capacidad movilizadora y aceptación social de su reivindicación de esclarecimiento sobre el destino de los "desaparecidos" y el castigo a todos los culpables) y Fuerzas Armadas (divididas, desprestigiadas e incapaces de forzar una negociación con la dirigencia política —al estilo brasileño o uruguayo— sobre la no revisión de la llamada "guerra sucia"). En ese sentido, la estrategia inicial del radicalismo apuntó a "despolitizar" al máximo el antagonismo cívico-militar mediante la puesta en funcionamiento de mecanismos que, por una parte, filtrasen la demanda de los organismos (juicio político bicameral y juicio penal a la totalidad de los acusados) y, por otra parte, asegurasen a las Fuerzas Armadas la posibilidad de que ellas mismas establecieran una limitación cuantitativa de los implicados (a través de la determinación de grados controvertibles de responsabilidad y la jurisdicción en primera instancia del tribunal militar).

En suma, desde la óptica gubernamental, el sistema democrático saldría fortalecido con la decisión del enjuiciamiento selectivo y autoadministrado de figuras notorias del terrorismo represivo, pues en un único movimiento se reafirmarían sus fundamentos normativos de legitimidad (ideales de justicia, dignidad, libertad, verdad, paz) y sus condiciones histórico-institucionales de estabilidad (integración no demasiado traumática del poderoso actor militar, de reconocida trayectoria y mentalidad no democráticas). Fue entonces a partir de esta acción del poder político, y de sus consecuencias no previstas ni deseadas a nivel de la lucha política, que quedó configurado uno de los dilemas centrales de la transición democrática en la Argentina. Un dilema que comprendía dos cuestiones íntimamente vinculadas desde la época del autoritarismo, pero de creciente incompatibilidad en el proceso que se abre en diciembre de 1983: la cuestión de los derechos humanos y la cuestión militar.

En efecto, a lo largo de los últimos cinco años, y a partir de la dialéctica del conflicto que envolvió a cuatro actores principales —gobierno, corporación militar, justicia civil y organismos de derechos humanos—, se conformó un universo de fuerzas y de sentido dominante que pasó a privilegiar con exclusividad, por "razones de Estado", el tema de la crisis militar y de cómo superarla. Una secuencia de acontecimientos decisivos marcaron las coyunturas densas de dicho proceso (informe de la CONADEP, negativa del Supremo Tribunal Militar de juzgar a los ex comandantes, juicio penal y condena de esos últimos a cargo de la Cámara Nacional de Apelaciones, "instrucciones" del ejecutivo a los fiscales, ley de Punto Final, rebelión de Semana Santa, ley de Obediencia Debida, sublevaciones de Monte Caseros y Villa Martelli, asalto al cuartel de la Tablada). Acontecimientos que, al final de cuentas, fueron tornando evidentes, para protagonistas y espectadores en general, algunos resultados del conflicto abierto con motivo de las violaciones a los derechos humanos.

En primer lugar, el fracaso inmediato de la política de derechos humanos y militar implementada por el gobierno de Alfonsín, y la consiguiente búsqueda pragmática de estrategias sustitutas de desprocesamiento masivo de militares inculcados ("instrucciones" y leyes). Dichas estrategias, si bien procuraban alcanzar efectos jurídico-políticos propios de una amnistía, jamás asumieron el discurso explícito del "perdón y del olvido" que ésta supone, por temor tal vez al costo político de la incongruencia.¹ En segundo lugar, el avance continuo de la corporación militar en pos no sólo de la impunidad jurídica de sus miembros, sino del objetivo último del reconocimiento legítimo de su actuación en la llamada "lucha antiterrorista" y, por elevación, de un nuevo rol en la seguridad interna. Más allá de las profundas divisiones en el Ejército, una diversidad de declaraciones y gestos, presiones y actos de fuerza —las tres rebeliones "carapintada"—, se orientaron hacia la obtención de concesiones gubernamentales y el cambio de imagen de las instituciones armadas ante la opinión pública. En tercer lugar, el predominio indiscutible del poder ejecutivo sobre el legislativo y el judicial, sólo quebrado por este último en breves aunque decisivos momentos de actuación autónoma (los que provocaron el fracaso de las "instrucciones" al fiscal militar y de esa especie de amnistía encubierta que fue la ley de Punto Final). Por último, la ubicación marginal y controvertida que ocupa la temática de los derechos humanos en el debate político actual, en contraposición con la centralidad que tenía en el discurso político y social al inicio de la transición, así como la tendencia al aislamiento político-social, a la pérdida pronunciada de la capacidad movilizadora y a la fragmentación del movimiento de derechos humanos.²

¹ Véase Marcelo A. Sancinetti, *Derechos Humanos en la Argentina post-dictatorial*, Lerner Editores, Buenos Aires, 1988.

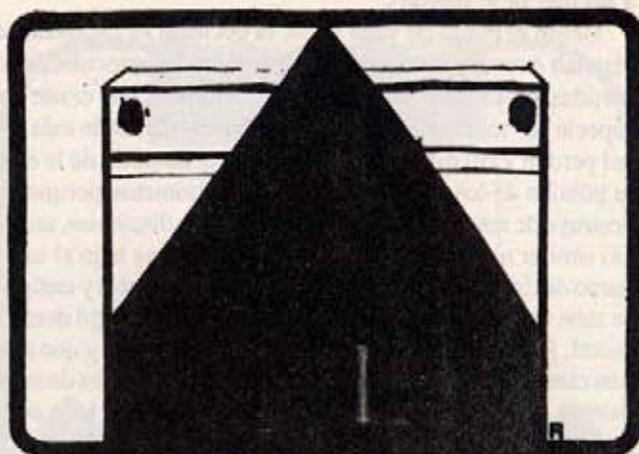
² Véase al respecto, la interpretación de Héctor R. Leis, *El movimiento por los derechos humanos y la política argentina* 1. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1989.

En el marco histórico de ese progresivo eclipse de la memoria social sobre los crímenes del régimen autoritario, y del correspondiente avance de una voluntad política tendiente a encontrar —en márgenes cada vez más estrechos de opción— una solución a la crisis militar, se inscribe el indulto múltiple del gobierno de Menem. Aunque negada sistemáticamente durante la campaña electoral por los candidatos presidenciales de los partidos mayoritarios, la idea del indulto fue abriéndose paso en los últimos meses, primero bajo los impactos desestabilizadores/desmovilizadores de los acontecimientos de Villa Martelli y de La Tablada, y luego, en forma acelerada, bajo las nuevas condiciones políticas que surgen del agravamiento brutal de la crisis económico-social y del resultado de la contienda electoral.

El contexto de la crisis sin duda lo favorecía: los fenómenos de la hiperinflación, de la revuelta social y de la deslegitimación e impotencia del gobierno de Alfonsín (junto al agotamiento virtual de los impulsos democratizantes provenientes de la sociedad y a la contundencia del poder fáctico de las corporaciones económicas y militar sobre el poder político), hacían concentrar toda la atención política —en coincidencia con las preocupaciones inmediatas de la población— en la necesidad de suprimir los efectos devastadores de la hiperinflación y la ingobernabilidad del sistema. A su vez, la cómoda ventaja electoral y la entrega anticipada del mando presidencial, le otorgaban al candidato triunfante un excepcional margen de maniobra para tomar una decisión de esa índole. Pero el factor determinante que precipitó la intención de indultar, fue la articulación poselectoral de un proyecto de salida de la crisis y de reconversión a fondo del capitalismo argentino, cuyas bases de sustentación socio-políticas e ideológicas no provienen del esquema populista tradicional (ni fueron promesa de campaña) sino del "establishment" económico más transnacionalizado y sus aliados políticos y sindicales. Una iniciativa hegemónica, por lo tanto, que requería a corto plazo la eliminación definitiva de lo que todavía resta como una fuente aguda de tensión en el seno de la corporación militar, con proyecciones desestabilizadoras en la vida institucional del país; y, a mediano y a largo plazo, la integración plena del actor militar en el proyecto de transformación del sistema de intereses y valores dominantes impulsado por la nueva coalición neoconservadora-populista. Al decir del propio presidente Menem, "se puede gobernar con o sin las Fuerzas Armadas pero nunca contra", de modo que los hechos del pasado que todavía mantienen "abiertas las heridas" y los conflictos deben ser perdonados y olvidados, ya que no puede llevarse a cabo la mentada "Revolución Productiva" sin una concomitante "Pacificación Nacional" superadora de antiguos desencuentros.

Las incertidumbres del cálculo

Cuando Menem, poco después de asumir, manifestó de manera inequívoca su intención de indultar (o amnistiar o conmutar penas), calculaba una aceptación social generalizada de la decisión con cuestionamientos apenas marginales. Una serie de hechos que surgieron durante los meses de agosto y sep-



tiembre, mostraron, sin embargo, complicaciones inesperadas: fuertes tensiones en la interna del Ejército a propósito de la extensión de sanciones y desplazamientos de los "carapintadas"; no aceptación del "compromiso de silencio" por parte de los ex comandantes condenados; repercusiones internacionales negativas; fracaso de la pretendida "misa de la reconciliación" entre montoneros y figuras del antiguo régimen; apoyo apenas prudente de la Iglesia, empresarios y sindicalistas leales; sondeos de opinión que indican una amplia mayoría favorable a la manutención de las penas y a la prosecución de los juicios; marcha multitudinaria de repudio al indulto convocada por los organismos de derechos humanos, con presencia importante de militantes y dirigentes peronistas; iniciativas de reaglutinamiento y activación de fuerzas socio-políticas de oposición; controversias acerca de la validez constitucional de indultar a procesados no condenados y falta de confiabilidad gubernamental con relación a un eventual fallo de la Corte Suprema.

Ante el temor de un excesivo aumento del costo político de la medida, el gobierno se vio obligado entonces a reevaluar la oportunidad y el alcance de la misma. Ello implica las exclusiones del beneficio señaladas al comienzo. Y también explica por qué, en contraste con el ritmo vertiginoso que Menem le había impreso al proceso decisorio en materia económica y de política exterior, el anuncio de la gracia presidencial sufrió sucesivas postergaciones, mientras el gobierno se lanzaba al reforzamiento de los apoyos (intensificación de declaraciones y comentarios favorables, sobre todo de la alta jerarquía eclesiástica y de los círculos empresarios, ampliamente difundidos por los medios de comunicación) y de la simbología de la "reconciliación-pacificación nacional" (de la cual hizo parte la pomposa repatriación de los restos de Rosas).

Sobre su significación

Pero independientemente de su alcance, el indulto es un hecho político que suscita la reflexión acerca del tipo de democracia que se pretende consolidar, a saber, una democracia cuya legitimidad primordial de ejercicio descansa sobre un consenso construido a partir de una voluntad política explícita de "perdón y olvido" de crímenes abyectos, que estaban siendo

juzgados por la justicia (y que en una segunda etapa abarcará a los que ya lo fueron).

Desde el punto de vista ético, la decisión es escandalosa. Hannah Arendt ya señalaba a propósito de las atrocidades cometidas por los totalitarismos nazi y stalinista, que existe una especie de "mal radical" en ciertas ofensas que están más allá del perdón y del olvido, que trasciende el dominio de la esfera pública de los asuntos humanos precisamente porque los destruye de manera absoluta.³ Salvando las distancias, un juicio similar merece lo sucedido en la Argentina bajo el terrorismo de Estado. Gracias al relato de supervivientes y testigos, se sabe que una insostenible carga de horrores logró destruir moral, jurídica y físicamente a miles de víctimas, y que centros clandestinos de detención se erigieron en lugares de sufrimiento, degradación y desolación que rehuyen a toda comprensión humana. Querer olvidar esa radicalidad del mal en lo que tiene de inédito y singular en la historia del país, implica, por un lado, banalizarlo como una manifestación más de una larga tradición de violencia política; por otro lado, lo alimenta al intentar obstruir el recuerdo de la inmoralidad absoluta del secuestro, la tortura y el asesinato como comportamiento político. A su vez, querer perdonar sin que concurren las dos condiciones indispensables del perdón —la voluntad del ofendido y el arrepentimiento del ofensor— es, en el mejor de los supuestos, una empresa imposible.⁴ ¿Acaso se puede pensar en perdonar cuando el ofensor persiste en reivindicar la legitimidad de una metodología represiva basada en el terror, y sin el mínimo atisbo de remordimiento? ¿Con qué derecho alguien puede arrogarse con exclusividad la representación moral de todas las víctimas, aun cuando él mismo sea una víctima que sobrevivió?

Pero además de éticamente escandaloso, el indulto es una impostura desde un punto de vista político. En rigor, la decisión obedece a una razón de pura conveniencia: se trata de satisfacer —bajo presión— a un actor militar, que no se resigna a abandonar su rol preponderante y tutelar en la vida política argentina. Toda la retórica de la "reconciliación-pacificación nacional", tendiente a justificar una pseudosimetría entre causas tan disímiles (Malvinas, alzamientos y violaciones a los derechos humanos) y a disolver en el conjunto de la sociedad la responsabilidad última de los "desencuentros", está montada de modo a escamotear la única pregunta pertinente: reconciliar-pacificar ¿a quiénes, sobre qué y por qué? Y cuando esta retórica no basta para disimular la razón instrumental que la determina, entonces se recurre sea al estricto argumento jurídico (que destaca la facultad discrecional del presidente prevista en la Constitución y el simple efecto suspensivo de la pena y de la continuación de los juicios, sin borrar por ello el delito), sea al paso de los precedentes históricos nacionales y extranjeros (con énfasis especial en las iniciativas infructuosas de la gestión de Alfonsín). En última instancia, el

indulto es justificado en tanto que medio apropiado para resolver la cuestión militar y, como corolario, consolidar la democracia. Sin embargo, una cosa no implica la otra; e incluso, desde una problemática considerada esencial a la idea de la democracia —como lo es la de los derechos humanos— implica precisamente lo contrario: un retroceso real, un inquietante debilitamiento.

Que el indulto múltiple sea el medio apropiado para alcanzar los fines propuestos, es algo más que discutible. Sin duda que el hecho de substraer a procesados y amotinados (cuyas rebeliones perseguían el reconocimiento gubernamental y social de la "guerra sucia") de la esfera de la justicia, tranquilizará en lo inmediato a la corporación armada; pero ello no resolverá, dadas las profundas divisiones existentes en su seno (que el indulto de los "carapintadas" paradójicamente refuerza) y la inalterada visión de su papel político pasado y presente, el problema de fondo de la subordinación plena del poder militar al poder civil y, por ende, de la estabilización definitiva del sistema democrático.⁵ Las concesiones-claudicaciones del gobierno de Alfonsín así lo han demostrado.⁶ Ahora se trata de dar un salto mayor en esa misma dirección, pues al consagrarse la impunidad por lo mismo que antes había sido motivo de enjuiciamiento —en iniciativa histórica de indiscutible mérito—, se levantó una importante barrera disuasiva, o lo que de ella aún subsistía. Barrera por cierto insuficiente para impedir futuras reediciones de terror de Estado, pero que al menos elevaba los costos institucionales y simbólicos de una eventual instauración.

Sin embargo, las consecuencias más graves del indulto son aquellas que afectan los cimientos simbólico-culturales de la democracia y que, desde el inicio, se habían constituido en la referencia legitimatoria fundamental del proceso de redemocratización. Su dictado implica, en efecto, la ruptura de la amarra más importante que todavía mantenía anclada la voluntad política de construcción de la democracia en aconteci-

³ Cf. Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 3. Alianza Editorial, Madrid, 1982, p. 592; y de la misma autora, *A Condição Humana*, Forense Universitaria, Sao Paulo, 1981, p. 253.

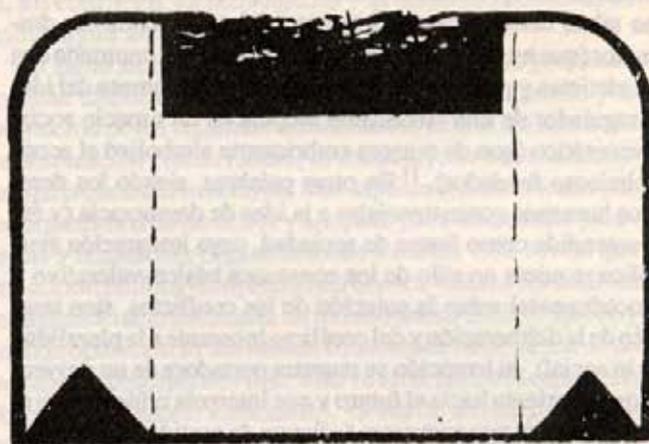
⁴ *Ibidem*. Sobre el pensamiento de Hannah Arendt a este respecto, véase de Christine Buci-Glucksmann y otros, *Ontologie et Politique - Hannah Arendt*, Editions Tierce, Paris, 1989.

⁵ Como ilustración de la permanencia de las divisiones y de la visión política del pasado y del presente, a través de la cual se reivindica la lucha "antisubversiva" ("debimos participar en este tipo de guerra, para la cual no había doctrina, no había procedimientos, no había equipamiento, tuvimos que intentar las cosas sobre la marcha, sin un respaldo jurídico firme, sin una estructura que permitiera enjuiciar a los subversivos") y el papel del Ejército en el futuro ("Pedimos comprensión y respeto mutuo para el rol que le corresponde al Ejército según la Constitución. Que gente ajena no se meta en ese andarivel, porque si la política se mete en el Ejército, el Ejército terminará metiéndose en política, como lo muestra la historia"), ver el reportaje reciente del actual Jefe del Estado Mayor del Ejército, General Isidro Cáceres, en *Somos*, 4 de octubre de 1989. De este reportaje y de trascendidos periodísticos del momento, se desprende que la fecha tope para la sanción del indulto no podía exceder el 13 de octubre, día en que un general procesado debía prestar indagatoria ante jueces civiles. Su negativa, implícitamente apoyada por la cúpula del Ejército, abriría una crisis institucional de proporciones, al tiempo que la prosecución del trabajo de la justicia fomentaría nuevos alzamientos.

⁶ Agudas críticas al respecto han surgido del propio radicalismo en el reciente seminario nacional organizado para analizar su gestión de gobierno.

mientos llamados a funcionar como espejos de esta época, como figuras de memoria e identidad colectiva. El primero de ellos es el acontecimiento destructor del terror de Estado, cuya institucionalización de hecho del "tú secuestrarás, torturarás y matarás" como ley de estado, significó la pérdida e inversión de valores éticos que, no obstante su debilidad congénita, en algún grado permeaban la práctica y la cultura política argentina. El otro es el acontecimiento fundador de comunidad política que, a la manera de un pacto de naturaleza ideal y reflexiva con vistas a asegurar su durabilidad, vinculó históricamente la instalación del régimen democrático de gobierno (sus procedimientos e instancias de representación) con el intento de restablecer el sentido perdido de la política bajo la situación de dictadura, a través de actos instituidos de verdad (CONADEP) y de justicia (juicio a las juntas militares) en el espacio público. Y eso más allá de la intencionalidad y errores de implementación del gobernante de turno, o de las limitaciones y carácter inconcluso de dichos actos. Ambos acontecimientos generaron sentimientos de intensidad ética considerables: el primero, en el registro de la indignación ante lo execrable, el segundo, en el de la conmemoración ante una intervención concreta de la justicia, de sus presupuestos y corolarios (tribunal independiente, igualdad ante la ley, debido proceso, penas previstas por la ley a los culpables de crímenes). Una intervención, por lo demás, que le otorgó a los relatos sobre el horror —que ya habían conmocionado a la opinión pública a través del informe *Nunca más* de la CONADEP— una garantía adicional de objetividad, veracidad y credibilidad.⁷

Resulta evidente, sin embargo, que el núcleo duro de significación de tales acontecimientos —destructor y fundador— provino del discurso de los derechos humanos y de la lucha social específicamente orientada a su defensa. Lejos de asimilarse a un puro formalismo jurídico o a una reivindicación de contenido individualista, o de inscribirse en antiguas tradiciones políticas (las corrientes conservadoras, liberales, populistas y revolucionarias, cuando no la desacreditaban de manera explícita le negaban relevancia práctica), la temática de los derechos humanos irrumpe en la política argentina como algo inédito e inseparable de una experiencia histórica de lo injusto y de lo intolerable. Sin esta dimensión simbólica —y de la solidaridad internacional— no podría comprenderse que, en pleno contexto autoritario, individuos hayan corrido todos los riesgos para crear y sustentar en el tiempo una acción colectiva contra la represión sin barreras del Estado, exigiendo el respeto de valores universales que expresan derechos básicos reconocidos internacionalmente (a la vida, a la integridad física, a la libertad, al debido proceso) y recurriendo a formas no convencionales de actuación (defensa legal, asistencia



a víctimas, denuncia de la mentira oficial, etc.). Tampoco se comprendería la eficacia singular de la misma, con sus efectos ascendentes sobre el régimen militar (puesta al desnudo de la ausencia de legitimidad normativa) y transversales sobre la sociedad civil (brecha abierta en la cultura del miedo y en el ideal de disciplinamiento social).⁸

Justamente a partir de esa dimensión simbólica se desprende la significación política inaugural del tema de los derechos humanos en la Argentina, en tanto que exigencia doble y simultánea. Por un lado, de rechazo a la violencia que el régimen encarna y, por elevación, a toda forma y concepción política que hace de ella la base primordial del poder. Violencia que se revela incompatible, de principio y de hecho, con el respeto de los derechos civiles y políticos elementales. Pero, por otro lado, la creación de un horizonte utópico de sentido en el que los individuos, titulares de esos derechos, pueden concebirse y afirmarse como miembros de una comunidad de hombres libres e iguales.⁹ Un horizonte de sentido que, según interpretaciones recientes sobre la naturaleza política de los derechos humanos, se identifica con la idea misma de democracia y, por añadidura, con sus principios y condiciones institucionales y meta-institucionales, a saber: las garantías jurídico-políticas del Estado de Derecho y del régimen democrático de gobierno; la conciencia de los derechos civiles, políticos y sociales que definen la noción contemporánea de ciudadanía; y la conformación de un espacio público de aparición, sin exclusiones, donde los ciudadanos puedan sustentar una pluralidad de acciones y opiniones, en ejercicio y en nombre de derechos.¹⁰

⁸ Una interpretación al respecto, en perspectiva comparada, puede verse en José María Gómez, "Derechos Humanos, Política y Autoritarismo", en Waldo Ansaldi (org.), *La ética de la democracia*, CLACSO, Buenos Aires, 1986.

⁹ Cf. Norbert Lechner, "Los derechos humanos como categoría política", en Waldo Ansaldi, *op. cit.*, p.97.

¹⁰ Me refiero fundamentalmente a la obra de Claude Lefort. Véase de este autor, *L'Invention Démocratique*, Fayard, Paris, 1981, y *Essais sur le politique - XIX-XX siècles*, Seuil, Paris, 1986. En una lectura muy cercana a la aquí propuesta, véase Isidoro Cheresky, "Les Droits de l'homme en tant que Droits politiques. Leur rôle dans la construction d'une société démocratique", mimeo., dic. 1987.

⁷ Sobre la lógica fundacional —en clave democrática— de una comunidad política, implicada en la constitución-transmisión de una identidad narrativa en torno de acontecimientos que "en bien y en mal" hacen época, véase Olivier Mongin, "Les paradoxes du politique", en *Esprit*, n° 7/8, 1988 (trabajo que se inscribe en la línea de reflexión de Paul Ricoeur). En esa misma dirección, ver Yosef Hayim Yerushalmi, "Reflexiones sobre el olvido", en Y. Yerushalmi y otros, *Los usos del olvido*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989.

Todo ello significa que la cuestión de los derechos humanos pueda ser comprendida al mismo tiempo como memoria y como telos, como recuerdo histórico del acontecimiento destructor (que no se debe olvidar, por deuda moral contraída con las víctimas y para que no se repita) y como promesa del ideal regulador de una ciudadanía utópica en un espacio social democrático (que de manera embrionaria simbolizó el acontecimiento fundador).¹¹ En otras palabras, siendo los derechos humanos consustanciales a la idea de democracia (y ésta entendida como forma de sociedad, cuya integración simbólica requiere no sólo de los consensos básico-valorativo y procedimental sobre la solución de los conflictos, sino también de la deliberación y del conflicto inherente a la pluralidad de lo social), su irrupción se muestra portadora de un proyecto que se orienta hacia el futuro y que interpela críticamente el presente, pero que encuentra su fuente de sentido en la memoria de una experiencia pasada. Y es precisamente el relato que conserva esta memoria-promesa, creadora de identidad individual y colectiva —porque inscripta como acción de comunicación intersubjetiva en el espacio público recién reconstituido—, el que hoy el gobierno de Menem se empeña en hacer olvidar a través de decretos.

Despojado de toda consideración ética y fruto del juego de intereses y de fuerzas que definen la coyuntura política actual, el indulto implica entonces, tanto por su forma como por su contenido, un brutal corrimiento de sentido. Con relación al contenido, ha quedado en evidencia el predominio grotesco de la cuestión militar sobre la cuestión de los derechos humanos; y con ello, la amenaza de la fuerza, junto al triunfo de la impunidad y de la desigualdad ante la ley, sobre los fundamentos normativos-valorativos de la democracia. Se ha operado, así, la tentativa más seria de vaciamiento de una herencia, sin duda balbuceante y frágil, a partir de la cual, trabajosamente, comenzó a inventarse una traición política que le reconoce centralidad al discurso de los derechos humanos. Respecto a la forma, basta resaltar que la figura jurídica del indulto es la que mejor se acomodó a la intención política de no colocar en el espacio público de deliberación una cuestión considerada sin embargo crucial para la consolidación del régimen democrático, tanto en términos de su estricta gobernabilidad, como de su sistema básico de creencias. Las razones son conocidas: no interesa a los beneficiarios directos, ni conviene al objetivo de estabilización que impulsa el nuevo bloque de poder neoconservador-populista, promover un debate que inevitablemente contaminaría el pasado y el presente en un juego de interrogaciones perturbadoras para el nuevo consenso en marcha.¹² Por eso se desecha el plebiscito (e incluso la amnistía,

que supone el debate parlamentario) y se recurre al indulto, que faculta al presidente a decidir bajo su "pura y exclusiva responsabilidad". De esa manera, su propósito político niega el principio democrático que sostiene que la decisión legítima no es aquella que expresa la voluntad de todos —y mucho menos de uno solo, que dice representarla— "sino la que resulta de la deliberación de todos: es el proceso de formación de las voluntades que le confiere legitimidad y no las voluntades ya formadas (...) La ley es el resultado de la deliberación general y no la expresión de la voluntad general".¹³

A modo de conclusión

Desde luego que el dictado del indulto no cerrará el conflicto abierto entre la memoria social y la voluntad política dominante de "perdonar y olvidar", entre otros motivos, porque permanecen la situación jurídica de los condenados y la causa ante la justicia contra el ex general Suarez Mason. Pero no cabe duda que su dinámica y sus impactos — incluso los actores en él involucrados — sufrirán profundos cambios. No variará, sin embargo, a menos que se produzca un violento retroceso autoritario, lo que todavía sigue estando en juego y en disputa: la permanencia de la cuestión de los derechos humanos en el espacio público de deliberación. Una cuestión que, lejos de agotarse en la cuestión militar que le dio origen lanza una mirada acusadora al estado actual de los derechos civiles y políticos —para no hablar de los sociales—, en sus aspectos institucional y subjetivo, bajo la situación de restauración democrática (basta pensar, por ejemplo, en la violencia urbana y policial, en el acceso a la justicia de los sectores populares, o en la impunidad de los delitos económicos y de la corrupción estatal). En rigor, desde una perspectiva democrática, derechos humanos y espacio público son términos indisolubles, pues si bien el tema de los derechos humanos adquiere sentido político cuando se torna visible en dicho espacio público, éste, en último análisis, sólo se forma y se amplía en función del ejercicio efectivo de los derechos fundamentales proclamados por ley y de la dinámica democratizante que le imprime la lucha por el reconocimiento de derechos nuevos.¹⁴

¹³ Bertrand Manin, "Volonté générale ou délibération? Esquisse d'une philosophie de la délibération politique", *Le Débat*, n° 33, 1985 (citado por O. Mongin). Otro aspecto fundamental del indulto, que aquí no se considera, es el de su validez jurídica, hoy cuestionada ante la justicia por los organismos de derechos humanos.

¹⁴ Combatando una difundida interpretación, que reduce los derechos del hombre a los derechos individuales y la democracia a una relación entre estado e individuo, Lefort afirma que la única chance de apreciar el desarrollo de la democracia y las posibilidades de la libertad política es "reconocer en la institución de los derechos del hombre los signos de la emergencia de un nuevo tipo de legitimidad y de un espacio público del cual los individuos son tanto productos como instigadores; y a condición de reconocer, simultáneamente, que este espacio no podría ser devorado por el Estado sino al precio de una mutación violenta que daría nacimiento a una nueva forma de sociedad" ("Les Droits de l'Homme et l'Etat-providence", in *Essais sur le politique*, op. cit., p.42). La formulación de las libertades originarias a fines del siglo XVIII, es una clara recusación de la representación de un poder que estaría situado encima de la sociedad y que dispon-

¹¹ Cf. Olivier Mongin, "Les paradoxes du politique", op. cit., pp. 34-35.

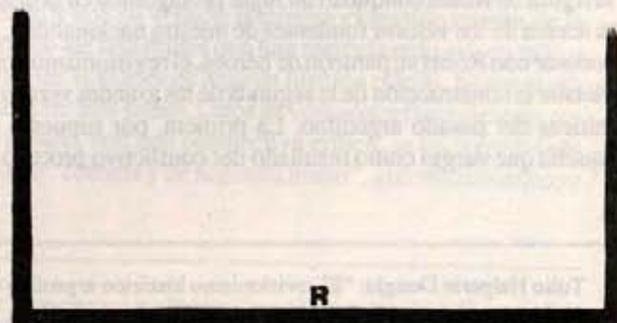
¹² El ex Jefe del Estado Mayor del Ejército (hasta la rebelión de Semana Santa), General Héctor Ríos Ereñú, sostiene en un artículo publicado por el diario *La Nación* (22 de septiembre), bajo el sugestivo título de "Indulto y Madurez política" que "la decisión de la medida de gobierno por tomar, patrimonio del señor presidente, reclama ejecución eludiendo el debate previo, la oportunidad la fija él, que tiene potestad de hacerlo, y debe asumir la responsabilidad del acierto o error de su determinación". Cabe añadir que todas las declaraciones militares y civiles en pro del indulto son coincidentes en ese punto.

Resta saber, por supuesto, cómo y por quién movilizar la memoria social que el poder político y los poderes corporativos se proponen suprimir. Que los organismos de derechos humanos sean los actores "naturales" de ese desafío es algo obvio. Tan obvio, en todo caso, como la necesidad de conformar un amplio arco de sujetos sociales (movimientos e instituciones culturales, sindicales, profesionales, etc.) y agrupaciones partidarias, que, sin resignar autonomía e identidad, hagan de la defensa y de la promoción del conjunto de los derechos humanos un compromiso de la construcción de la democracia. Un compromiso que haga posible acciones políticas orientadas por un corpus de valores y de principios que mantengan vivas "las potencialidades sofocadas o reprimidas del pasado".¹⁵ Esto es, acciones que establezcan una relación con el pasado no desprovista de imaginación e inventiva: se trata no sólo de evitar la repetición de un ordenamiento político de la sociedad basado en la violencia y el miedo, sino también, y sobre todo, de reactivar la promesa de un futuro que instituya la ley política de los iguales en un espacio público de libertad, donde los ciudadanos puedan hacer reconocer colectivamente como derecho sus exigencias y opiniones acerca de lo legítimo e ilegítimo del orden existente. Por supuesto que esta tarea enfrenta serias dificultades y obstáculos, siendo el mayor de ellos la lucha sin cuartel que la coalición neoconservadora-populista ha desatado por la resignificación de ciertas ideas-fuerza, de indiscutible naturaleza democrática (que van desde la responsabilidad social del Estado, hasta la independencia político-partidaria de la justicia y el papel de los sindicatos y el derecho de huelga). Este es el motivo principal, sin embargo, que torna dicha tarea a la vez urgente y necesaria. Pues si esta ofensiva hegemónica, sustentada en pactos corporativos y en la exaltación de un liderazgo carismático, consigue formar un sentido común que identifique los problemas y las soluciones del país con sus propuestas (antiestatismo, glorificación del mercado, de las privatizaciones y del individualismo, resurgencia del asistencialismo, etc.), las perspectivas de la democracia se tomarán aún más débiles y precarias. En caso de que el plan de ajuste y reconversión del capitalismo tenga éxito, es probable que se consolide un régimen político, que mantenga el sufragio y el funcionamiento de las instituciones representativas, pero que vacíe de contenido los postulados democráticos de participación y deliberación sobre las decisiones colectivas, mientras se profundizan las exclusiones sociales, la concentración de la riqueza, el uso de la represión y la apatía política. En cambio, si el plan fracasa, tiempos

sombrios y mortales para la democracia podrán abatirse sobre una Argentina sumergida nuevamente en la debacle económica, los conflictos sociales agudos y la parálisis decisional de instituciones anémicas de legitimidad política.

Un signo alentador de que amplias franjas de la población no están dispuestas a arriar la defensa de las conquistas y la promoción de las reformas democráticas ante el embate de la modernización conservadora, lo constituyó la marcha multitudinaria contra el indulto del 8 de septiembre, convocada por los organismos de derechos y apoyada por formaciones partidarias y numerosas organizaciones sociales. Ello revela que una acción política comprometida con los valores normativos de la democracia encuentra un terreno social fértil. Y que hoy no toda oposición se desvanece en la impotencia, ya sea de un moralismo desesperado (que sólo ve en el futuro la repetición obsesiva del pasado autoritario), ya sea de un realismo perezoso y cínico, que acepta como un hecho consumado el triunfo de la impunidad y del olvido de las "gravísimas violaciones de los derechos humanos". Otra voluntad política que la oficial existe en forma embrionaria —esa que también mira hacia el mundo y con él celebra el bicentenario de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, como una conquista siempre viva y siempre amenazada de la humanidad.

dría de una legitimidad absoluta, sea de origen divino, sea porque represente la suprema sabiduría o justicia. Por el contrario, esas libertades marcan la disyunción entre el poder, el derecho y el saber: para ser legítimo, el poder debe ser conforme al derecho y de este último él no detiene el principio de la legitimidad. Ello le permite a Lefort sustentar que, en el corazón de la democracia moderna, la cuestión política por excelencia es la sobrevivencia y la ampliación del espacio público donde, legítimamente, se libra el debate democrático sobre lo legítimo e ilegítimo de la sociedad, sin que nadie —ni la autoridad elegida, ni la mayoría— pueda ocupar el lugar de gran juez.
¹⁵ Paul Ricoeur, *Temps et récit*, Seuil, Paris, 1985, t. 3, pp. 317-18 (citado por Olivier Mongin, "Face à l'éclipse du récit", *Esprit*, n°8/9, 1986, p.225).



Olvidar la memoria

"... en un país sin historia, aquel que llena la memoria, define los conceptos e interpreta el pasado, gana el futuro" (M. Sturmer).

"El pluralismo de interpretaciones... sólo refleja la estructura de sociedades abiertas" (J. Habermas).

1. Hace pocas semanas, los restos de Juan Manuel de Rosas, eran traídos al país con gran pompa y muchas declaraciones oficiales, incluyendo dos largos discursos del Presidente Menem, ceremonias de recepción transmitidas por la cadena oficial, y homenajes por parte de legisladores e integrantes de las FF. AA. No es la primera vez que la figura histórica de Rosas ocupa el centro de un gesto político contemporáneo. La denominación Segunda Tiranía con que ciertos sectores nombraban a la para ellos innombrable presidencia de Perón tal vez sea el ejemplo más claro de esa presencia, pero no es de ninguna manera el único.

Desde el momento en que, por los años treinta, el revisionismo encontró su "paraíso perdido"¹ en la etapa del rosismo, la figura de Rosas conquistó un lugar protagónico en la disputa acerca de los valores fundantes de nuestra nacionalidad. Al coronar con Rosas su panteón de héroes, el revisionismo completaba la construcción de la segunda de las grandes versiones míticas del pasado argentino. La primera, por supuesto, es aquella que surgió como resultado del conflictivo proceso de

Hilda Sabato

conformación de la Argentina como nación y que fue a su vez argamasa constitutiva de ese proceso.

Luego de largas décadas de conflictos y guerras, el triunfo de un proyecto de país liberal, capitalista, estrechamente vinculado al mercado internacional y a Europa, se consolidó hacia fines del siglo XIX y principios del XX, con la afirmación de un modelo hegemónico de nación. A partir de allí, la *argentinización* de los habitantes de este país, de heterogéneos orígenes y culturas, la construcción de una identidad única y de una tradición colectiva, encontró un punto básico de apoyo en la historia. La creación y difusión de un relato mítico que legitimara el orden alcanzado y las relaciones de poder establecidas, pero que a la vez se proyectara hacia el futuro, transmitiendo como constitutivos de la nación misma los valores propios del mundo burgués occidental que se aspiraba a incorporar al bagaje colectivo, fue tarea de los intelectuales y del estado en los comienzos del siglo. El presente aparecía entonces como culminación de un proceso progresivo, iniciado en 1810, seguido por la Independencia, interrumpido primero por la anarquía y después por el despotismo rosista, pero retomado y desplegado desde 1852 con pocas interrupciones. Mayo y Caseros condensan en positivo los valores sobre los que se aspiraba a fundar la identidad colectiva.

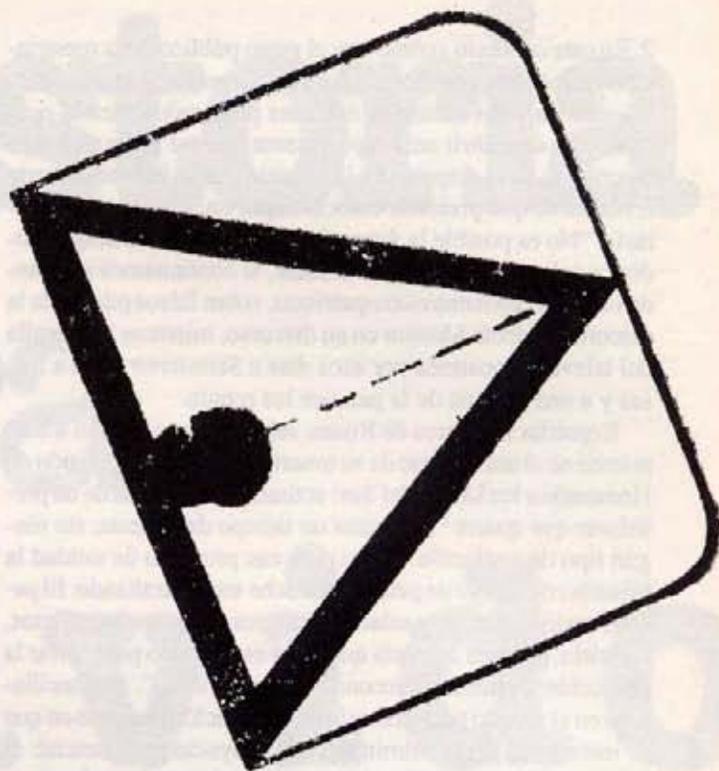
El éxito de esa "historia oficial" en contribuir a definir esa identidad no puede ponerse en duda. Visión articulada y coherente del pasado, con sus héroes, sus villanos, sus fechas fundacionales, construyó los mitos que estuvieron en el origen mismo de la definición de los nuevos argentinos, que comenzaron a reconocer ese pasado como propio y compartido. Si pudo haber sufrido algunos embates cuestionadores en el te-

1. Tulio Halperin Donghi: "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", *Punto de Vista*, N° 23, abril 1985.

rreno de la interpretación histórica, éstos no afectaron su vigencia como visión hegemónica de nuestro pasado y, hasta muy entrado el siglo XX, sus perspectivas formaron parte de los proyectos culturales dominantes en los distintos momentos, incluyendo la primera etapa peronista. Con el violento quiebre de esta experiencia pareció abrirse una brecha para que, quienes desde hacía décadas habían estado elaborando una versión alternativa de la historia nacional, donde Rosas ya ocupaba lugar privilegiado, compitieran con la historia liberal por sembrar sus verdades en el sentido común colectivo.

La perspectiva revisionista abrevó en las fuentes del nacionalismo francés y fue básicamente conservadora, nacionalista, y de un antiliberalismo profundo. Encontró así una franja de confluencia con los motivos ideológicos del peronismo y, en general, con ciertas vetas populistas presentes no sólo en este movimiento, sino también en la otra constelación político-ideológica que contó con apoyo popular en este siglo, el radicalismo. Sin embargo, esa confluencia sólo alcanzaría eficacia después del golpe de 1955. En efecto, nacido en el clima de crítica a los valores de la democracia política y a la forma de inserción argentina en el mundo propia de las primeras décadas de este siglo, el revisionismo histórico sólo cobró relieve cuando las transformaciones de las décadas del 50 y 60 en el terreno político e ideológico reactualizaron aquellos motivos críticos en un contexto social renovado, abriendo el camino para su recepción colectiva.² Durante los años del primer peronismo se predicaron y practicaron formas de acción política que se planteaban como alternativas a las propias de la llamada democracia liberal, a la vez que se ensayaron fórmulas nacionalistas en las relaciones con el resto del mundo. Fue en la década siguiente, sin embargo, cuando estos motivos se convirtieron en bandera de quienes, desde la derecha e izquierda, descubrían en el imperialismo al "enemigo principal". Paralelamente, la democracia política perdía prestigio: la represión del peronismo y luego su sostenida proscripción electoral eran prueba palpable de los límites del sistema.

Por su parte, la historia oficial, que había servido maleablemente para la construcción de identidad y consenso a lo largo de varias etapas político-ideológicas, quedó apropiada por los vencedores del 55. La identificación de Perón con Rosas, tan temida y hábilmente eludida por aquél durante su gobierno, fue proclamada oficialmente, incluyendo así en el relato histórico un último eslabón en que la Segunda Tiranía aparecía, al igual que la primera, como la negación de los valores constitutivos de nuestra nacionalidad. Esta apropiación del relato liberal por parte de una facción, triunfante es cierto, pero no hegemónica, contribuyó a quitar a éste el carácter colectivo y totalizador que estaba en la base de su vigencia, así como a incrementar el atractivo del contra-relato revisionista. Este, por su parte, incorporaba como ya mencionamos, muchos motivos presentes en zonas del discurso ideológico de la época y



ofrecía una versión casi en negativo del oficial, destronando héroes, ascendiendo a otros, instaurando nuevas continuidades y rupturas. La positividad se condensaba en una línea que unía a San Martín —padre fundador con papel compartido en la versión liberal pero que ahora adquiría carácter exclusivo—, Rosas y Perón, figuras que encarnaban los valores más preciados de nuestra nacionalidad.

Dos versiones míticas, cerradas, que trazan genealogías y congelan herencias, se enfrentaron así para pregonar sus verdades. Comenzó entonces una disputa por el pasado, por la construcción de la memoria y de la identidad, por dotar de sentido, de un sentido, a nuestra historia. Si se mira hacia atrás es, sin embargo, para ir hacia adelante, para construir nuevas hegemonías, para ganar el futuro, en la expresión de Sturmer. No se trata, pues, de una disputa académica o técnica; remite, en cambio, a lo que Habermas ha llamado "el uso público de la historia".³

En esta disputa por la identidad, el relato revisionista ha tenido éxito y hoy su versión impregna el sentido común de la mayoría de los argentinos que han reemplazado así, en todo o en parte, las verdades de aquella historia oficial. El resultado no podría ser más pobre. Lejos de volcarse reflexivamente sobre el pasado, con una perspectiva crítica, se ha consolidado una visión "cerrada y de segunda mano", que sólo contribuye

2. El revisionismo histórico reconoce diversas vertientes y orientaciones, como ocurre también con la historia "liberal". En este trabajo no se atiende a esa diversidad porque no se trata de un análisis historiográfico, sino de una reflexión sobre las versiones globales del pasado argentino que se difunden desde esas posturas. Ver Tullio Halperin Donghi, op. cit.

3. Ver "Concerning the Public Use of History" en *New German Critique*, N° 44, 1988. Inicialmente el artículo fue publicado por el periódico *Die Zeit* el 7/11/86.

a reforzar las formas de identidad convencional, "esto es, una que es unánime y compartida previa a toda reflexión".⁴

2. En este contexto ¿cómo leer el gesto público de la repatriación de los restos de Rosas? Basta recorrer los discursos presidenciales y los mensajes oficiales preparados para la ocasión, para descubrir muy rápidamente que ese gesto no busca inscribirse en la disputa por la historia que se ha mencionado arriba, sino que pretende colocarse por encima de ella, superarla. "No es posible la Argentina si continuamos desgarrándonos sobre nuestras viejas heridas, si continuamos alentando odios, recelos entre compatriotas, sobre falsos pilares de la discordia", decía Menem en su discurso, mientras la pantalla del televisor mostraba por esos días a Sarmiento junto a Rosas y a una paloma de la paz que los reunía.

Repatriar los restos de Rosas, saludar como riojano a Sarmiento en el aniversario de su muerte, presidir la Comisión de Homenaje a los Libres del Sur: actitudes simbólicas de un presidente que quiere "inaugurar un tiempo de síntesis, sin ningún tipo de exclusión". Pero para ese proyecto de unidad la historia constituye un peligro que debe ser neutralizado. El pasado exhibe sin demasiados pudores nuestros conflictos. Ocluirlo, pues, es la receta que se ha encontrado para cerrar la operación de nuestra "reconciliación nacional". Reconciliación en el pasado para gestar la reconciliación presente en que se inscribe el gesto culminante del proyecto presidencial: el indulto a los responsables del terrorismo de estado, de la represión aberrante, de la guerrilla, de las sediciones contra el orden constitucional de la última década.

"Saber olvidar es también tener memoria". Con esta cita de Hernández, el Presidente Menem nos incita a construir una historia apoyada en el olvido. No se trata solamente de abandonar los mitos creados por los relatos congelados de las dos versiones dominantes de la historia argentina, sino sobre todo de olvidar, de enterrar la memoria de los conflictos y las diferencias, de *clausurar*. El gesto de revivir a Rosas o a Sarmiento se realiza paradójicamente para enterrarlos de manera definitiva en el panteón de la síntesis nacional. Como se pretende sellar el pasado más reciente cuando se firman los decretos de indulto.

Sólo conocemos parcialmente cuál ha sido la repercusión de esta operación combinada. El rechazo de amplios sectores de la población al indulto y el escaso fervor despertado por el operativo Rosas abren alguna esperanza. El uso público de la historia puede resultar en la manipulación pero también puede estimularnos a no olvidar, a abrir el pasado, a explorarlo por caminos variados y plurales, a reconstruir las historias sin forzar unidades ni síntesis.

El pasado reciente, que puso a la sociedad frente a la experiencia límite de la represión masiva, la tortura y el asesinato sistemático, nos fuerza a pensar la historia de otra manera. Como no podemos olvidar esos años, y tampoco los podemos leer desde los marcos cerrados de nuestras visiones míticas, estamos frente al desafío de encontrar formas nuevas de mirar hacia atrás, no para encontrarle un sentido, sino para recuperar su diversidad de sentidos.



4. Jurgen Habermas: "A Kind of Settlement of Damages (Apologetic Tendencies)" en *New German Critique*, Nº 44, 1988, p. 39.

YA APARECIO

LOS PERIODISTAS

PARA QUE LA CRISIS
NO LO DEJE SIN
LEER.

—•••—
CADA QUINCE DIAS
EN SU QUIOSCO.

La historia contra el olvido

*"Si sobrevivo, sólo quiero una cosa:
que me den cinco panes para comer"*

Claude Lanzmann, en *Shoah*,¹ responde a un desafío que plantea toda reconstrucción histórica que no se piense a sí misma según leyes autosuficientes de objetividad. Dejará hablar a los testigos y a los restos, durante diez horas, para captar en una película aquello que por su na-

¹ *Shoah*, presentada por la AMIA y la Sociedad Hebrea Argentina, fue proyectada en Buenos Aires en 1989 y posteriormente emitida, durante cinco días consecutivos, por una de las empresas de televisión por cable. La película, dirigida por Claude Lanzmann, fue filmada y editada a lo largo de cinco años, y concluida en 1985. Producida por Le Films Aleph e Historia Films con la participación del Ministerio de Cultura de Francia, tuvo como directores de producción a Stella Gregosz-Quef y Séverine Olivier-Lacamp; los asistentes de investigación fueron Corinna Coulmas, Irène Steinfeldt-Levi (también asistentes de dirección) y Shalmi Bar Mor; los directores de fotografía fueron Dominique Chapuis, Jimmy Glasberg y William Lubchansky; la cámara estuvo a cargo de Caroline Champetier des Ribes, Jean-Yves Escoffier, Slavek Olczyk y Andrés Silvert; los sonidistas fueron Bernard Aubouy y Michel Vionnet; el montaje fue realizado por Ziva Postec y el montaje de sonido por Daniella Fillios, Anne Marie L'Hôte y Sabine Mamou. El film tiene aproximadamente diez horas de duración. Shoah lleva como epígrafe el siguiente texto de Isafas, 56, V: "Yo les daré un nombre imperecedero"; las primeras palabras que se escuchan, sobre la primera imagen, son pronunciadas por un sobreviviente del ghetto de Varsovia: "Me dije: Soy el último judío, voy a esperar la mañana, voy a esperar a los alemanes".

Beatriz Sarlo

turalidad se resiste a la comprensión: el holocausto judío durante el régimen nazi.

La estrategia de Lanzmann se origina en una idea: que los restos materiales de los campos de concentración pueden proporcionar, debidamente interrogados por la cámara, un sentido. Insiste en registrar y en repetir los rieles que conducían a los condenados hacia Treblinka y los caminos embarrados de Chelmno, las explanadas sobre las que se descargaba el contenido humano de los vagones, las chimeneas de los crematorios, los dinteles y las puertas hoy sin muros que rodeaban al campo, algunas piedras que fueron pisadas por los condenados en su camino hacia la cámara de gas. Registra también el sonido chirriante de los trenes, el choque de los empalmes entre vagones, el ruido de motores y de máquinas. Filma desechos con la idea que de la insistencia sobre estos restos de una arqueología fúnebre puede extraerse un sentido. Confía a la materialidad subsistente de los campos de exterminio, la construcción de explicaciones sobre el exterminio. Sabe que sabemos, pero también cree que no sabemos lo suficiente. O, mejor dicho, que sabemos del horror de la Solución Final, pero no nos hemos enterado suficientemente de su mecánica y de su administración. Lanzmann pregunta a los testigos y a los sobrevivientes, y también a los victimarios, detalles en apariencia triviales: si hacía frío esa noche de la llegada, si las mujeres también debían desnudarse y dónde se las agrupaba, si el viaje hasta los campos de concentración había sido realmente insostenible por la falta de agua o alimentos. Lanzmann fil-

ma paisajes casi bucólicos: las dunas del campo de concentración en Belzec o el plácido río Ner que pasa por Chelmno. Estos paisajes cumplen una doble función: se muestran como escansiones del relato, por una parte; se muestran como ejemplos de que no hay felicidad natural que, allí en Polonia, no lleve desde comienzos de los años cuarenta el estigma de la muerte: sobre las dunas, un resto de chimenea o un muro que delatan el campo de exterminio; junto al Ner, la carretera barrota donde algunas veces los camiones-cámaras de gas arrojaban, después de una frenada brusca, su carga de judíos que no terminaban de morir y a quienes algún oficial despenaba de un tiro. Por eso, a los choferes se les recomendaba una velocidad media y sin sacudidas.

Frente a la muerte, paisajes y preguntas pueden parecer poco significativos y, sin embargo, a partir de ellos, en el modo arqueológico de quien reconstruye a la bestia partiendo de un hueso, el perfil material de la muerte abandona el infierno de las generalidades. El film se ocupa largos minutos con el corte de pelo a las condenadas o con la disposición de los pasillos y galerías que ordenaban la línea de producción de muerte en el campo. ¿Quién pagaba los pasajes de los judíos hasta los campos de exterminio? La pregunta sólo es banal desde una perspectiva de superficie: responderla proporciona un ángulo no operístico sobre la muerte de millares; organizar el exterminio requirió de nuevas y complicadas tecnologías. Por eso Lanzmann hace también las preguntas que menos se hicieron y que, inesperadamente, disparan las respuestas más impresionantes porque reorganizan el aprendido discurso sobre la represión, la crueldad y el número. Pregunta a los oficiales nazis cuáles eran sus instrucciones, no las de una política general, sino las pequeñas y cotidianas que tenían que ver con la disposición de los cadáveres y la relación entre número de muertos y posibilidad de incinerarlos. Si este número no mantenía una relación más o menos armónica, comenzaban a acumularse los cadáveres, el olor nauseabundo, las posibilidades de una peste. *Shoah* demuestra que la tarea de matar no era sencilla y, por este camino, convence sobre la deliberación de todo lo actuado, sobre la excepcionalidad de la Solución Final, sobre su poder para teñir todo el régimen nazi.

Lanzmann no usa una sola imagen de archivo: prescinde de las fotografías de cuerpos macilentos, de cadáveres amontonados, de niños portando la estrella amarilla sobre el abrigo. Sostiene, implícitamente, que estos documentos han dado, por ahora, todo lo que podían dar. Fueron vistos miles de veces y si no han perdido su verdad documental, nos han ido acostumbrando a su horror. Construye *Shoah*, entonces, con otras imágenes, que todavía no habían rendido la significación de la que son portadoras, o, para hacer justicia a la estrategia de Lanzmann, la significación que él les extrae.

Shoah está pensada sobre la repetición y, en este sentido, la sintaxis de la película copia la repetición de los actos sobre los que habla. La monotonía de una empresa de exterminio es inevitable, en la medida en que la decisión del régimen nazi fue la de terminar con *todos* los judíos en un tiempo que no podía ser infinito. Esto diferencia fuertemente al Holocausto de otras empresas de represión, tal como, además, es puesto en evidencia por el debate de los historiadores alemanes. Podría decirse que *Shoah* abre el interrogante sobre las condiciones de posibilidad material de la empresa y que sobre ello interro-

ga a sobrevivientes y a victimarios de un modo frío e insistente.

La pregunta materializa los temas ideológicos: ¿cómo alguien pudo pensar que la Solución Final era posible? Y no sólo desde la perspectiva moral, sino también desde los problemas abiertos ante su planificación concreta. El resultado a que llegan estas cuestiones no es para nada banal: quien fuera colaborador de *Les Temps Modernes* sabe que una represión tiene su momento materialmente repugnante y no sólo su etapa de ideación. Por eso, *Shoah* insiste en el detalle no para delinear el campo de la anécdota individual sino para presentar lo concreto de la historia, la perspectiva que coloca a su objeto, más allá de la emoción, en el registro material de la administración de la muerte.

Por eso, también, las imágenes finales de *Shoah* no registran la topografía de los campos, ni las caras de sus víctimas sobrevivientes. Por el contrario, la historia del exterminio termina sobre un paisaje fabril de la cuenca del Ruhr, que empuja a pensar cuáles son los lazos (metafóricos, simbólicos, ideológicos o sociales) que se anudan entre los hechos de la década del cuarenta y el presente. Lanzmann recorre ese paisaje de fábricas con la pregunta silenciosa: ¿qué queda de ese pasado en el presente?

Y sobre esas fábricas se escucha su voz leyendo la instrucción secreta del Reich emitida el 5 de junio de 1942 acerca de los cambios que es necesario introducir en los camiones-cámara de gas para que éstos cumplan eficazmente su doble propósito de matar y trasladar. *Shoah* carece de alegato final o, mejor dicho, se niega absolutamente a otro alegato que no sea, nuevamente, el del registro histórico de la técnica desplegada en el exterminio. Instrucciones simples e higiénicas sobre cuántas "piezas" cargar en los camiones y las ventajas que acompañan la disminución del número de "piezas" para la celeridad y eficacia de la faena. Son relaciones materiales cuantificables: a menos judíos, más gas venenoso; a más gas, menos tiempo de duración operativa, mayor velocidad del transporte, mayor seguridad de que todos lleguen muertos a destino.

La historia del niño judío que salva su vida porque puede cantar agradablemente y aprender las canciones que le enseñan los SS ("cuando los soldados marchan por la calle / las muchachas abren las ventanas"), mientras los campesinos polacos también ven y escuchan, da una dimensión de la vida cotidiana bajo el nazismo que es menos concesiva que aquellas que trabajan la hipótesis de que, aun bajo el horror, la vida continuaba. Lanzmann quiere más bien decir: la vida, a veces, continuaba en el horror y esto es lo que vale la pena recordar. La constancia del horror puede no destruir materialmente todo, pero al mismo tiempo nadie se salva de esa presencia permanente. Entre dos posibilidades de discurso (no se sabía nada / no se quería saber) Lanzmann trabaja con la idea de que aun los gestos menos hostiles llevan la carga de la época. Por ejemplo, el gesto con que los aldeanos polacos le avisan a los judíos que su viaje en tren es hacia la exterminación. Una y otra vez esos campesinos se pasan el dedo índice por la garganta, indicando el próximo degüello, una forma rural de la muerte que los alemanes habían reemplazado por la tecnología del gas. Repetido hoy, ante la cámara de *Shoah*, el gesto es obscuro.

Espectadores argentinos de Shoah, acosados por la moda del olvido propuesta por el presidente Menem, no podemos dejar de pensar: el reciente indulto a los responsables de crímenes aberrantes es considerado por quien lo otorgara como un tributo a la reconciliación nacional; las frases banales ("dar vuelta una página", "reconciliarse para construir el futuro", "pacificar") expresan el proyecto utópico de la igualación en el olvido; la operación incluyó a la historia reciente y, también, a la del siglo pasado; mientras el cura Ezcurra proponía a Rosas como modelo de la juventud, se preparaban los decretos del indulto; en ambos casos se proponía olvidar: quién fue Rosas, quién fue Sarmiento, quiénes fueron los Libres del Sur, quiénes son los militares y los montoneros, quienes fueron las víctimas y los sobrevivientes; sólo olvidando, efectivamente, esa reconciliación de panteones es posible; sin olvido, el carnaval histórico que se nos propone es impracticable; como en el debate de los historiadores alemanes, el sentido de los últimos años está en juego y este sentido es una construcción pública que mantiene una relación doble (e inevitablemente tensa) entre las pruebas materiales y los valores; el indulto desprecia esas pruebas y afecta los valores a partir de los cuales hombres y mujeres se consagraron y probablemente seguirán consagrándose a recogerlas;² la igualación amnésica de la historia es, entre otras cosas, una ofensa al presente.

¿Por qué Lanzmann filma Shoah?

La pregunta es sobre *la necesidad de este film*. Después de todo lo que se escribió y se filmó sobre el holocausto, ¿cuáles pueden ser las razones de esta película? Lanzmann recopila un saber sobre los campos de exterminio y, en este sentido, *Shoah* tiene la hipótesis de que siempre se sabe demasiado poco, que lo que se sabe tiene la fragilidad de un discurso que puede ser olvidado y, por lo tanto, que es necesario volver una y otra vez sobre ello, porque el tiempo, las ideologías, la política de los estados, el cansancio de la culpa (como dice Habermas en su debate con los historiadores), o el cansancio que produce la monotonía del horror, carcomen ese núcleo de saber que comenzó a constituirse en la posguerra. Ha pasado casi medio siglo y es preciso levantar nuevamente el monumento que recuerde el horror, no para intensificar ese recuerdo sino para poner un obstáculo a su quizás inevitable deterioro. Las imágenes impactantes de los años cuarenta y cincuenta se han percutido y frente a eso *Shoah* quiere devolverles el esplendor fúnebre que tuvieron. Como en el diálogo escrito por Marguerite Duras para *Hiroshima mon amour*, la película de Lanzmann repite: no has visto nada en Treblinka.

² Andrés Di Tella abre, en su video *Desaparición forzada de personas*, perspectivas sobre el detalle material de los campos de detención durante la última dictadura militar en Argentina que son parte de este trabajo de restauración histórica del pasado para evitar, precisamente, su repetición presente, por un lado; y para subrayar los valores que la empresa reconstructiva tiene en su origen.

La relación entre memoria y olvido puede ser objetivada en un discurso, pero para que la relación exista, debe también existir el documento que dé a la memoria por lo menos tanta fuerza como al olvido: el documento que se imponga como sustento de la memoria y que la memoria tiende, inevitablemente, a rechazar. En efecto, la historia de los historiadores y la historia presente en la memoria colectiva son distintas: "Para el historiador, Dios mora en los detalles. Pero la memoria se subleva, denunciando que los detalles se han transformado en dioses".³

Lanzmann corre el riesgo de esta sublevación, de la que se defiende a partir de una definición de lo que es detalle: aquello que menos conocíamos. No el primer plano de la muerte, sino el plano lejano de un paisaje nevado, de un bosque agitado por el viento, de una aldea campesina, donde estuvo el campo de concentración. Si el detalle de la muerte subleva a la memoria, otro detalle, el de las cabelleras de las mujeres judías que caían bajo las tijeras del peluquero judío antes de entrar a la cámara de gas, enfrenta la sublevación de la memoria con la sorpresa de que todavía sabemos muy poco de Treblinka. Las horas en que suceden los hechos (por ejemplo las horas registradas en el diario de un dirigente judío como Czerniakow, el mismo día de su suicidio) son tan importantes para Lanzmann como la muerte, precisamente porque pueden restituir una noción concreta de tiempo, que el olvido oblitera en un flujo de desastres cuya repetición los condena a perder su carácter individual y, por lo tanto, a integrarse en un relato convencional, repetitivo, hipercodificado: una narración, cuya letra conocida destruye la extrañeza y la distancia.

La cuestión pasa entonces por una materialidad nueva que el detalle acumula sobre la muerte conocida y en proceso de olvido. Aun cuando se piense que se sabe, en esta seguridad de saber hay un malentendido: sobre este punto, sobre el holocausto, nunca puede saberse todo y, tampoco, nunca podrá resignarse a un saber parcial que es a la vez inevitable (como de toda práctica) y enemigo de la memoria. En cuanto se acepte "saber menos" se aceptará la posibilidad de olvidar. Y, si se acepta la posibilidad de olvidar, lo siguiente no es la repetición (puede o no serlo) sino el acto de resignar los valores que el holocausto destruyó junto con la destrucción de los judíos. Volver a la cuestión no es, entonces, una actividad meramente del recuerdo fáctico, sino del *recuerdo de las razones de la condena*. Los detalles pelean por la presentificación del pasado para hacer presentes los valores que en ese pasado fueron afectados por unos y defendidos por otros. En este sentido, *Shoah* no intenta un movimiento sólo reconstructivo sino *prospectivo*. No dice solamente "esto se hizo", sino "esto pudo (y puede) ser hecho".

³ Josef Hayim Yerushalmi, "Reflexiones sobre el olvido", en Y. Yerushalmi, N. Loraux, H. Mommsen, J.C. Milner y G. Vattimo, *Usos del olvido*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989, p. 24.

Habermas y los historiadores

John Torpey

En su más reciente esfuerzo por conservar la memoria de Auschwitz, Primo Levi describe un encuentro con un chico de once años que le propuso un plan simple y elegante para huir de un campo de concentración. Después de examinar el plano del campo, el chico imaginó que Levi hubiera podido, con toda sencillez, degollar al guardia, robar su uniforme, cortar la electricidad de los reflectores y del cerco y, finalmente, salir caminando. Divertido y perturbado al mismo tiempo por la ingenuidad del chico, Levi comenta: "esta anécdota ilustra bastante bien el abismo que existe y crece día a día entre las cosas tal como se presentaban 'allá' y las cosas tal como se presentan a una imaginación alimentada por libros, films y mitos aproximativos. Nos deslizamos fatalmente hacia la simplificación y el estereotipo... El historiador tiene como tarea la de construir un puente sobre este abismo que crece a medida en que nos alejamos de los hechos examinados". Escritas hace un año, poco antes de su trágico suicidio, las certeras observaciones de Levi sobre el fracaso de la memoria son un adecuado prefacio para entender los debates actuales en torno a la historia del Holocausto en Alemania.

Perfil de la controversia

Paradójicamente quizás, la distancia que separa a los alemanes occidentales del pasado nazi ha exacerbado la controversia sobre su relación con ese pasado. El reino del terror nacional-socialista que precedió la emergencia de la democracia

constitucional en la República Federal se ha convertido en objeto central de un debate sobre la naturaleza y el significado de la incorporación de Alemania Occidental a Occidente. Aunque la controversia se ha desarrollado en varios foros, el así llamado *Historikerstreit*¹ sobre el período nazi ofrece quizás el examen más explícito de la problemática relación entre conciencia histórica y autocomprensión actual. El *Historikerstreit*, que es en realidad más político que historiográfico, concierne principalmente al modo en que la comprensión de la historia da forma al discurso popular contemporáneo. En el caso alemán, el mismo marco de la democracia postbélica descansa sobre cierto consenso mínimo acerca del pasado: precisamente, que el nacionalismo y el antiliberalismo alemanes fueron responsables no menores de 1933.

La intervención de Habermas en el debate sólo puede ser entendida en estos términos. Su crítica se dirige básicamente a tres historiadores bien conocidos: Michael Stürmer, Andreas Hillgruber y Ernst Nolte. En términos generales, los acusa de "tendencias apologéticas" en sus trabajos sobre el nacional-socialismo. Las implicaciones de su historia revisionista resuenan con los temas ideológicos de la ofensiva neoconservadora desatada en la vida política alemana. En especial, Habermas afirmó que su revisionismo constituía una renuncia por parte de la derecha al consenso, un consenso que "había sido la base hasta aquí de la imagen oficial de la República Federal".²

Se ha acusado a Habermas de intentar imponer una ortodoxia liberal monolítica sobre los hechos; esta acusación, sin embargo, surge sólo de razones polémicas. El impulso central de su participación en el debate es para insistir sobre la necesidad de una pluralidad de interpretaciones historiográficas, sin nivelar las diferencias entre los hechos por medio de com-

El ensayo que publicamos apareció en el número 44 de *New German Critique* (1988), dedicado a la polémica de Habermas con los historiadores que proponen una revisión del pasado nazi.

paraciones inadecuadas. El consenso al que se refiere Habermas tiene que ver con la aceptación por parte de los alemanes de su responsabilidad por las tradiciones que condujeron a Auschwitz, y no con una continuidad falsamente armónica. "El período nazi será obstáculo mucho menor cuanto más estemos en condiciones de examinarlo como un filtro a través del cual debe pasar la sustancia de nuestra cultura, en la medida en que esta sustancia sea adoptada voluntaria y conscientemente".³ Permítaseme considerar brevemente la reacción de Habermas frente a cada uno de los autores implicados antes de pasar a las proyecciones más generales de la controversia.

Stürmer, consejero y autor de muchos discursos del canciller Helmut Kohl, considera que "en un país sin historia, el que logra dar contenido a la memoria, define los conceptos e interpreta el pasado, gana el futuro".⁴ Sin duda Habermas está de acuerdo con esta afirmación del "uso público de la historia". Para él, el problema reside precisamente en qué clase de futuro para la República Federal quieren definir Stürmer y sus colegas conservadores. Ese futuro depende de la comprensión del significado de la integración alemana en Occidente. Para Stürmer, el tema crucial es que la República Federal se ha convertido en "la pieza central del arco defensivo del sistema atlántico" en la posguerra. Como se verá, Habermas considera que esta posición es unilateral y miope en relación al sentido del vínculo de Alemania con la tradición occidental.

Andreas Hillgruber provoca la antipatía de Habermas con su libro *Two Kinds of Collapse: The Destruction of the German Reich and the End of European Jewry*. Desde el punto de vista habermasiano, el análisis que propone Hillgruber del nazismo es inadecuado metodológica y políticamente. En la primera parte del libro, donde se expone el colapso del frente oriental, Hillgruber plantea la dificultad de adoptar una perspectiva desde la cual puedan describirse estos hechos. Después de rechazar el punto de vista de Hitler como propio del darwinismo social, y el del ejército ruso como de importancia "sólo" para los prisioneros de los campos de concentración, Hillgruber insiste en que el historiador "debe identificarse con el destino concreto de la población alemana del este y con la lucha desesperada del Ejército alemán oriental y de la marina alemana en el Báltico, que intentaron proteger el este de Alemania y su población de la orgía de venganza desencadenada por el Ejército Rojo (violaciones en masa, asesinatos arbitrarios, deportaciones indiscriminadas), para conservar abiertas las rutas de huida hacia occidente".⁵

Como lo señalara Saul Friedländer, "la elección de Hillgruber es sorprendente, en la medida en que el mantenimiento del frente oriental permitió que continuara el proceso de exterminación".⁶ Tanto para Friedländer como para Habermas, la adopción de una perspectiva heroica sobre los "valerosos combatientes" del frente oriental debe entenderse como contribución a la actual lucha ideológica en torno al pasado. Habermas afirma que la identificación realizada por Hillgruber entre el destino de los alemanes del frente oriental y las "orgías de venganza del Ejército Rojo", tiene un objetivo político conservador, encaminado a demostrar que los alemanes siempre estuvieron del lado bueno en la lucha contra el comunismo y que los soldados alemanes fueron también víctimas de la guerra.

El ensayo de Ernst Nolte, "Between Myth and Revisio-

nism", comporta una diferente reinterpretación conservadora del pasado nazi. Nolte propone una relativización histórica de los crímenes nazis contra la humanidad comparándolos con otros casos de exterminio masivo por razones políticas, en el siglo XX. Los orígenes de la ideología nacional-socialista acerca del exterminio deben buscarse en una tradición más amplia que incluye las reacciones a la modernización que preconizaron "terapias de aniquilamiento". Esa tradición va desde Babeuf y la Revolución Francesa, pasa por los primeros socialistas, los reformadores agrarios ingleses de comienzos del siglo XIX, y llega a la "eliminación de los kulaks como clase" bajo Stalin o las ejecuciones masivas del régimen de Pol Pot. Nolte afirma que esta tradición debe asociarse explícitamente con "el socialismo revolucionario, cuya guía era la comunidad arcaica, de relaciones sociales transparentes y tendencias hacia el colectivismo totalitario".⁷

Dados estos antecedentes infames, Nolte argumenta que es inadecuado afirmar que el programa nazi de exterminio de los judíos fuera único. "Auschwitz... significó sobre todo una reacción surgida del miedo, producto de los episodios de aniquilación ocurridos durante la revolución rusa... La así llamada (¡sic!) aniquilación de los judíos en el Tercer Reich fue una reacción o una copia distorsionada y no un original".⁸ Coherentemente, en un artículo posterior publicado en *Die Zeit*, que puede considerarse como la primera escaramuza del *Historikerstreit*, Nolte afirma que la Solución Final no fue, en sustancia, muy diferente de otros programas de aniquilamiento masivo, "si se excluye el procedimiento técnico del empleo de gas".⁹ Según Habermas, el revisionismo de Nolte reduce la singularidad de Auschwitz a una innovación técnica y utiliza la imagen de las amenazas comunistas de aniquilación como justificación para los crímenes nazis. Nolte, de este modo, intenta relativizar la catástrofe judía comparándola con otros ejemplos de aniquilación de masas en la historia moderna: en una palabra, "normalizando" el pasado nazi.

Sobre la base de esta descripción de las cuestiones en debate en el *Historikerstreit*, me gustaría desarrollar un análisis comprensivo de la crítica de Habermas a la reciente historiografía conservadora. Este análisis tiene como punto de partida el señalamiento realizado por Habermas de que el debate histórico es "en verdad un debate sobre la autocomprensión de la República Federal".¹⁰

Herencias ambivalentes e identidad post-convencional

Pueden señalarse cuatro temas principales de la intervención habermasiana en la controversia. 1. Los roles del experto y del ciudadano no pueden confundirse. En la medida en que los escritos históricos se dirigen a un público lego mucho mayor que el de los foros institucionalizados de los historiadores profesionales, constituyen intervenciones en la esfera pública y es legítimo criticarlas como tales. 2. La naturaleza de nuestra comprensión histórica es interpretativa. La orientación respecto de las herencias tradicionales concierne siempre a la comprensión actual de nosotros mismos. 3. La cuestión de si sobre la responsabilidad alemana por el Holocausto debe conservarse una memoria viva, se refiere a los modos en que el presente debe tratar con las "herencias ambivalentes". La apropiación crítica de las tradiciones históricas sólo

es posible sobre la base de una "identidad post-convencional" correspondiente a un nivel de desarrollo moral y político que hace posible la orientación universalista más allá de la perspectiva estrecha de la identidad nacional. 4. El actual debate en Alemania sobre la interpretación del pasado nazi implica el del significado de la integración de ese país en Occidente. Esta cuestión tiene que ver con las bases de la legitimidad de un orden constitucional.

1. En su primera intervención en lo que se iba a convertir en el *Historikerstreit*, Habermas señala que, al carecer de la competencia del historiador, no hubiera encarado la crítica a Hillgruber si la obra de éste no estuviera aparentemente dirigida a un público lego.¹¹ Pero, como los historiadores conservadores se preocupan por impulsar una conciencia alemana estrechamente partidaria de la OTAN y dogmáticamente anticomunista, Habermas considera que intervenir es su deber como ciudadano. Son las consecuencias políticas de una interpretación histórica dada las que lo perturban, y no la interpretación misma. En una sociedad abierta, no hay manera de evitar la existencia de una historiografía pluralista; por ello, es urgente la tarea de criticar aquellas perspectivas que influyen directamente sobre la autocomprensión histórica de esa sociedad. La posición de Stürmer de que "quien interpreta el pasado, gana el futuro", aunque sin duda correcta, no inmuniza a una interpretación públicamente relevante frente a la *Ideologiekritik* política.

Aunque ambos critican la sustancia de la perspectiva habermasiana, tanto Jäckel como Hagen Schulze también señalan que la historia es un objeto que legitima la crítica ideológica.¹² Habermas se niega a resignarse frente a esos críticos conservadores que lo acusan por la impronta política de su intervención en el *Historikerstreit*: "La pomposa indignación (de Thomas Nipperdey y Klaus Hildebrandt) por una supuesta mezcla de ciencia y política desvía la cuestión hacia un camino completamente equivocado... No se trata de Popper versus Adorno, no se está debatiendo sobre teoría científica, ni sobre la cuestión de un análisis libre de valores. De lo que se trata es del uso público de la historia".¹³

Excepto a través de una política totalmente tecnocrática, no hay manera de eliminar la participación de los ciudadanos en discusiones sobre temas en los cuales posean poca o ninguna competencia. Habermas escribe: "No debería confundirse esta arena (de debate público sobre el significado del nazismo), donde es imposible colocarse desinteresadamente, con los espacios de discusión entre científicos..."¹⁴

Como ciudadano, el cientista social tiene el derecho, y también el deber, de intervenir en una controversia científica que tenga implicaciones prácticas. Al mismo tiempo, el cientista no puede fundar tal intervención en pretensiones espurias de competencia cuando el debate entraña consecuencias prácticas y no sólo pretensiones de verdad científica. Tal como lo afirmara a propósito de anteriores ataques a sus pronunciamientos políticos públicos, "los profesores de filosofía, como los científicos e intelectuales no tienen, por lo general, un acceso privilegiado a la verdad... Cuando toman posición sobre cuestiones prácticas, lo hacen ya en su rol de expertos, ya en su derecho a participar en discusiones entre ciudadanos".¹⁵

La defensa habermasiana del rol público del intelectual crítico deriva así de una concepción democrática y antitecnocrá-

tica de la ciudadanía, más que de una incapacidad para diferenciar a la ciencia de la política, como lo acusan sus críticos.

2. A Habermas le preocupa que la resurrección de una historia normalizada sirva los objetivos políticos del nuevo nacionalismo y del anticomunismo. Afirma: "La intención es que una República Federal firmemente anclada en la comunidad de valores atlántica recupere autoconfianza nacional a través de la identificación con un pasado sobre el cual pueda acordarse..."¹⁶ El hecho de que las recientes interpretaciones conservadoras del nacional-socialismo sean más tolerables para los alemanes cansados de la culpa y en busca de orientación en el presente, no las vuelve más aceptables. Más aún, desde la perspectiva de Habermas, tal interpretación sólo contribuye al cómodo sentimiento de que "hoy, por lo menos, estamos del lado bueno". En otras palabras, pese a los excesos del nazismo, el impulso antibolchevique que nutrió al fascismo alemán estuvo siempre a la orden del día, junto a la definición de la República Federal como eje y puente de la política anticomunista de la alianza occidental.

Un "pasado sobre el cual pueda acordarse" no es necesariamente un pasado que provea una orientación emancipatoria al presente. La objeción de Habermas a este tipo de reconciliación con un pasado desagradable está bien sintetizada en la muy citada frase de Walter Benjamin: "Nunca ha existido un artefacto de la cultura que al mismo tiempo no sea un artefacto de la barbarie".¹⁷ Por buenas razones, Habermas no puede aceptar una versión del pasado nazi que transforme a las comparaciones en un balance de cuentas. Tal interpretación errática el legado histórico de sufrimiento infligido por los soldados alemanes, que también es parte de la herencia cultural contemporánea. Habermas afirma que las interpretaciones de Nolte y Hillgruber acerca del período nazi son "niveladoras" y que tienden a disminuir los crímenes nazis comparándolos con los de otros regímenes y períodos: "Auschwitz contra Dresde".¹⁸ A este respecto, Habermas señala que la historiografía revisionista es un esfuerzo para huir del problema planteado por tradiciones incómodas que también son constitutivas de la identidad alemana.

Un balance de cuentas que bloquee la reflexión sobre el contexto de vida "en el cual Auschwitz fue posible"¹⁹ es sólo una negación acrítica de lo que significa ser alemán después de Auschwitz. Por eso, Habermas escribe: "Existe un criterio simple respecto del cual se dividen los espíritus; algunos parten de la perspectiva de que la tarea de comprender, basada en un análisis distanciado, libera el poder de una memoria reflexiva y por lo tanto amplía un tratamiento autónomo de las tradiciones ambivalentes; otros desearían ubicar a la historia revisionista al servicio de un reacomodamiento de la identidad convencional".²⁰

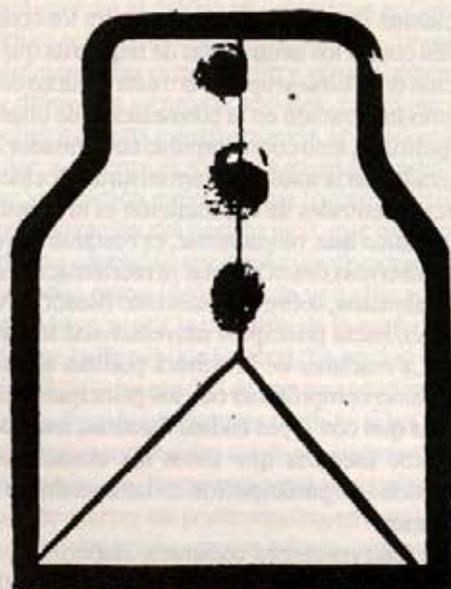
Claro está, Habermas se alinea dentro del primer grupo. Le interesa la promoción y desarrollo de una "identidad post-convencional", orientada a arraigarse no en la nación sino en principios universales coherentes con la noción de "ciudadanía del mundo".

3. En el desarrollo de las sociedades modernas, Habermas observa el desarrollo (no necesariamente lineal) de orientaciones hacia valores más universales. El estado-nación surgió como contexto organizacional de una identidad colectiva a la que sus miembros adhieren en sus diferentes roles como suje-

tos (ciudadanos en tanto propietarios privados, como personas privadas y como participantes democráticos en la polis). "La identidad colectiva de la sociedad burguesa se desarrolló desde las perspectivas abstractas de la legalidad, la moral y la soberanía... Sin embargo, estas determinaciones abstractas se adecuan mejor a la identidad de ciudadanos del mundo, y no a la de ciudadanos de un estado en particular, que debe sostenerse en contra de otros estados".²¹ El "universalismo intraestatal de la ley y la moral burguesas", en consecuencia, es subvertido por la competencia particularística de los estados-naciones, por un lado, y de los propietarios privados de capital, por el otro.

Sin embargo, el estado burgués hizo posible alcanzar nuevas formas de organización social que liquidarían esos mismos intereses estrechos. Hasta ahora estas metas se han encarnado sólo en los movimientos sociales consagrados a las estructuras sociales que podrían terminar con este tipo de competencia. Habermas considera que el movimiento obrero europeo es "el primer ejemplo de una identidad que se convirtió en reflexiva, de una identidad colectiva ya no ligada retrospectivamente a doctrinas y formas de vida específicas, sino prospectivamente a programas y reglas para lograr algo".²² Tal identidad colectiva post-convencional se expresó en los ideales del socialismo y su corolario, el internacionalismo: "Proletarios del mundo, uníos".

Habermas sostiene que tal forma de identidad colectiva es "compatible con estructuras universalistas del ego".²³ En los niveles más altos de desarrollo del ego, "cuando el joven ya no acepta ingenuamente la pretensión de validez contenida en las normas... él puede hacer explotar el sociocentrismo del orden tradicional y, a la luz de principios, comprender (y, si es preciso, criticar) las normas existentes como meras convenciones".²⁴ La pauta es similar en la esfera moral. Habermas toma de Lawrence Kohlberg un modelo de desarrollo moral dividido en estadios "pre-convencionales", "convencionales" y "post-convencionales". A los efectos de la presente exposición, importa subrayar el contenido de los estadios cuarto y sexto de Kohlberg. El estadio cuarto (correspondiente a la orientación hacia la ley y el orden) es caracterizado de la manera siguiente: "Se trata de una orientación hacia la autoridad, las reglas fijas y el mantenimiento del orden social por sí mismo". En cambio el estadio sexto implica una orientación hacia "principios universales de justicia, reciprocidad y equidad de los derechos humanos, de respeto a la dignidad de los seres humanos como *personas individuales*".²⁵ La interpretación de Habermas de los estadios universalistas del desarrollo de la sociedad, el individuo y la moral, configuran el fondo teórico de su intervención en el *Historikerstreit*. Preconiza la apropiación crítica de "tradiciones ambiguas", lo que supone "el cultivo de una conciencia histórica que es incompatible con imágenes no reflexivas, clausuradas y de segunda mano, y con las formas de la identidad convencional".²⁶ El proyecto conservador de "consolidar una identidad convencional" alemana contemporánea, se relaciona, en opinión de Habermas, con el intento de bloquear la reflexión sobre la singularidad del Holocausto. Las funciones "productoras de identidad" de la historia están entre las preocupaciones básicas de Stürmer quien, sin embargo, se ha dedicado a ofrecer a Alemania una tradición orientadora más que a refutar la excepcional-



idad de Auschwitz. La relativización del nacional-socialismo a través de las comparaciones niveladoras es, principalmente, el proyecto de Nolte, Hillgruber y Fest.

En consecuencia, desde la perspectiva habermasiana, la apropiación reflexiva de las herencias históricas es una característica típica de la identidad post-convencional. Otro rasgo de ese tipo de identidad consiste en la capacidad de solidaridad, que, en el caso presente, implica la necesidad de mantener viva la memoria de los crímenes nazis. "¿Es posible seguir siendo responsable del contexto en el cual se originaron tales crímenes, y donde la propia existencia se entretreje, de otro modo que no sea a través de la solidaridad con la memoria de aquello que no puede tener otro sentido positivo que el de ser considerado desde una actitud examinadora de las propias tradiciones productoras de identidad?"²⁷ La identidad post-convencional a la que se refiere Habermas²⁸ debe también entenderse como capacidad para adoptar una perspectiva crítica respecto del contexto de vida en el cual uno ha sido educado y también respecto de la barbarie que éste haya generado. Tal perspectiva se conecta con una orientación hacia principios universalistas a la luz de los cuales el individuo "puede hacer explotar el sociocentrismo del orden tradicional y captar las normas existentes como meras convenciones".

4. Estos principios universalistas se expresan en los principios fundamentales de un orden constitucional. El tema de la orientación post-convencional hacia las "tradiciones ambivalentes" suscita de este modo cuestiones acerca del significado de la integración de la República Federal en la comunidad occidental. El programa conservador de consolidación de una identidad convencional corresponde a un intento de afirmar dogmáticamente el orden legal dado y el compromiso con la alianza político-militar occidental. Habermas opone el "iluminismo" a esta "política histórica", confiando en "una conciencia nacional que extraiga su fuerza sólo de la apropiación crítica, vigorizada por las lecciones de Auschwitz, de aquellas tradiciones no ambiguas que, afortunadamente, no son pocas".²⁹

Ciertamente, Habermas defiende la idea de que el objetivo de la historia sea consolidar la integración de la República Federal a Occidente (argumento dirigido contra los conservadores y también contra los neutralistas de izquierda que invocan la vaga noción de *Mittleuropa*). Pero esta meta no debe interpretarse como integración en la constelación de alianzas económicas y políticas, sino como impulso confirmador del compromiso alemán con la tradición iluminista de Occidente. Uno de los aspectos centrales de esa tradición es el constitucionalismo democrático que, obviamente, es bastante novedoso en Alemania. Habermas desea afirmar la reorientación de la cultura política alemana, sobre el basamento filosófico del constitucionalismo, hacia principios universalistas tomados de la ilustración. La madurez de la cultura política alemana debe concebirse como compromiso con los principios del imperio de la ley, más que con leyes dadas. Además, una política democrática debe asegurar que todos los ciudadanos tengan igual oportunidad de participación en las decisiones que afectan sus intereses.

En varias intervenciones recientes, Habermas precisa las distinciones entre legalidad y legitimidad, ley positiva (*positives Recht, Gesetz*) y principios constitucionales de derecho (*Recht*).³⁰ Afirma que la legitimidad del orden constitucional está arraigada en principios universalistas encarnados en una constitución más que en leyes existentes. "El estado constitucional moderno sólo puede esperar que sus ciudadanos obedezcan a las leyes si, y en la medida en que, se sustenten en principios que merezcan reconocimiento, a la luz de los cuales lo legal puede justificarse como legítimo e, incluso, rechazarse como ilegítimo".³¹

Aunque no está totalmente disociada de las leyes positivas, la legitimidad de un orden constitucional es supra-legal. Se basa en principios generales, y está determinada por procedimientos que, idealmente, hacen posible un consenso no forzado entre todos aquellos cuyos intereses se hallen afectados.

En esta legitimidad supra-legal del constitucionalismo tiene su fuente de justificación la desobediencia civil. Aunque las leyes promulgadas por un parlamento pueden sustentarse en la legitimidad de un sistema de representación democrática, pueden ser consideradas ilegítimas si violan principios más generales de justicia, igualdad o seguridad. "La posibilidad de una desobediencia civil justificada se origina... sólo en la circunstancia de que, aun en los estados democráticos constitucionales, la regulaciones legales pueden ser ilegítimas, por supuesto que no según una pauta arbitraria de moralidad privada, derechos especiales o accesos privilegiados a la verdad".³² La "ruptura de reglas demostrativas" en que se encarnan los actos de desobediencia civil puede justificarse por el hecho de que no "ponen en cuestión la existencia y significado fundamental del orden constitucional".³³

Esta concepción de la legitimidad y la justificación de la desobediencia civil se relaciona con la idea de Habermas acerca de una identidad post-convencional. A fines de 1983, Habermas señalaba la relación entre el "legalismo autoritario" de quienes rechazan este tipo de justificación de la desobediencia civil y el esfuerzo neoconservador para convertir "la común inclinación hacia pasados positivos en un deber nacional".³⁴ La promoción de una identidad convencional, "orientada hacia la ley y el orden", y la promoción conservadora de

un nuevo nacionalismo vía la normalización del pasado nazi son operaciones del mismo género.

Los esfuerzos de Habermas se dirigen a afectar este *compositum conservador*. Para él, el único tipo de patriotismo permitido a los alemanes después de Auschwitz es el "patriotismo constitucional", coherente como una identidad post-tradicional y principios universalistas: "En este caso las identificaciones con las propias formas de vida y las herencias propias deben ser superadas por un patriotismo más abstracto que ya no se fundamente en la totalidad concreta de la nación, sino más bien en procedimientos y principios".³⁵

Según Habermas, las evidencias del desarrollo de este tipo de identidad post-convencional en la ciudadanía alemana se han fortalecido hasta el punto de que la distinción entre legalidad y legitimidad se ha arraigado,³⁶ y la identificación ingenua con los símbolos nacionales declina entre los jóvenes alemanes.³⁷ Sin embargo, la persistencia de tendencias nacionalistas proporciona un terreno social a las "políticas históricas" al servicio de los objetivos conservadores.

La política de la historia y el ataque a la "nueva clase"

¿Por qué reaccionaron de manera tan agresiva los historiadores conservadores frente al contraataque de Habermas a su política histórica? El peso de Habermas en la escena cultural e intelectual alemana originó, a no dudarlo, cierto espíritu defensivo. Sin embargo, este espíritu no alcanza para explicar lo enconado del debate. Stürmer, Hillgruber y su defensor Klaus Hildebrand, no reconocieron las implicaciones políticas de su actividad profesional, le negaron toda credibilidad a los no especialistas presentes en la discusión, y se rebajaron a cuestionar la veracidad de las citas de sus obras hechas por Habermas.

El enconamiento de la respuesta conservadora tiene que ver con lo que Habermas correctamente reconoció como contribución al programa neoconservador. Tal como lo afirmara Hans-Ulrich Wehler, el debate revela "síntomas de una 'pequeña revolución cultural' de derecha. El *Historikerstreit* empecinadamente prolonga la larga batalla conceptual y política para implantar una hegemonía cultural por parte de los neoconservadores".³⁸ El impulso central de la crítica cultural neoconservadora, en opinión de Habermas, reside en la idea de que los procesos de modernización capitalista y burocrática, aunque positivos en sí mismos, han despojado a los actores sociales de las guías motivacionales que les proporcionaban la religión y las tradiciones. La conciencia histórica debería, en consecuencia, sustituir estas bases exhaustas de la identidad colectiva. Mucho antes del *Historikerstreit*, Habermas consideraba la cuestión del siguiente modo: "Los neoconservadores piensan que su tarea es, por una parte, la movilización de aquellos pasados respecto de los que se pueda actuar afirmativamente, y, por la otra, la neutralización moral de otros pasados que podrían provocar sólo crítica y rechazo".³⁹

Cuando irrumpe el *Historikerstreit* en la escena cultural, los intelectuales neoconservadores se enfrentan a un dilema que, en gran parte, ellos construyeron. Stürmer reconoce abiertamente que intentó contribuir a una identidad nacional revivificada, con el objetivo de anclar más firmemente a Alemania Federal en la alianza occidental. El impulso relativizante de Nolte y Fest tiene un claro aire de familia con el torpe de-

seo de Franz Josef Strauss de que los alemanes por fin "emergen de la sombra del Tercer Reich y se conviertan en una nación normal"⁴⁰. La mención de Hillgruber de los "heroicos" esfuerzos de la soldados alemanes del frente oriental, resuena con el eco de la insistencia del político democristiano Alfred Dregger para que su hermano, soldado de la SS muerto en el frente oriental, sea considerado también víctima de los nazis.⁴¹ Las desnudas implicaciones ideológicas de la historiografía producida por estos autores los hizo vulnerables a la acusación de que intentaban desempeñar el papel de "planificadores de ideología" y "dadores de sentido" (*Sinnstifter*).

Pero la *Sinnstiftung* historiográfica conservadora se compece mal con la crítica cultural neoconservadora que considera que una "nueva clase" de intelectuales extrae su "poder de la palabra oral y escrita" (Schumpeter) para obtener mayores recompensas sociales y más prestigio. Esta "nueva clase", se afirma, ofrecería justificaciones elevadas y universales a los programas de *social welfare* que sólo son coberturas de su propio interés en la expansión del sector estatal. La inteligencia pondría su mayor capacidad interpretativa al servicio de sus propios fines económicos y políticos. Entrenados en las ciencias sociales y las humanidades, estos intelectuales crean interpretaciones interesadas del mundo moderno frente al declinante poder de la religión y la tradición. "La intelligentsia de los científicos sociales se apropia del déficit de sentido propio de la modernidad cultural para usarlo en función de sus propios intereses y predominio. De este modo se convierte en una clase de 'intérpretes de sentido' y 'redentores' (*Sinnvermitter und Heilslehrer*) que se coloca en oposición a la clase de los 'productores' materiales".⁴²

De este modo, la "nueva clase" es entendida como una agrupación de "nuevos clérigos" y su influencia pensada en términos del "imperio sacerdotal de los intelectuales". Los trabajadores de los servicios sociales y, en general, el sector terciario, los científicos sociales en particular, son presentados como los enemigos internos de aquellos que contribuyen al bienestar material de la sociedad (el trabajo y el capital).

La perspectiva crítica de los intelectuales supuestamente deriva de su falta de familiaridad y de responsabilidad en la producción social. A este respecto, la crítica neoconservadora de los intelectuales se alimenta del análisis realizado hace tiempo por Joseph Schumpeter, quien escribió que "la actitud crítica surge de la situación del intelectual como observador, y en la mayoría de los casos como *outsider*, no menos que del hecho de que su máxima oportunidad de autoafirmación reside en su valor real o potencial de ser molesto... El grupo intelectual vive de la crítica y todas sus posiciones dependen de la agudeza de la crítica".⁴³ La tendencia de la crítica neoconservadora es atribuir (como lo hace Schelsky) a los científicos sociales en particular el lugar de esta "clerecía", a causa de sus funciones interpretativas. Este es precisamente el cargo que hace Klaus Hildebrand a Habermas cuando lo acusa de intentar "consolidar una hegemonía intelectual".⁴⁴

Con todo, aparte de Habermas, muy pocos científicos sociales han participado hasta el momento en el *Historikerstreit*. Más aún, la sociología en particular ha demostrado su aversión a considerar al nacional-socialismo como objeto de análisis.⁴⁵ El miedo sorprendente y quizás inconsciente de los conservadores frente a la predisposición crítica de los cientis-

tales sociales se revela en el hecho de que la *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (FAZ) transformó a los historiadores críticos que intervinieron en el debate en "cientistas sociales". Hans-Ulrich Wehler señala que la FAZ describió la controversia como un enfrentamiento entre "Nolte y otros historiadores, por un lado, y diferentes científicos sociales, por el otro".⁴⁶ La intención política de esta transformación ocupacional es difícil de disimular: a quienes se niegan a aceptar "pasados capaces de suscitar aprobación general", que toman posición en contra de la relativización del pasado nazi, que rechazan la resurrección de una identidad nacional convencional, se los mezcla y desacredita como ideólogos de una elite parasitaria.

Todo esto hace surgir la cuestión de la madurez de la cultura política en la República Federal. Es verdad que el *Historikerstreit* refleja la integridad de una sociedad capaz de debatir tales temas. Pero la pregunta es también si los intelectuales pueden legítimamente hablar sobre cuestiones públicas, respecto de las cuales no tienen competencia académica, sin que se los acuse de ejercer un poder egoísta en función de sus intereses. Los intelectuales conservadores sostienen que están por encima de la política a través de la crítica de los objetivos instrumentales de los *otros* intelectuales, o a través de una referencia ritual a la noción weberiana de una ciencia "libre de valores". La falacia lógica implicada en esta posición es evidente. La proximidad de Stürmer al poder no hace sino dramatizarla.

Dada la "declinación de los mandarines alemanes" y la emigración o *Gleichschaltung* de los intelectuales independientes durante la dictadura nacional-socialista, sólo después de la guerra pudo emerger una capa intelectual autoconsciente en Alemania Occidental. Sólo entonces "pudo darse el paso hacia la normalización del compromiso público de los escritores y académicos (*Wissenschaftlern*), que los franceses habían dado en ocasión del caso Dreyfus".⁴⁷ La indignada respuesta de algunos historiadores profesionales frente a la participación de no especialistas en el debate sugiere que este desarrollo es seriamente cuestionado por los conservadores. En esta instancia, la ideología del profesionalismo se convierte en una cobertura para una política elitista y tecnocrática que excluye a los no expertos de importantes discusiones públicas.

Quizás sea más peligrosa aún la acusación realizada por Hilton Kramer, en FAZ, de que "los intelectuales de oposición se han convertido en un obstáculo a la democracia".⁴⁸ Y, además, "intelectual de oposición" tiende a ser confundido, en la visión del mundo neoconservadora, con "cientista social". Este aspecto de la crítica cultural neoconservadora no es tan evidente en los Estados Unidos, posiblemente porque muchos de sus más distinguidos exponentes son científicos sociales. Pero en Alemania Federal, en cambio, Schelsky se refiere a sí mismo como "anti-sociólogo" para distanciarse de aquellos a quienes critica. Las ciencias sociales se convierten en el locus específico del "espíritu sin hogar" y sus pronunciamientos pueden entonces descartarse como los desvaríos de *outsiders* que han perdido contacto con la necesidad social básica de producir e integrar una identidad.

Las ciencias sociales son trivializadas y la historia resurge. Este curso se ve acompañado por una minimización de la identificación con los logros democráticos de la República Federal y el rejuvenecimiento de una identidad orientada mítica-

mente hacia "Alemania".⁴⁹ Para los neoconservadores alemanes, según Habermas, "la fuerza orientadora de la acción está investida exclusivamente en la ciencia histórica, que revivifica tradiciones y asegura continuidades por medios narrativos. Esto explica la revalorización de las *Geisteswissenschaften* narrativas, a la vez que la desconfianza hacia una historia como ciencia social y la devaluación de la sociología".⁵⁰

El *Historikerstreit* representa entonces un episodio del más amplio deslizamiento hacia la derecha del campo científico. En una modernidad vacía de sentido y en una incierta situación histórica, la competencia científica en el campo de la historia corresponde a quienes son capaces de proporcionar síntesis más agradables de un pasado desagradable. Los que critican esas síntesis sólo perseguirían lograr influencia política a expensas de la búsqueda de la verdad.

Dado el éxito del esfuerzo neoconservador para cambiar los términos de la discusión tanto en Alemania como en Estados Unidos, ¿por qué Hans-Ulrich Wehler concluye que el *Historikerstreit* fue una victoria de los críticos del revisionismo? Aparte de "un triunfo de la razón crítica y el conocimiento" sobre las comparaciones poco satisfactorias de algunos historiadores, se refiere al hecho de que "el debate reveló la vigilancia de un público crítico" y la prontitud con que numerosos historiadores se pronunciaron en la esfera pública: "La participación todavía no se ha convertido del todo en un privilegio de expertos".⁵¹ Estos desenlaces afirman la justeza de la observación habermasiana de que se estaría consolidando una identidad post-convencional forjada alrededor del consenso del estado de bienestar democrático en la República Federal.

Conclusión

La tremenda relevancia del Holocausto en la vida política e intelectual dota al *Historikerstreit* de vital importancia para la comprensión de la sociedad alemana. De Bitburg a Viena, de *Holocausto* a *Heimat* y *Shoah*, de Fassbinder a la audiencia de Waldheim con el Papa, de la muerte de Mengele al juicio de Barbie, la cuestión de las relaciones de los alemanes con su pasado se ha desplazado hacia el centro de la vida cultural. El deseo de los alemanes, perfectamente comprensible, de que se los absuelva de culpa se enfrenta con el igualmente comprensible interés de los judíos y otros sectores por que permanezca viva la memoria de la destrucción de los judíos europeos. Recientes indicios de un resurgimiento del antisemitismo en el mundo occidental, sin embargo, indican que Auschwitz quizás había sido demasiado olvidado. Y el suicidio de Primo Levi testimonia que los espíritus aparentemente más indomables continúan sucumbiendo a los hechos más terribles de nuestra era.

Pese a sus posibles interpretaciones defectuosas de los historiadores neoconservadores,⁵² la catálisis habermasiana de la controversia sobre la era nazi supone un esfuerzo significativo para mantener el recuerdo como herencia crucial aunque infamante de la autoconciencia alemana. Frente a la difundida denuncia del rol intelectual impulsada por los neoconservadores, Habermas reafirmó con fuerza la función crítica del intelectual en la vida pública. Su insistencia en la justificabilidad de la tradicional "desconfianza del intelectual respecto

de las falsas continuidades"⁵³ reivindica su propio rol en la problematización de los esfuerzos realizados por los historiadores para hacer resurgir esas continuidades.

Afortunadamente, un número considerable de historiadores coinciden con Habermas en las implicaciones políticas de la reciente historiografía conservadora. El "otro lado", cuya acción provocó Habermas, rechazó las tendencias nacionalistas y "normalizantes" de las interpretaciones conservadoras del nacional-socialismo, y la subsiguiente "instrumentación" de la historia para uso político. Paradójicamente, esta última acusación les fue devuelta por los conservadores, rápidos en representar a los intelectuales críticos y liberales moviéndose bajo el impulso de intereses más que de la verdad. Quizás el debate haya, por ese camino, contribuido a desnudar el contenido político de una ciencia que se cree "libre de valores". Pudo haber demostrado la dificultad para acallar el "consenso mínimo" sobre el pasado nazi, que fue constitutivo de la cultura política de la República Federal. Finalmente, anclada en el movimiento más amplio de un "reverdecimiento" de la vida política alemana, la controversia seguramente ayuda a debilitar la deslegitimación conservadora de la participación intelectual en los debates públicos. Estos resultados, a su vez, señalarían la maduración de una "identidad post-convencional" sobre la que Habermas ha teorizado y por cuyo fortalecimiento trabaja.

Notas

¹ Las contribuciones mayores al *Historikerstreit* fueron recogidas por Ernst Reinhard Piper: "*Historikerstreit: Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*", Munich, Piper Verlag, 1987. Véase también Dan Diner (comp.), *Ist der Nationalsozialismus Geschichte? Zu Historisierung und Historikerstreit*, Frankfurt del Meno, Fischer Verlag, 1987; Hilmar Hoffman (comp.) *Gegen den Versuch, Vergangenheit zu verbiegen*, Frankfurt del Meno, Athenäum Verlag, 1987; Reinhard Kühnl (comp.), *Vergangenheit, die nicht vergeht: Die "Historikerdebatte" - Dokumentation, Darstellung, und Kritik*, Colonia, Pahl-Rugenstein, 1987. Finalmente, Hans-Ulrich Wehler preparó una extensa cronología crítica incluida en *Entsorgung der deutschen Vergangenheit: Ein polemischer Essay zum Historikerstreit*, Munich, Verlag C.H. Beck, 1988.

² Jürgen Habermas, "Vom öffentlichen Gebrauch der Historie", *Eine Art Schadensabwicklung: Kleine politische Schriften VI*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1987, p. 142.

³ Habermas, "Von öffentlichen Gebrauch", p. 142.

⁴ Michael Stürmer, "Suche nach der verlorenen Erinnerung", *Das Parlament* 17/24 de mayo, 1986:1. Citado por Habermas, "Apologetische Tendenzen", *Eine Art Schadensabwicklung*, cit., p. 123.

⁵ Hillgruber, *Zweierlei Untergang: Die Zerschlagung des deutschen Reiches und das Ende des europäischen Judentums*, Berlin, Siedler, 1986, p. 24-5; citado en Habermas, *Eine Art*, cit., p. 124.

⁶ Friedländer, "A Past That Refuses to Go Away", *Ha'aretz*, 3 de octubre de 1986.

⁷ Ernst Nolte, "Between Myth and Revisionism", en H.W. Koch (comp.), *Aspects of the Third Reich*, Londres, Macmillan, 1985, p. 24.

⁸ Nolte, "Between Myth", cit., p. 36. La respuesta de Eberhard Jäckel a este argumento, retomado en detalle por Joachim Fest en su

defensa de Nolte contra Habermas ("Die geschuldete Erinnerung", *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 29 de agosto, 1986), merece ser citada: "La exterminación nazi de los judíos fue única porque nunca antes un estado, bajo la autoridad responsable de su jefe, decidió y anunció que un grupo específico de seres humanos, incluidos los ancianos, las mujeres, los niños, serían muertos sin excepciones, e implementó esta decisión con todos los medios a su disposición". Jäckel, "Die elende Praxis der Untersteller", *Die Zeit*, 12 de setiembre de 1986.

⁹ Nolte, "Vergangenheit, die nicht vergehen will", *Die Zeit*, 6 de junio de 1986.

¹⁰ Habermas, "Geschichtsbewusstsein und posttraditionales Identität: Die Westorientierung der Bundesrepublik", en *Eine Art*, cit., p. 162.

¹¹ Habermas, "Apologetische Tendenzen", p. 124.

¹² Véase Jäckel, "Die elende Praxis des Untersteller", *Die Zeit*, 12 de setiembre de 1986; Hagen Schulze, "Fragen die wir stellen müssen", *Die Zeit*, 26 de setiembre de 1986. Ambos artículos fueron republicados en "Historikerstreit": *Die Dokumentation*.

¹³ Habermas, "Vom öffentlichen Gebrauch", p. 145.

¹⁴ *Ibid.*, p. 144.

¹⁵ Habermas, "Entsorgung der Vergangenheit", *Die neue Unübersichtlichkeit: Kleine politische Schriften V*, Frankfurt, Suhrkamp, 1985, p. 268.

¹⁶ Habermas, "Apologetische Tendenzen", p. 122. También en *Eine Art Schadensabwicklung*, Habermas escribe: "No está en cuestión la pertenencia de la República Federal a Europa occidental, sino la pregunta formulada por los neoconservadores acerca de si la opción por Occidente no deba anclarse fuertemente en una conciencia nacional renovada. La identidad de los alemanes, supuestamente amenazada, se argumenta, debe consolidarse a través de la representación histórica de pasados capaces de aceptación pública. Para ellos, la cuestión es la de la iluminación neo-historicista de continuidades históricas nacionales, que persisten a través de las décadas del treinta y el cuarenta". "Geschichtsbewusstsein und posttraditionale Identität", *Eine Art*, p. 162.

¹⁷ Walter Benjamin, "Geschichtsphilosophische Thesen", en W.B., *Zur Kritik der Gewalt und andere Aufsätze*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1965, p. 83.

¹⁸ Habermas, "Vom öffentlichen Gebrauch", p. 139.

¹⁹ *Ibid.*, p. 140.

²⁰ Habermas, "Apologetische Tendenzen", p. 133.

²¹ Habermas, "Historical Materialism and the Development of Normative Structures", en *Communication and the Evolution of Society*, Boston, Beacon Press, 1979, p. 114. Habermas repite esta fórmula casi textualmente en su discusión de las diferencias entre el nacionalismo moderno y anteriores formas de identidad en "Geschichtsbewusstsein und posttraditionales Identität": "La tensión entre las orientaciones evaluativas universalistas del estado constitucional y de la democracia, por un lado, y el particularismo de la nación que se delimita a sí misma separándose del otro" (p. 165).

²² Habermas, "Historical Materialism", p. 115.

²³ *Ibid.*, p. 115.

²⁴ *Ibid.*, p. 102.

²⁵ Habermas, "Moral Development and Ego Identity", en *Communication and the Evolution of Society*. Para una discusión crítica de la apropiación habermasiana de Piaget y Kohlberg que plantea dudas acerca de su universalidad empírica, véase: Thomas McCarthy, "Rationality and Relativism: Habermas's Overcoming of Hermeneutics", en John B. Thompson y David Held (comps.), *Habermas: Critical Debates*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press, 1982, p. 57-78. Carol Gilligan (*In a Different Voice*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1982), critica extensamente las connotaciones de género sexual presentes en el esquema de Kohlberg.

²⁶ Habermas, "Apologetische Tendenzen", p. 134.

²⁷ Habermas, "Vom öffentlichen Gebrauch", p. 144.

²⁸ Debe señalarse que Habermas se había dedicado a este tema en términos muy parecidos hace quince años en su conferencia "Können komplexe Gesellschaften eine vernünftige Identität ausbilden?", en J.H. y Dieter Henrich, *Zwei Reden*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1974.

²⁹ Habermas, "Nachspiel" a "Vom öffentliche Gebrauch", p. 158.

³⁰ Habermas, "Wie ist Legitimität durch Legalität möglich?", *Kritische Justiz*, 20.1 (1987), 1-16; "Über den Doppelten Boden des demokratischen Rechtsstaates", en *Eine Art Schadensabwicklung*, p. 18-23; "Recht und Gewalt: ein deutsches Trauma", en J.H., *Die neue Unübersichtlichkeit*, p. 100-17; "Civil Disobedience: Litmus Test for the Democratic Constitutional State", *Berkeley Journal of Sociology*, 30 (1985): 95-116.

³¹ Habermas, "Civil Disobedience", p. 102.

³² *Ibid.*, p. 103.

³³ *Ibid.*, p. 105.

³⁴ *Ibid.*, p. 112.

³⁵ Habermas, "Geschichtsbewusstsein", p. 173.

³⁶ Habermas, "Civil Disobedience", p. 111.

³⁷ Habermas, "Apologetische Tendenzen", p. 134-5.

³⁸ Hans-Ulrich Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum Historikerstreit*, Munich, Beck, 1988, p. 199.

³⁹ Habermas, "Die Kulturkritik der Neokonservativen in den USA und in der Bundesrepublik", *Die neue Unübersichtlichkeit*, p. 51.

⁴⁰ Strauss, *Frankfurter Rundschau*, 14 de enero de 1987; citado por Habermas, "Nachspiel", *Eine Art*, p. 157.

⁴¹ Sobre estos puntos véase Anson Rabinbach, "German Historians Debate the Nazi Past", *Dissent*, primavera 1988, p. 192-200.

⁴² Helmut Dubiel, *Was ist Neokonservatismus?*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1985, p. 112. En este caso, Dubiel describe la influyente posición de Helmut Schelsky en *Die Arbeit tun die Anderen: Klassenkampf und Priesterherrschaft der Intellektuellen*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1975.

⁴³ Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, New York, Harper & Row, 1976, p. 147 y 151.

⁴⁴ Hildebrand, "Wer dem Abgrund entrinnen will, muss ihn auf genaueste ausloten", en *Historikerstreit*, cit., p. 291.

⁴⁵ Thomas A. Herz, "Nur ein Historikerstreit? Die Soziologen und der Nationalsozialismus", *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 39:3, setiembre de 1987, p. 560-570. Herz señala que una 'banalización' de la existencia social de los sociólogos acompaña la profesionalización de la disciplina.

⁴⁶ Wehler, p. 200-1.

⁴⁷ Habermas, "Heinrich Heine und die Rolle des Intellektuellen in Deutschland", *Eine Art*, p. 46.

⁴⁸ Citado por Habermas, "Heinrich Heine", p. 54, n. 51.

⁴⁹ Véase la reseña de Andrei Markovits de varios libros sobre el *Historikerstreit*, *German Politics and Society*, 13, febrero 1988, p. 41-2.

⁵⁰ Habermas, "Die Kulturkritik der Neokonservativen", p. 47.

⁵¹ Wehler, *Entsorgung*, p. 198-9.

⁵² Saul Friedländer considera que un examen de la obra histórica de Hillgruber proporcionaría una perspectiva más ecuánime del Holocausto que la que expone Habermas en su discusión. La reacción de Habermas frente a la propia defensa de Hillgruber es que su último libro "continúa produciendo un efecto apologetico". Habermas, "Leserbrieff an die *Frankfurter Allgemeine Zeitung*", 11 de agosto de 1986.

⁵³ Habermas, "Heinrich Heine", p. 47. Véase también "Über den doppelten Boden des demokratischen Rechtsstaates".

Borges

francófono

"On pourra toujours le raconter à nouveau, le *Quichotte* n'y gagnera rien".

“ Nada gana el Quijote con que lo refieran de nuevo”: el 29 de enero de 1937, Borges publicaba esta frase en su columna literaria de la revista *El Hogar*, un semanario mundano para el que escribió, de 1936 a 1939, una serie de ensayos, reseñas bibliográficas y biografías sucintas de escritores contemporáneos. Seleccionadas y reunidas en libro en 1986, esas crónicas son sin duda el texto más importante de Borges aparecido en volumen desde *El hacedor* (1960). A diferencia de las autoimitaciones deslavadas de los años setenta, los *Textos cautivos* nos sumergen otra vez en la efervescencia borgeana de la década del treinta, y en los antecedentes teóricos inmediatos de muchas de sus páginas fundamentales. Al margen de los grandes mitos culturales de su obra, esos artículos periodísticos han preservado sus lecturas cotidianas y, sobre todo, el juicio que le merecen sus contemporáneos, de los que salvo rarísimas excepciones, no se ocupan los ensayos críticos de las *Inquisiciones* y de *Discusión*.

Las almas delicadas (de las que formo parte), deben abandonar toda esperanza antes de entrar: lo arbitrario se pasea con total libertad en esas páginas. En primer lugar, la predilección de Borges por la literatura anglosajona deja de ser un mero gusto estético para alcanzar las fronteras de la obsecuencia, y

Juan José Saer

en cuanto a sus ideas políticas, *no problem*: se ajustan en todo a la doctrina oficial del *Foreign Office*. Pero a eso ya nos tenía acostumbrados. Su inclinación conocida por ciertos escritores de segundo orden (H.G. Wells, Chesterton, Léon Bloy), es complementada en esta antología por la exaltación o la mención de autores de tercero, de cuarto e incluso de *n* orden. Es verdad que, de los grandes, aparecen O'Neill, Joyce, Virginia Woolf, Faulkner, pero son únicamente estos dos últimos los que salen ilesos. Los elogios que reciben Pound, Joyce o Eliot, vienen siempre acompañados de críticas severas. Así, Pound, por ejemplo, igual que Mallarmé y James Joyce, incurre en la "coquetería literaria" de usar la inteligencia para simular el desorden. Joyce, si bien es probablemente el escritor más eminente de su época, "sus primeros libros (anteriores a *Ulises*) no son importantes", y, en cuanto a *Finnegans Wake*, es "una concatenación de retruécanos cometidos en un inglés onírico y que es difícil no calificar de frustrados e incompetentes": los de Jules Laforgue le parecen superiores. En compañía de esos rigores cuánta admiración, benevolencia o imparcialidad, para autores como Ellery Queen, Louis Golding, Countee Cullen, Edna Ferber e incluso Mae West (por su contribución a la literatura moderna y no al arte cinematográfico).

Una sola pasión puede compararse en intensidad a la anglo-

filia de Borges: su francofobia. Si no vacila en ser neutro con Mae West, complaciente con un tal Alan Griffiths (título de su novela *Of course, Vitelli!*), es implacable con Corneille, sangriento con Breton, desdénso con Baudelaire. Llama a Isidore Ducasse "el intolerable conde de Lautréamont" y afirma que Rimbaud fue "un artista en busca de experiencias que no logró". En media página, mata de un solo tiro dos pájaros de especies diferentes, Etienne y Daniel-Rops; en otra ridiculiza a Romain Rolland, y en párrafos sucesivos se permite ser condescendiente con Jules Romains (a causa de una epopeya en verso) y con Lenormand. A pesar de que ya estamos en 1939 no se encuentra, en las 338 páginas del volumen, la menor referencia a Gide o a Proust. Dos autores se salvan de la hecatombe: Henri Duvernois, porque su libro, "acaso no es inferior a los más intensos de Wells", y Robert Aron, autor de una novela llamada *La victoria de Waterloo*, título que podría explicar el entusiasmo de Borges, que no se priva de ilustrar a sus lectores: "el título puede parecer paradójico en París, pero para nosotros los argentinos, Waterloo no es una derrota". A simple vista, adivinamos una especie de alergia a lo que Thomas De Quincey —uno de los maestros de Borges— llamó "las normas parisinas en materia de sentimiento".

Por curioso que parezca, esos dislates, esas manías —qué escritor no los comete o no las tiene—, todos esos extraños caprichos reunidos, constituyen una excelente literatura, y *Textos cautivos* (el título es de los compiladores), por su sensatez teórica, por su gracia verbal, por su humor constante, merece figurar entre los mejores libros de Borges. Las "Biografías sintéticas de autores" recuerdan las biografías de fascinerosos de la *Historia universal de la infamia*, y las reseñas críticas, los resúmenes de libros imaginarios de los años 40, con la delicia suplementaria de que muchos de los libros verdaderos que comenta son más inverosímiles que los ficticios. Fue probablemente el primero que habló de William Faulkner en idioma español: "en sus novelas no sabemos qué pasa, pero sabemos que lo que pasa es terrible". Es, me parece, gracias a las obligaciones didácticas de esos artículos periodísticos, que el barroquismo un poco decorativo de su prosa juvenil adquiere la sencillez y la precisión incomparables de los grandes textos de las dos décadas venideras.

Pero volvamos a un tema preciso de esas crónicas: Paul Valéry. En la "biografía sintética" más que sibilina que le dedica, adverbios, opiniones indirectas y adjetivos ambiguos, califican la prosa de Valéry, después de haber demolido en forma lapidaria su poesía. Según Borges, Monsieur Teste "es quizá la invención más extraordinaria de las letras actuales". Pero, en el contexto, "extraordinaria" no es necesariamente un elogio, y podemos interpretarla como "curiosa", "inverosímil", "monstruosa". Ya en un artículo importante de 1930, "La supersticiosa ética del lector", leemos que "el hábito hiperbólico del francés está en su lenguaje escrito asimismo: Paul Valéry, héroe de la lucidez que organiza, traslada unos olvidables y olvidados renglones de Lafontaine y asevera de ellos (contra alguien): les plus beaux vers du monde". Es verdad que a la muerte de Valéry, en 1945, Borges escribió su necrológica en la revista *Sur*, pero, a pesar de algunos elogios de circunstancia, la sempiterna objeción vuelve a aparecer: "Valéry ha creado a Edmond Teste; ese personaje sería uno de los mitos de nuestro siglo si todos, íntimamente, no lo juzgáramos

un mero *Doppelgänger* de Valéry". ¡Una idea fija! En Santa Fe, una tarde de 1968, es decir treinta y ocho años después de las primeras reticencias, durante una caminata se detuvo bruscamente y me lanzó a quemarropa: "¿No le parece una grosería de parte de Valéry llamar *Cabeza* (Teste) a un señor muy inteligente?"

La "Biografía sintética" de Paul Valéry apareció en *El Hogar* el 22 de enero de 1937, es decir una semana antes de que apareciera, en un artículo sobre Unamuno, la frase que cito al principio: "Nada gana el *Quijote* con que lo refieran de nuevo..." Un año y medio más tarde, el 10 de junio de 1938, Borges reseña (y refuta), la *Introduction à la Poétique*, publicación en volumen del curso de Valéry en el Collège de France. De ese libro, Borges cita la idea de Valéry según la cual una verdadera historia de la literatura debería ser una historia del espíritu como productor o consumidor de literatura, "historia que podría llevarse a término sin mencionar un solo escritor". Más adelante, analizando otros conceptos (en particular el de la literatura como resultado de una simple combinatoria de las propiedades del lenguaje y, por otra parte, el de que la obra literaria sólo existe en acto, lo que equivale a decir durante la lectura), Borges observa una contradicción: "Una parece reducir la literatura a las combinaciones que permite un vocabulario determinado; la otra declara que el efecto de esas combinaciones varía según cada nuevo lector". Y Borges analiza esa variación histórica de un texto literario, tomando como ejemplo un verso de Cervantes.

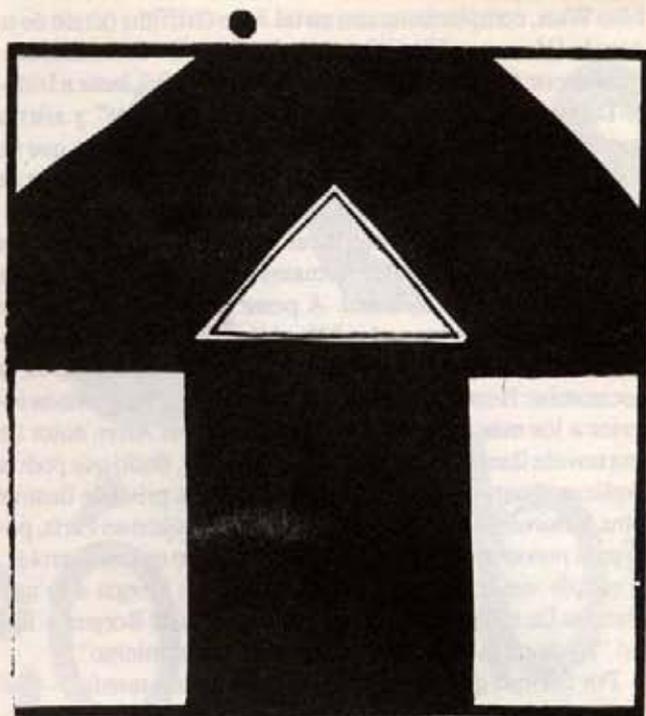
Espero que mis lectores borgianos ya perciban el sentido de mi demostración: en los escritos periodísticos que acabo de señalar está el origen del primer cuento de *Ficciones*, el primer cuento que Borges escribió, en 1939, después de un accidente grave, un cuento que, por otra parte, goza de una celebridad mundial y de una estima particular entre sus lectores franceses: me refiero a "Pierre Menard, autor del *Quijote*". Ese cuento ha servido a muchos estudiosos para deducir de él la quintaesencia de la poética borgiana, su manifiesto sobre la figura del creador y de su concepción de la literatura. En rigor de verdad, la idea que Borges tiene de la literatura es exactamente opuesta a la de Pierre Menard: su cuento es una sátira de "las normas parisinas en materia de sentimiento" y el personaje principal una caricatura, o una reducción al absurdo, de Paul Valéry. Comparar a Borges con su criatura, sería más que una equivocación crítica, una verdadera ofensa: para Borges, Pierre Menard es, en el mejor de los casos, un frívolo, y, en el peor, un plagiaro y un charlatán.

"Pierre Menard..." es uno de los hechos más curiosos de la literatura contemporánea: un texto al que la crítica, que sin embargo rara vez deja de percibir su intención satírica, se obstina en interpretar al revés de lo que el autor se ha propuesto. Se ha querido ver repetidas veces en el personaje de Pierre Menard la figura emblemática de todo escritor, pero esa interpretación, que puede ser válida para todo el mundo, no lo es para Borges. De los diecisiete cuentos que contiene *Ficciones*, es el único claramente cómico, y en los otros cuentos en que se habla de escritores, como el "Examen de la obra de Herbert Quain" o "El milagro secreto", la concepción del trabajo y de la ética del hombre de letras (experimentación y dignidad política) contrastan sugestivamente con las ambigüedades de Pierre Menard. Casi treinta años después de haber escrito

"Pierre Menard..." Borges compuso con Bioy Casares una parodia, "Homenaje a César Paladión", donde, con trazos un poco más gruesos, construye otra figura de plagiaro. Los dos cuentos tienen aproximadamente el mismo esquema: un snob se empecina en exaltar, contra toda evidencia, una personalidad literaria que no es otra cosa que un farsante. En los cuentos encontramos una situación narrativa idéntica: del personaje en cuestión, el lector sabe más que el narrador, ya que al lector le es permitido juzgar imparcialmente los elementos que presenta el narrador, a quien la admiración obnubila. Así el narrador de "Pierre Menard...", que no vacila en creer que su admirado maestro ha reescrito palabra por palabra ciertos capítulos del Quijote, se niega a examinar la cuestión capital de los borradores, esos borradores que nadie ha visto y que permiten legítimamente sospechar a los detractores de Menard que su supuesta reescritura no es más que una simple transcripción, es decir un plagio. Pero el plagio (que, por otra parte, es una obsesión borgiana y no únicamente en relación con una metafísica de la identidad) es ridiculizado no por razones morales, sino por ser el síntoma de una teoría literaria equivocada. El plagiaro César Paladión llama a sus apropiaciones —"Emile", "Egmont", "Le chien des Barkerville", "Les georgiques" en traducción española, e incluso "De divinatione", en latín, etc.— una "ampliación de unidades", imitando el ejemplo de Pound o Eliot que en sus obras poéticas incluyen fragmentos de diversos autores. Su crédulo comentador menciona un tratado, *La línea Paladión-Pound-Eliot* que, como por casualidad, fue impreso en París en 1937. Demás está decir que Paladión es contemporáneo de Menard y que su exégeta lo compara con Goethe, con quien "comparte" un "Egmont". Para el panegirista de Nîmes "el fragmentario Quijote de Menard es más sutil que el de Cervantes", que le parece innecesario y contingente, y no vacila en considerar a Cervantes un mero precursor del "simbolista de Nîmes, devoto esencialmente de Poe, que engendró a Baudelaire, que engendró a Mallarmé, que engendró a Valéry, que engendró a Edmond Teste".

Es verdad que hay una ambigüedad deliberada en el cuento, pero su razón de ser está en la verosimilitud del contexto narrativo y no en una supuesta adhesión borgiana a las teorías literarias de su personaje. La alusión a John Wilkins y a Raymundo Lulio como antecedentes de la concepción que Valéry tiene del lenguaje y de la literatura no debe hacernos olvidar que, en repetidas ocasiones, Borges ha considerado el lenguaje universal de Wilkins y el *Ars Magna* de Lulio como meras curiosidades no exentas de ridículo. Esos pretendidos fundamentos teóricos de la práctica literaria de Menard no soportan el contraste con las enormidades —Cervantes precursor— que profiere su exégeta. La virulencia de la sátira excede incluso lo puramente literario: los amigos de Pierre Menard coquetean con el fascismo (alusión a d'Annunzio, otra *bête noire* de Borges), y el narrador —que algunos han confundido estúpidamente con Borges— se permite insidiosas alusiones antiumanas: "el filántropo internacional Simón Kautzsch, tan calumniado, ¡ay!, por las víctimas de sus desinteresadas maniobras".

Podemos pues afirmarlo sin vacilaciones: "Pierre Menard autor del Quijote" es un arreglo de cuentas con la literatura francesa —o con la idea que Borges se hacía en los años treinta de la literatura francesa. Particularmente, con el simbolismo



y el postsimbolismo y, personalmente, con la figura de Paul Valéry. Ignorarlo, equivaldría a ignorar "l'élément transatlantique de sa nature" (Henry James). Excepción hecha de Flaubert, de algunos versos de Verlaine y del inenarrable Léon Bloy, Borges consideraba la literatura francesa como artificial y frívola. Que esa convicción era intensa lo demuestra el hecho de que llega a tratar de frívolo incluso a Pascal (*Enquêtes*).

Obviamente, la frivolidad francesa es un lugar común, un prejuicio, y de ningún modo un concepto y, en general, las opiniones de Borges sobre la literatura francesa se manifiestan mediante observaciones satíricas o rasgos de malhumor. Tal vez habría que preguntarse si esas reticencias borgianas no revelan una suerte de incompatibilidad. Si en el mejor de los casos Pierre Menard no es un estafador, podríamos preguntarnos si lo que Borges critica en su método literario (en el de Valéry), no es una especie de voluntarismo conceptual que él juzga inadecuado para la creación literaria. Si esto fuese verdad (y muchos textos de Borges que no puedo citar aquí podrían tal vez testimoniarlo) nos encontraríamos ante un curioso paradoja: Borges sería exaltado por la crítica francesa en nombre de ciertos valores literarios a los que Borges se opuso durante toda su vida. Por una coincidencia histórica, la obra de Borges comienza a ser apreciada en Francia en pleno auge del formalismo estructuralista y posestructuralista que ha puesto de relieve, preferentemente, una versión intelectualista de sus escritos. En mi opinión, esa versión es tan legítima como cualquier otra. De lo que no estoy seguro, es que esa opinión pueda ser también la de Borges. Y no son sus salidas caprichosas de los últimos años, sino muchos de sus textos capitales los que me hacen dudar. Hacer de Borges una especie de discípulo de Pierre Menard, es quizá tan pertinente como identificar la filosofía política de Shakespeare con las ambiciones truculentas de Macbeth.

Historias de la literatura argentina: pasión y deseos

Esta historia

En el número 8 del mes de marzo de 1989 la revista *Babel* incluyó como "Libro del mes" el Tomo VII de la Historia social de la *literatura argentina*¹. El anuncio motivó precipitadas —y frustradas— búsquedas en librerías porteñas y provincianas y, en algún caso, la sospecha de hallarse ante un juego similar a aquél de Borges en "El acercamiento a Almotásim" o a los que, más recientemente, nos regalaron un semanario y un programa televisivo con sus inventados Skötzelkind y Balbastro. Como el anuncio exigió la ulterior explicación sobre el retraso de la publicación, y la nota crítica del volumen desató a su vez una "Réplica", ambas en el N° 9, y una "Réplica a una réplica" en el N° 10, el Tomo VII de la *Historia social de la literatura argentina* se convirtió no sólo en un libro anticipado, buscado, sospechado, explicado y postergado, sino también polemizado y replicado antes de aparecer. Mientras transcurrían estos avatares me encontré entre los esperantes fervorosos del libro, y ello tanto por mi conocida —y para algunos deplorable— inclinación hacia las perspectivas históricas y hacia la historia literaria como, sobre todo, por los lazos intelectuales y afectivos que me vinculan con varios de sus herederos.

Finalmente el libro estuvo en librerías, llegó a mis manos, y mi espera se vio ampliamente recompensada por la calidad del conjunto. Pero en ese momento no pude menos que sentir

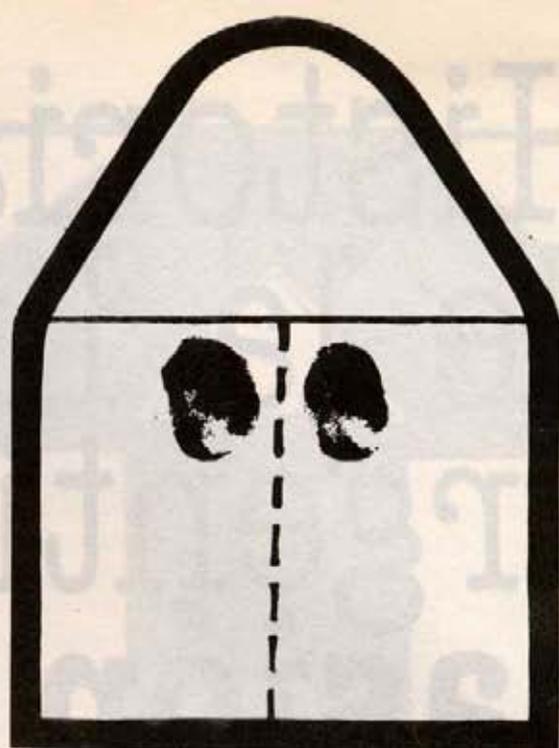
¹ *Yrigoyen, entre Borges y Arlt*, por Graciela Montaldo y colaboradores. Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1989.

María Teresa Gramuglio

que se iniciaba otro capítulo borgiano: en "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" se narra el hallazgo de un volumen, el Tomo XI de la Enciclopedia de Tlön, cuya aparición motiva perplejidades, polémicas y pesquisas acerca de la existencia de los volúmenes restantes. Cuenta el narrador que Alfonso Reyes proponía abandonar toda búsqueda y proceder sin más a la reconstrucción de la obra total a partir del volumen encontrado: "*ex ungue leonem*". Pensé que sería necesaria una previa empresa semejante si se quisiera elaborar con cierta propiedad una perspectiva crítica de esta *Historia social de la literatura*. Dicho de modo más autóctono: hemos obtenido un hueso del gliptodonte pampeano, pero con la diferencia de que, en este caso, no se trataría de reconstruir o causar un monstruo del pasado, sino de conjeturar un animal futuro que nuestra azarosa vida editorial amenaza convertir en fabuloso, en quimera. Y con esto último quiero indicar que el lado cómico, el lado comedia de errores que rodeó la aparición de este tomo convoca, más que el chiste neurótico o la queja patética, la risa kafkiana. Dice mucho acerca de las condiciones del trabajo intelectual en la Argentina, aun en momentos y situaciones favorables, y por eso mismo infrecuentes, como aquél en que comenzó a gestarse este proyecto: sin persecuciones, sin censura, y con todos los que de él participan cómodamente instalados en instituciones como el Conyctet y la Universidad, y con fluido acceso a diversos medios de difusión.

El director del proyecto general es David Viñas, y quienes lo conozcan desde hace años sabrán muy bien que escribir la

historia social de la literatura argentina es una de sus más viejas y caras obsesiones. De esa obsesión habla a las claras *Literatura argentina y realidad política*, en sus dos versiones² y en su abundancia de circuitos, coordenadas, recorridos, pasajes, polarizaciones, nudos, grumos, manchas temáticas, etc. (para respetar su léxico) y demás estrategias con que se articula la materia y se intenta construir la mirada histórica. Tal vez Viñas haya admitido —como Adolfo Prieto, otro de los obsesionados con la idea de hacer una historia social de la literatura argentina— que una tarea tan vasta difícilmente resulte hoy realizable como proyecto unipersonal, pero que otras variantes se ofrecen. Una sería la del mismo Prieto, cuando sugiere la posibilidad de trabajar sobre momentos de condensación que, al ser articulados con otros, permitieran ir iluminando con mayor intensidad zonas o aspectos de la historia literaria, algo que realiza de modo ejemplar en su libro sobre la literatura criollista. Otra, la que aquí se ha adoptado, la del paso a las empresas colectivas, las cuales, aunque en algunos casos puedan ser vistas, según señala Jauss, como proyectos nacidos del ingenio de un editor emprendedor más que de la iniciativa de investigadores y críticos, bien pueden resultar una forma adecuada de evitar los archicuestionados modelos explicativos teleológicos y totalizantes, poniendo en la escena del discurso la pérdida de unidad del objeto histórico-literario y aun de su discurso, y recurriendo a un pluralismo que, en tal caso, se revelaría más como necesidad que como virtud. Pero para hacer del pluralismo una virtud —leo en poco fluida traducción de un artículo de Claus Uhlig³— será a su vez necesaria “una nueva reflexión metahistórica sobre modelos adecuados al campo de la literatura, aun si los componentes de tales modelos siempre serán incompatibles lógicamente”. Lo de incompatibles resulta lo bastante inquietante como para atraer el recuerdo de la no menos inquietante proposición con que Paul de Man abría su ensayo “Literary History and Literary Modernity”: la de que en ese título se encerraban, por lo menos, dos absurdos lógicos⁴. Menos extremista, Hayden White registra que la expresión *historia literaria* contiene no uno, sino dos conceptos fuertemente contenciosos, y que ellos, a la vez que constituyen campos proveen una estructura que refleja el modo como deseáramos que las cosas fueran, y, al mismo tiempo, el modo como pensamos que las cosas son⁵. Me parece entrever allí una de las tensiones que acosan al discurso de la historia literaria, en este caso la tensión entre saber y deseo. Si el siglo XIX había puesto el acento en el saber para escribir historias literarias que realizaran, ocultándolo, el deseo de construir identidades nacionales que se revelaban como destinos, hoy, las múltiples crisis discursiva, epistemológica, de paradigmas, de ideologías y de la conciencia histórica parecen colocar por sobre la fragmentación y las plu-



ralidades un deseo soberano que se fascina con su propio poder de seducción. Y como estas mismas crisis nos han enseñado a reconocer, no se trata necesariamente de un progreso ni de un mayor acercamiento a la verdad.

Tales cuestiones pueden tornarse aún más complicadas y deseantes cuando, como en este caso, se introduce entre los dos términos, *historia* y *literatura* un tercero, *social*, articulando así una fórmula que incita a caer en la obviedad de referirla al monumento de Hauser⁶. Pero si se esquivan tales tentaciones poco estimulantes, será necesario, por lo menos, admitir que a la dificultad de legitimar la selección y las intenciones de cualquier historia literaria partiendo de una definición de los conceptos básicos de literatura y de historia con que se trabaja, se sumaría de modo fuerte la de explicitar aquellos que median entre literatura y sociedad. No me parece posible inferir a partir de este tomo esas definiciones, aunque sí señalar algunas pistas. Creo que la aparición de los futuros volúmenes de esta *Historia* reabrirá sin duda la exigencia de nuevos debates y precisiones más pormenorizadas sobre los fundamentos, necesidad y posibilidades de la historia social de la literatura argentina, refiriéndolos al marco de una reflexión teórica y metodológica que hoy se halla dispersa pero muy presente en algunas publicaciones especializadas.

Tanto en la formulación del título general de la obra como en el de este volumen, *Yrigoyen, entre Borges y Arlt*, está clara, en lo que hace a una concepción de la literatura y a la orientación de las mediaciones, lo que llamaría la marca de Viñas, subrayada por la persistencia de esas imprints discursivas que hemos aprendido a reconocer, más que como su estilo, como su escritura, en el sentido en que el primer Barthes daba a esa noción: el del lugar donde el escritor se compromete. Un vistazo a los títulos previstos para los otros volúmenes corro-

² *Literatura argentina y realidad política*, Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1964. *De Sarmiento a Cortázar*, Siglo XX, Buenos Aires, 1974.

³ Claus Uhlig, “Historiografía literaria y cambio de épocas: esbozo de una teoría del discurso”, en *Filología*, XXII, 2, 1987.

⁴ En *Blindness and Insight*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1986.

⁵ Hayden White, “Literary History: The Point of It All” en *New Literary History*, vol. II, 1, otoño, 1970.

⁶ *Historia social de la literatura y el arte e Introducción a la historia del arte*, Guadarrama, Madrid, 1957 y 1961, respectivamente.

bora esa marca. Transcribo algunos: *Independencia y neoclasicismo (1810-1829)*; *Rosas y el país romántico (1829-1833-1852)*; *Indios, montoneros, paraguayos (1853-1861-1879)*; *4 de junio y peronismo clásico (1943-1945-1955)*; *Neoperonismo y modernidad (1966-1976)*; *Subversión, proceso y Las Malvinas (1976-1983)*. En ellos lo social tiende a quedar pauido y aun absorbido por lo político, y la serie política impone su lógica a la siempre discutida sucesión de estilos —apenas perceptible en los títulos del siglo XIX— y a la periodización. Esta marca se refuerza, además, en el capítulo de presentación del tomo VII, escrito por Viñas con otro título característico y significativo: "Algunos protagonistas, nudos y crispaciones". Los protagonistas de que elige ocuparse son Lugones, Ingenieros y Macedonio Fernández, con, además, una referencia al sainete que se completará en el capítulo XV, donde se reproduce su ensayo "Armando Discépolo: grotesco, inmigración y fracaso". Con estas elecciones Viñas señala su manera de concebir los lugares del campo literario en este período, sus jerarquías y sus tensiones.

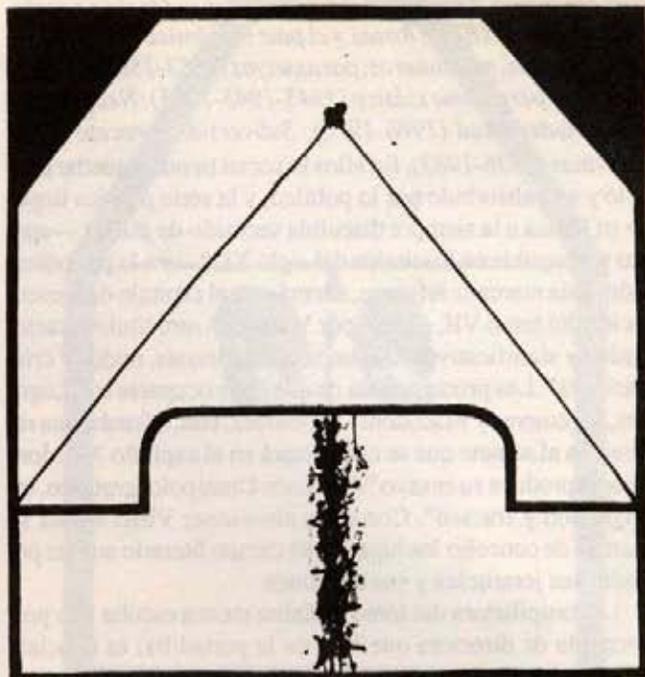
La compiladora del tomo (palabra menos escolar que prefiero a la de directora que luce en la portadilla) es Graciela Montaldo, autora de varios capítulos entre los que sobresalen el VIII ("Borges: una vanguardia criolla") y el XVI ("Literatura de izquierda: humanitarismo y pedagogía"). Montaldo ha escrito además la Introducción ("El origen de la historia") y el capítulo final, el XVII ("El 7 de septiembre") que, focalizados en dos acontecimientos políticos mayores —las elecciones presidenciales de 1916 y el golpe de 1930— fortalecen la mediación de lo político como instancia articuladora de la relación literatura-sociedad, y aun como pauta explicativa de algo que suele reconocerse como resistente a la explicación: el cambio literario. Pero entre esa apertura y ese cierre que con su desplazamiento hacia "el 7 de septiembre" induce a pensar la continuidad inexorable de una historia lineal que regiría la construcción de una narrativa también lineal, se despliega otra cosa: un conjunto fragmentario y heterogéneo, con destiempo y espacios en blanco, con intersticios que se llenan con materiales misceláneos; un conjunto formado por capítulos que pueden ocuparse de polémicas, del discurso periodístico, de una novela de un autor que luego reaparecerá en otro capítulo enfocado desde otra perspectiva y desde otros textos, de uno o más autores, de la construcción de una imagen de escritor, de mujeres escritoras, de formaciones literarias, de testimonios. Sin vocación totalizadora, sin los afanes pedagógicos ni didácticos que requieren organización de datos para un lector no especializado, formado por ensayos breves, irreductibles a la homogeneización —discursos y puntos de partida teóricos diferentes, y también, con toda evidencia, diferentes formas de escritura crítica— el Tomo VII trasunta, junto a cierta voluntad de eludir los monumentos, la de apostar, una vez más, a una nueva forma de leer la tradición y armar la historia literaria.

Aunque siempre habrá que lamentar ausencias y el desfile de protagonistas sea previsible (Girondo y Tuñón, Gúiraldes y Lynch, Lugones, etc.), los textos seleccionados y las perspectivas adoptadas no lo son tanto, y para mostrarlo basta pensar en la decisión de reproducir un artículo de *Cortázar* sobre el *Martínez Estrada* poeta, de incluir otro sobre la construcción de una subjetividad femenina en la escritura, o

de incorporar capítulos dedicados a Canela y a Quiroga, o de escribir sobre un Arlt menos transitado que el habitual. Me parece evidente que la selección se ha planteado aquí como el problema histórico por excelencia, pero no encuentro tan evidente su solución, ya que la inclusión de autores y textos que producen y se publican en un determinado período no es suficiente para que aparezca el problema histórico —que aquí tiende a darse por supuesto, bajo la forma de la admisión tácita de que el tiempo es algo que va efectivamente transcurriendo, y que en ese tiempo ocurren cosas— ni para que los textos sean interrogados como hechos históricos y desde esa perspectiva. Me parece, entonces, que este tomo de la *Historia* diseña el menos un par de tensiones entre la gran narrativa que anticipan los títulos del proyecto y su contenido fragmentario, entre la obsesión por la historia literaria y sus mediaciones, y un gesto elusivo frente a ella. Junto a eso, es posible inferir que se está muy lejos de concebir a la literatura como el reino exclusivo de la textualidad, y que se intenta mostrarla en un espacio denso que articula discursos y prácticas diferentes que remiten a la institución y a los conflictos del campo literario; por eso, en el cuerpo de los capítulos, con más frecuencia en las misceláneas notas intersticiales, se trabaja con cartas y con antologías, se registran polémicas y críticas, memorias y premios, publicaciones menores, revistas de moda y aun campos vecinos, como el de la plástica. Con respecto a lo primero, no resultaría ilícito añadir que en la forma de "narrar la historia" que se adopta en este volumen quizá se esté tratando de responder al desafío planteado por Jaus (y retomado por Peter Bürger) acerca de cómo construir hoy la exposición del discurso histórico en el ámbito de la historia literaria. "Si la lógica narrativa... —escribe Jaus— debe tomar en cuenta también la contingencia de la historia, bien podría adoptar el modelo de la novela moderna que, a partir de Flaubert, ha abolido sistemáticamente la teleología de la fábula épica y ha desarrollado técnicas narrativas destinadas a reintroducir en el relato del pasado la perspectiva de un porvenir aún abierto, a reemplazar la mirada de un narrador omnisciente por una pluralidad de vistazos relativos, y a destruir la ilusión de totalidad cerrada usando detalles incidentales, sorprendentes, y que, por permanecer inexplicados, muestran con claridad que la historia no puede ser totalizada"⁷. Si esto fuera así, en este tanteo quedaría también implicada la construcción de un lector muy distinto al de las historias literarias tradicionales, capaz de soportar elipsis y ausencia de explicaciones omnicomprendidas, y de orientarse entre las rupturas de la sucesión lineal. Y la solución de los problemas que plantea una historia literaria se encaminaría más hacia la postulación de una cierta poética narrativa —que por otra parte intuyo como un valor compartido por muchos de quienes han colaborado en este tomo— que hacia la indagación de la dimensión histórica de los hechos literarios o de su cambiante funcionamiento en la sociedad.

⁷ H.-R. Jaus, "Histoire et histoire de l'art", en *Pour une esthétique de la réception*. NRF Gallimard, París, 1978.

Al comenzar su artículo "On Literary History" Peter Bürger se pregunta, no sin cierto énfasis retórico, si existe alguna evidencia acerca de nuestra necesidad de esa clase de discurso que suministran las historias de la literatura.⁸ Juzgando por la frecuencia con que ellas aparecen en distintas latitudes pareciera, si hemos de creer a Siegfried Schmidt, que, a despecho de la duda acerca de sus posibilidades y límites, las sociedades necesitan no sólo historias de la literatura sino, sobre todo, nuevas historias de la literatura.⁹ El primer párrafo de la contratapa del Tomo VII, escrito por Eva Tabakián, confirmaría esa suposición: "*La Historia social de la literatura argentina* se plantea a partir de la necesidad de una relectura que signifique la posibilidad de una nueva versión de nuestra literatura". Quiero dirigir estas observaciones hacia una pregunta general que dejaré flotando: ¿Por qué se escriben historias de la literatura? ¿Cuál es la necesidad social, política, ética, estética o epistemológica de las historias de la literatura? Y como la vastedad de la pregunta me excede voy a limitar a formular algunas consideraciones puntuales meramente empíricas acerca de las historias de la literatura argentina que supimos conseguir. Si tomamos como punto de partida la obra de Ricardo Rojas, comprobamos que en unos setenta años se han escrito en la Argentina cinco "grandes" historias de la literatura: la de Rojas, la de Arrieta, las dos versiones de *Capítulo* y esta *non finita Historia social*. No me parece demasiado, aunque siempre cabe la posibilidad de que alguien lo juzgue excesivo y voluntarista en relación con la materia. Una primera observación registraría el dilatado lapso que se extiende entre la primera y la segunda, contrastando con la relativa aceleración de las historias posteriores: en 1959 se publicó la de Arrieta, en 1967 comenzó a editarse la primera versión de *Capítulo*, y en 1979 la segunda, cuya publicación en 168 fascículos se extendió por más de tres años. Ya se ha escrito bastante acerca del sistema ideológico de Rojas y de su vinculación con los gestos fundacionales y la problemática de la nacionalidad que se condensan alrededor del Centenario como para tener que insistir sobre esos aspectos. En ese sentido, la historia de Rojas pertenece, pese a estar escrita en el siglo XX, a ese conjunto de obras decimonónicas, hoy caídas en el descrédito, cuya finalidad consistía en "representar, a través de los productos de la literatura, la esencia de una entidad nacional en busca de sí misma"¹⁰. Hay, empero, dos rasgos de la obra de Rojas que me gustaría recordar y subrayar: uno, precisamente el de ese voluntarismo donde anida el deseo de que la literatura argentina exista, y que lo llevó a escribir: "Y a los que aún siguen remisos puedo decirles: Si no tenemos obra, después de tanto ensayar el teatro, la novela, el poema, haremos la historia de nuestras tentativas. Si las obras que tenemos carecen de originalidad, haremos la historia de nuestras imitaciones y trasplantes"¹¹. El otro, el de la modernidad de un



programa de trabajo que, en una de sus formulaciones, parece un inesperado anticipo de las actuales tareas de la sociología de la cultura y hasta una intuición de nociones como las de *habitus* y *campo literario*¹². Creo que estos dos rasgos son suficientemente elocuentes como para razonar acerca de las condiciones de posibilidad, el horizonte de expectativas social e histórico, y con ello sobre la *necesidad* que impulsó a escribir esta historia literaria, condiciones bastante distantes de aquellas que indica Jauss cuando, ironizando acerca de los patriarcas europeos de una literatura nacional (sean Gervinus, Lanson o De Sanctis), la define como "la coronación de una carrera de filólogo": pues no había aún entre nosotros ni filólogos, ni carreras ni coronación. Una situación *diferente*, de vacíos y carencias, que Rojas, a juzgar por sus reflexiones en la *Introducción*, percibe con bastante claridad.

Paso por alto la historia de Arrieta, proyecto académico si los hubo —con la excepción de un par de trabajos aún rescatables— para ocuparme de las dos versiones de *Capítulo*. Ambas fueron escritas bajo dictaduras militares, y las razones de su génesis así como las modalidades de organización y edición no pueden desvincularse de esas condiciones. Aunque por su carácter colectivo, su publicación en forma de fascículos semanales con abundante material gráfico y su distribu-

⁸ En *Poetics*, 14, 1984.

⁹ Siegfried J. Schmidt, "On writing Histories of Literature. Some Remarks from a Constructivist Point of View", en *Poetics*, ibíd.

¹⁰ H.-R. Jauss, "L'histoire de la littérature: un défi à la théorie littéraire", op. cit.

¹¹ Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*, Kraft, Buenos Aires, 1957, vol. I.

¹² Cito un pasaje de la *Introducción*: "Estudiar nuestra vida literaria por la educación, la vocación, la profesión de nuestros escritores; su éxito, sus costumbres, su gloria; describir nuestro ambiente literario por la atención, la indiferencia, el gusto de nuestro público: su prensa, su teatro, su crítica (...); aquilatar el éxito diverso de *Stella* y de *La gloria de Don Ramiro*; seguir la evolución poderosa de nuestra prensa (...); ver las relaciones de la librería con el autor y su público (...); describir nuestros efímeros salones literarios...; dilucidar la influencia de los viajes, así de los que nos han traído escritores célebres... y así como los que nos llevan a Europa...; hacer, en una palabra, que todos estos hechos dispersos concurren... a enseñarnos cómo ha evolucionado en la República Argentina la 'vida literaria'..." Op. cit., pág. 46-47.

ción en kioscos esta historia de la literatura argentina, vista desde la óptica de un europeo podría caer bajo aquel rótulo de empresa debida "al ingenio de un editor emprendedor", quedando así ligada a objetivos de divulgación decididamente comerciales, *Capítulo* se propuso ser, y de hecho resultó, algo bastante diferente. El editor ingenioso, en este caso Boris Spivacow, fundó el Centro Editor de América Latina en 1966, con el equipo que había renunciado a Eudeba después del golpe de Onganía. Spivacow fue sensible a la recepción exitosa que tuvieron libros como el *Martín Fierro* ilustrado por Castagnino o los de la "Serie del siglo y medio", que puso al alcance de los dispuestos lectores de la primera mitad de los años sesenta, en la novedosa red de los kioscos de Eudeba, un patrimonio de textos que parecían tener una existencia casi mítica o que sólo podían hallarse en venerables bibliotecas. La avidez por la lectura de la literatura argentina e hispanoamericana, que se cuenta entre los rasgos hoy más aforados de ese período más o menos coincidente con el del también aforado boom cultural, brindó las condiciones favorables sobre las cuales se diseñó el proyecto de la primera versión de *Capítulo*, y a partir de allí se puede empezar a pensar las otras características que lo definen. La edición semanal en fascículos y la distribución en kioscos se hallaba sin duda condicionada por la imposibilidad, para una empresa pequeña y de capital escaso, de afrontar los plazos requeridos para la elaboración de una obra de esas dimensiones en su totalidad. Pero la idea consistía, además, en llegar a un público amplio, lector pero no especializado, en llevar la historia literaria y poner en contacto con los libros que acompañaban a los fascículos a gente que habitualmente no entra en las librerías. A esta concepción formativa e informativa se debe sumar lo que constituye algo así como la intención última de Spivacow y su equipo, según se desprende de su reconstrucción retrospectiva de la historia de estas Historias¹³: la idea de que si los gobiernos totalitarios tratan de borrar el pasado y anular la memoria de la gente, un proyecto cultural debe erigirse en contra de esa tentativa y trabajar para reconstruir la continuidad anulada entre pasado y presente. Vistas así las cosas, las ediciones de *Capítulo*, más allá de sus méritos intrínsecos, no pueden ser consideradas aisladamente, sino en relación con otras colecciones del plan editorial (*Historia del movimiento obrero*, *Transformaciones*, *Biblioteca argentina*, *Polémica*, etc.). Las persecuciones, bombas, secuestro de edi-

ciones y quemadas de colecciones que sufrió la editorial indican que esta intención fue captada por las dictaduras militares. Pero por encima de estos rasgos, *Capítulo* fue algo más que un fenómeno de divulgación, y de hecho se convirtió en un libro de texto más o menos secreto en escuelas, facultades y otros lugares de enseñanza. Los fascículos eran escritos por especialistas, y si en algún caso se trataba de profesores que no abandonaron la universidad ni fueron expulsados de ella durante las dictaduras, la mayoría de ellos —sobre todo en la segunda edición— estaba fuera del circuito académico y editorial. *Capítulo* creó así un espacio donde se pudo seguir escuchando voces que habían sido silenciadas en el ámbito universitario, o hacer ingresar a los "nuevos" que no habían tenido siquiera la oportunidad de incorporarse a ninguna institución. Es bien interesante reflexionar sobre la multiplicidad de funciones y sobre estas formas híbridas de recepción y de uso para interrogarse acerca de la función y las posibilidades de la historia literaria y del trabajo crítico en general; pero más allá de eso, y para abreviar, también conviene registrar que entorno de esta Historia de la literatura argentina volvemos a encontrar vacío y voluntarismo, de nuevo *necesidades*, esta vez éticas y políticas, que exigen reescribir la historia.

Arribo ahora al fin de estas consideraciones puntuales. Para ello, vuelvo a la contratapa del tomo VII escrita por Tabakian. Allí leo que este tomo "reúne a una nueva generación de críticos con un patrimonio teórico actualizado", con lo que la necesidad antes admitida, parecería quedar, en este caso, circunscripta a la emergencia de nuevos "nuevos" y de nuevos enfoques críticos; así planteadas las cosas, se tiende a encerrar excesivamente este proyecto en una especie de demanda académica de renovación incesante. Si se me permitiera parafrasear por mi cuenta aquello de que la literatura evoluciona de tíos a sobrinos, y trasladarlo a la crítica y a la historia literarias, diría que quien dirige esta *Historia*, David Viñas, puede ser visto como una clara señal de que no se trata de eso. Benjamin arrojó cierta luz sobre el sentido de la historia literaria al proponer que se convirtiera en un *organon* de la historia, esto es, en una manera *no* de "representar las obras en el contexto de su tiempo, sino de representar, a través del tiempo en que surgieron, el tiempo que las percibe, es decir, el nuestro"¹⁴. A esas palabras agregaría mi propio deseo, y arriesgándome a que esto sea leído como un ex-abrupto lírico, postularé que visitar la historia de la literatura argentina bien puede ser, en estos tiempos de indultos, una manera de garantizar la memoria, de ocuparse del presente con una ética que no acepte el olvido.

¹³ Obtuve los datos sobre *Capítulo* en una conversación con Boris Spivacow, a quien agradezco su gentileza y el humor con que contó la historia. La selección y la interpretación corren por mi cuenta.

¹⁴ Citado por Jauss, op. cit., n.

	ARTE Y	
	DISEÑO	
	PRODUCCION	
	GRAFICA	
	28-7335	

La seducción del g e s t o

Pasados 20 años desde su primera edición, y 23 desde la fecha asentada por el autor en que empezaron a escribirse, las también veintitantas páginas que comprenden *El fiord*¹ han de gozar de un impecable mérito: nunca se ha hablado tanto, en la literatura argentina, de un texto al mismo tiempo tan breve. El fenómeno creado alrededor de este verdadero objeto de culto, y del conjunto posterior de los textos de Osvaldo Lamborghini, se alimentó hasta ahora del secreto y de las pequeñas cofradías literarias; sin embargo, la aparición de *Novelas y cuentos*², volumen que propone una reunión de materiales lamborghinianos éditos e inéditos, reavivó una lectura menos privada de dicho corpus. El problema que se delinea de ahí en adelante consiste en si el mito soporata esta apertura, a lo cual se agrega el que sea interrogado por miradas no obligatoriamente exegéticas.

El presente artículo plantea los efectos de una relectura de *El fiord* en tanto piedra fundacional de esa mitología, y a partir de la premisa siguiente: creo que es, en clave metafórica, un relato sobre lo que ocurre en el lado de adentro —el lado silencioso— de *Casa tomada*. Es decir, si seguimos las interpretaciones más lineales del cuento de Cortázar, de su desarrollo sería indisoluble la cuestión peronista. Desde luego que el peronismo no es el "tema" de la narración, sino algo mucho más profundo; ahí donde están abolidos los indicios psicológicos y la narratividad realista, se lo encuentra en el corazón de la poética porque surge como uno de los principales constituyentes del habla que emplea la voz narrativa. Esta opera mediante indicios, acciones y sucesos de la memoria en los cuales la jerga de la actividad política no es sólo una circunstancia, ya que resulta esencial a su realización como discurso de un narrador, determinando sus metáforas y muchos de sus valores de enunciación: "Perdí toda mi tibieza centrista", "Patria o

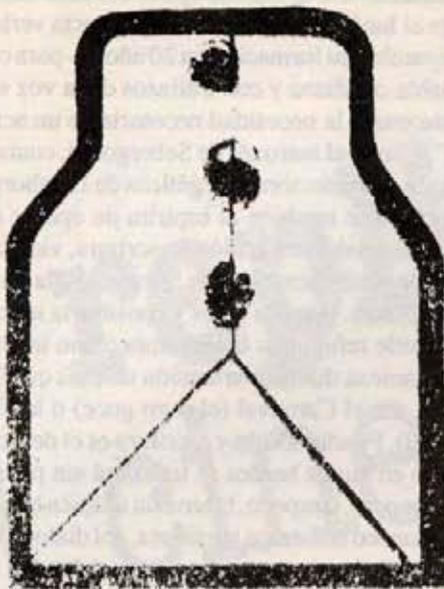
Antonio Marimón

muerte: reaccioné con todo", "Su mirada era poesía, la revolución". Pero todavía resta considerar los pliegues y puntos de vista de esta voz, cuyo campo de referencias se desplaza desde algunas pistas, como el haber pertenecido junto a Sebastián a la Guardia Restauradora o el recibir clases de marxismo de un suboficial "antes de la libertadora", a la yuxtaposición contradictoria de siglas; o bien desde la mención del congreso de Huerta Grande al uso de la designación "camarada", salida del campo marxista o comunista. Como sea, en los vaivenes del narrador se apunta un mundo, digamos, que tiene uno de sus bordes en un pasado en la derecha nacionalista y el otro borde en el peronismo de la resistencia con un sesgo insurreccional: "Jamás seremos vanderistas", afirma uno de los coros, "La acción —romper— debe continuar".

Así, menos que en las unidades del relato es en el orden del discurso —del significante— que esta poética incluye como núcleo básico a la cultura del peronismo y algunos de sus debates en los años '60. Pero además, en el orden de las acciones el principal hecho dramático, o sea el levantamiento del narrador, el ideólogo Sebastián y las dos mujeres contra la autoridad del Loco Rodríguez, bien puede ser interpretado como una prefiguración de las difíciles relaciones mantenidas por Montoneros con Perón. Vale decir, un proyecto de antropofagia de un liderazgo que en el caso de *El fiord* implica la ingestión del sexo del jefe de esa comunidad ficcional: "Todos nos sentamos a la mesa sin chistar. Nos sirvió (Alcira Fafó) a cada uno un pedazo de porongo frito". Al jefe de dicho universo los insurrectos le trozan los miembros y comen su órgano viril, que antes penetraba con igual eficacia en mujeres como en hombres, lo dejan aniquilado, vacío de poder y, cerrando el relato con una paroxística fiesta de consignas políticas antagónicas, todos salen "en manifestación". Hoy se diría que es casi transparente el anticipo alegórico que el texto ejecuta respecto a la historia, claro que con un desenlace de ficción; esto ratifica, empero, el intenso pliegue simbólico con el imaginario y la mitología del peronismo.

¹ Osvaldo Lamborghini, *El fiord*, Ediciones Chinatown, Buenos Aires, 1969. El ensayo-epílogo, firmado por Leopoldo Fernández, pertenece a Germán García, "Los nombres de la negación".

² Osvaldo Lamborghini, *Novelas y cuentos*, prólogo de César Aira, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1988.



¿En qué medida ello incentiva una razón del mito que, a su vez, se articula en derredor del texto? Por lo pronto, vale recordar que la búsqueda vanguardista de una vinculación no especular, no ingenua, entre el trabajo literario y el fuerte ascenso de las luchas populares que vivió la sociedad en los '60 y '70, fue una marca de época. Sin duda, *El fiord* se corresponde cabalmente con esta demanda de investigación en el lenguaje; y por otro lado, hay que considerar que existen más rasgos que lo sitúan como un producto en cierta medida paradigmático. Uno de ellos finca en la impronta experimental: la voz narrativa lamborghiniana, como dice en el ensayo-epílogo de aquella primera edición Germán García, se constituye desde "un lenguaje residual"; esto es que además de la jerga política se halla elaborada por otros elementos no menos "impuros" desde el ángulo bien pensante, como son los que provienen de un uso actualizado del lunfardo, del habla popular para referirse a la sexualidad y el erotismo, así como de los juegos lingüísticos de la infancia o del consumo infantil de la historieta. Desde luego que todo eso produce un narrador paródico, no realista, cuyo plebeyismo embona con una materia narrativa en que a la alegoría de la destrucción del Loco se agrega un constante intercambio de violencia entre los cuerpos, y un tono surgido de las particularidades del experimento donde la voluntad de alterar también los usos habituales de la escritura cierra el círculo de manera visible.

Sin embargo, para que lo anterior posea eficacia —la eficacia secreta de *El fiord*— se debe considerar un tercer aspecto no menos interesante: sus vínculos con el metalenguaje, o con el estado lábil que encarnaba entonces la teoría, no ya de la literatura sino en términos generales. De una parte el formalismo, la semiótica y los estudios basados en el modelo de la lingüística estructural habían concretado avances sustanciales en el estudio de la función poética y del análisis del discurso; a la vez, desde otras disciplinas, tales como la filosofía, la antropología o el psicoanálisis se habían extendido préstamos con los estudios del lenguaje, y múltiples escritores tentaron inscribir en sus organizaciones textuales la reflexión por la naturaleza de las mismas. Esta recomposición de lo que podemos llamar espacio literario, produjo efectos en cuyo interior

escribimos hoy; pero se trata de poner de relieve la influencia de uno de esos efectos: el de la nueva posición que encuentra el metalenguaje, en una palabra: la participación ganada por la teoría literaria y su contigüidad con otros saberes, ya no como cosa a la sombra de los textos sino como factible textualidad también ella. La enorme energía contenida por dicha erosión de viejos límites experimentó en los '60 una vuelta de tuerca que me parece explícita en las siguientes frases de Roland Barthes: "Creo que en una sociedad de tipo capitalista como la nuestra la teoría es, precisamente, el tipo de discurso progresista, que se ha vuelto posible y necesario (...) Estamos en el momento de la historia, de nuestra historia, que exige que todas nuestras fuerzas se apliquen en la negatividad. De allí la prioridad de la teoría sobre las obras. Puede imaginarse muy bien un período, por ejemplo el nuestro, en que se produzca teoría y no obras (...) esto es lo que marca nuestro decenio"³. Por si no bastara, conviene recordar que interrogado Sollers por la necesidad de "una teoría de la escritura para guiar la escritura", respondió: "Es absolutamente necesaria, pues sin ella se vuelve al empirismo más completo o al positivismo, vale decir, que se recae en los residuos de la ideología dominante, no pensada, de la burguesía"⁴.

Nace un registro que cabe denominar acaso militante, jacobino, donde los vasos comunicantes entre teoría y escritura literaria se hacen solidarios a la manera de un verdadero programa de vanguardia, operación que, dentro de la práctica social comprendida por la producción de textos, ocupaba el espacio negador y destructor del enemigo histórico; desde lo específico, y no desde la representación especular —he ahí lo novedoso—, se proponía y se encontraba un lugar en un campo de batalla. Y el resto, decía Sollers, era "finalmente freudiano, pre-marxista y pre-moderno". Como en Europa, creo que tal inflexión tuvo notable espacio en nuestra práctica, o sea, en los márgenes vanguardistas de la Argentina durante la segunda mitad de los '60 y la primera de los '70, hasta que el golpe de estado de 1976 obligó a un corte. Con acentos múltiples que señalaban diversas estrategias, desplazamientos de saber y ejes de lectura, se convergía en apuntar hacia una investigación textual donde se solidarizaban teoría y poéticas, en que la primera era condición necesaria y explícita de las segundas, tal cual lo requería con exceso Barthes, objetivo potenciado como un paso homólogo a la convulsión en la sociedad. Por eso, no es casual que *El fiord* lleve un ensayo-epílogo de Germán García, no por discutible convención del editor sino porque fue elegido casi como necesidad; y tampoco suena a casual, pese al distanciamiento posterior de su autor con Lamborghini, que ese trabajo se firmara con el seudónimo "Leopoldo Fernández"; ocultar el nombre público, actitud enmascaradora que muchos adoptábamos en esos tiempos, difuminaba la figura teológica del autor, erosionaba la categoría de sujeto y liberaba con más vigor los "nombres de la negación", es decir, la materialidad simbólica de los signos en el mundo material de las relaciones sociales. Claro que

³ Roland Barthes, entrevista, *Literatura, política y cambio*, Ediciones Caldeán, 1976.

⁴ Philippe Sollers, entrevista, ob. cit.

el asunto es más sutil que la yuxtaposición de un texto con otro donde se habla de él; la reunión dispuesta en *El fiord* indica, por un lado, que la escritura y su cobertura metalingüística eligieron y necesitaron marchar pegadas, pero además la voluntad de instituir un sistema de préstamos con cierto plano de la teoría que Lamborghini dejó en evidencia en todos sus escritos.

Hemos visto, así, tres fuertes marcas de época: la política incorporada al significante, el gesto experimental y el comercio necesario con lo teórico. ¿Hacia falta más para dar origen a un fenómeno de fascinación? Ese plus lo aportó sin duda el mismo Lamborghini con su personalidad, legendaria si las hubo en el ambiente literario porteño de los últimos años. Aunque por límites prácticos —no haberlo conocido— y por determinación del objeto, prefiero postergar esta última esfera. Luego, si no se habla desde el lugar de quienes fueron seducidos, se impone una pregunta obvia: ¿despejando las citadas marcas queda algo que no sea “esta obstinada manera de Escribir Mal”, como la designaba con mayúsculas Germán García en su epílogo? ¿Por qué escribir mal debe leerse como otra cosa? Es evidente, de una parte, que corremos el riesgo de ingresar a “una discusión acerca del Gusto”⁵, pero también existe la oportunidad de que haya otras nada desestimables reflexiones. Barthes fue quien sostuvo, a partir de la nueva crítica, que decididamente se angustiaba la importancia para los juicios de valor sobre los textos; menos que una axiología se proponen áreas de validez, menos que dictámenes, relaciones. Pero esta estupenda libertad también recibió al duende ideológico: el mismo arsenal sirvió para referirse a Joyce o Borges que a Guyotat o Lamborghini. La intención de producir una escritura con acento deliberado, plegada a un campo de teorías —lacanismo, marxismo, estructuralismo, etc.—, observada varios años después ofrece aristas contradictorias: si en un sentido arrasaba con muchas herencias y revestía un deseo de cambio profundo ante las convenciones de la ley, en el plano de los textos es preciso preguntar si la comparación favorece a la vanguardia de los '60 respecto a las precedentes. Yo diría que no. Sobre todo observo una gran diferencia: que las vanguardias previas, aun en el canon transparente del “Papa” Breton, no saturaron a las poéticas de mandatos teóricos; los emplearon con vocación de expandir la escritura, mas sin programar efectos metalingüísticos por imperio de necesidad; en fin, no acotaron la autonomía de su trabajo. Los efectos revolucionarios ocurrieron, pero justamente a favor de su deseo autónomo, sin que se los ordenara; por esto, a mi entender, fueron revolucionarios. Así piénsese en Borges, que al idealismo dialéctico y a la teoría de la lectura los subsumió magistralmente en la “literatura fantástica”; o en Cortázar, cuyas morellianas potencian la fragmentación del relato y glosan el experimento del estilo, aunque no los aniquilan. Piénsese *En la mas médula*, trabajo radical —el más radical que pueda imaginarse— donde se violentan las unidades mínimas de la lengua, se expande la sonoridad fonética, surge un sistema de dicho movimiento y, además, también hay desplegado un lirismo duro

como el diamante. En el espinel opuesto, véase cómo Discépolo recoge el lunfardo —y con él la violencia verbal de una ciudad que cambió su formación en 20 años— para combinarlo con el habla cotidiana y con trallazos de la voz subjetiva.

“Siempre estará la necesidad necesaria de un acto por cada palabra”, afirma el marqués de Sebregondi, enunciado que goza del favor de los lectores exegéticos de Lamborghini. Tal consigna pertenece también al espíritu de época: el acortamiento de distancias entre acción y escritura, vida concreta y representación simbólica, nace de la vanguardia y me parece su mejor propuesta. Por ella no es ya posible la inocencia poética o el muelle refugio en la literatura como institución intelectual; delante se dibuja una tensión utópica que llama desde la acción, sea el Carnaval (el puro goce) o la historia (el cambio social). Fundir acción y escritura es el deseo, siempre diferido pero en cuyos bordes se trabajará sin pausas. Claro que sin desconocer, tampoco, la tensión utópica hablante en el texto: del balanceo entre esas tensiones, del diálogo de ambas, de su pugna y de la tarea a través de sus delgados límites se constituye la vitalidad de la literatura contemporánea. Lo que no me parece legible en *El fiord* es esta dialéctica; desarticulada efectivamente la literatura, ¿qué productividad le queda a la literatura, cuál espacio —que no se lee— a la intensidad poética, a la frotación riesgosa de violencia y belleza que hace a los mejores textos límite? No; creo más bien que la jerga peronista, el habla popular, las agresiones corporales, la alegoría con “la ortopédica sonrisa del Viejo Perón” y la clave de parodia, se acumulan a la manera de una arqueología de retazos con un efecto curioso. En conjunto, e incluyendo como aspecto básico su ruptura con el realismo, hacen un producto afín para combinar en un sentido amplio ciertas pasiones de nuestro campo intelectual: la fascinación por la cultura del populismo, una simétrica (oximorónica, diría) fascinación por los aspectos fuertes y aun las ilusiones de los discursos teóricos, y un deseo de contestar al gastado modelo liberal de las décadas anteriores. Es en el interior de tal verosímil, tampoco exento de pruebas de fuerza —de contradicciones— donde crece el mito lamborghiniano; y curiosamente o no, sus exégetas de antes y de ahora comparten algunas costumbres: el uso de los textos de Lamborghini como prenda de solidaridades grupales, y en ocasiones la formulación no de experiencias sino de verdaderas órdenes de lectura, absolutas, autoritarias, militantes.

Desde luego, todo proceso seductor es protagonizado —tanto por los que están adentro como por los que permanecen afuera— bajo una impronta en el fondo irreductible, y en las líneas que ahora finalizan lo que menos se intenta es convencer a nadie, sino proponer preguntas con algunas hipótesis de respuesta. Un desenlace ficcional de los argumentos sobre el mito puede imaginarse de varias maneras, pero siempre en el futuro. No obstante, previo al fin quisiera plantear una última hipótesis: si es por lo menos dudosa la productividad literaria de esta escritura, bien cabe entenderla, unida a la singular personalidad de su autor, como un enorme “evento”, como una oscilación desplazada hacia el gesto, contigua por lo tanto de expresiones como la *bad painting* o el arte efímero. Y ya se sabe que los gestos están cargados tanto de productividad sintomática como de signos de época; los buenos gestos, sin duda, hacen migas con la seducción.

⁵ Sergio Chejfec, “De la inasible catadura de Osvaldo Lamborghini”, *Babel*, n° 10, julio de 1989.

El repliegue. El cine argentino en 1989

La reciente presentación de dos películas argentinas (una de ellas en realidad sólo dirigida por un argentino), unida a las perspectivas que ofrecen los organismos oficiales encargados de llevar adelante la política del gobierno en el ámbito del cine (informaciones periodísticas hablan de la eventual desaparición del Instituto Nacional de Cine), plantean para el cine argentino en la actualidad una encrucijada dramática.

Gringo viejo es una película de capitales norteamericanos y ha sido filmada en Méjico pero su director es argentino. Es, se sabe, la consagración internacional de Puenzo: los 25 millones de dólares puestos a su disposición implican una especie de materialización del "sueño del pibe".

Perdido en esos sueños que gracias a la Columbia se convertían en realidad, Puenzo no advertía que en una calle repleta de extras había dos ó tres veces más de los necesarios y que cuando Jane Fonda entraba en la hacienda (construida en los Estudios Churubusco) la grúa se enloquecía, como independizándose, y se movía diez veces más de lo necesario. Pero ¿quién podría recriminarle eso? Pudiendo tener 500 extras ¿por qué limitarse a los 150 necesarios para el relato? Teniendo a su disposición una grúa de 30 metros ¿cómo resistir la tentación de mandarla a lo alto y hacerla ir y venir, aunque fuese sin ton ni son, sin ninguna relación con lo que Puenzo quería decir?

Pero ¿qué quería decir Puenzo? Perdido entre las multitudes que había delante y detrás de la cámara, Puenzo, si alguna vez había querido decir algo, lo había olvidado. A tal punto que hay en *Gringo viejo* dos o tres cuestiones básicas que han sido tan dejadas de lado, como olvidadas, que uno no puede creerlo.

Raúl Beceyro

Un ejemplo. El hecho central de toda la construcción anecdótica de *Gringo viejo* es la "demora" del general Arroyo en abandonar la hacienda. Justamente con la toma de la hacienda empiezan a desencadenarse los hechos, que han de culminar con la ejecución de Arroyo, fusilado por traición precisamente por no abandonar la hacienda. Poco antes mata a Gregory Peck porque le roba el caballo para intentar hacerlo irse del lugar.

Sin embargo, pese a toda la importancia que asume en la película el hecho de que Arroyo no se mueva de la hacienda, ningún espectador de *Gringo viejo*, ni aun el más atento, tendrá la más remota idea de las razones por las cuales el general Arroyo se queda, salvo la información suministrada por alguna fugaz línea del diálogo. El film "descuida" tanto esta cuestión que Arroyo queda como una especie de caprichoso que, como un niño, dice "no me voy, no me voy", mientras zapatea enojado.

Pero igualmente caprichoso parece Gregory Peck en su robo del caballo para hacer que Arroyo se vaya de la hacienda. De capricho en capricho *Gringo viejo* desarrolla la psicología de sus personajes.

Además hay otro problema. En una película donde una "demora" es tan importante (Arroyo se queda "más tiempo" del necesario), la cuestión temporal tendría que haber sido manejada con mayor atención. Pero, como sucede en la inmensa mayoría de las películas, la historia de *Gringo viejo* dura dos días, o dos meses, o dos años, no se sabe. Se produce así una indefinición que complica aún más aquella ausencia de explicaciones por el "quedarse" del general Arroyo. Porque uno

piensa: si se quedó "un par de días", entonces el desplante de Gregory Peck con el caballo es una exageración. Si se quedó un par de meses, entonces ¿por qué? Si se quedó un par de años, Arroyo está loco. Todo es posible a causa de la laxa construcción temporal de *Gringo viejo*.

Frente a la imponente maquinaria industrial (en cada toma de *Gringo viejo* "se ve" la cámara, "se ve" la grúa, "se ven" los innumerables ayudantes de dirección y de producción, apenas afuera del cuadro, arreando a las multitudes desorientadas), en medio de tanto poderío industrial, el único detalle verdaderamente "humano" de *Gringo viejo* es el total fracaso de Puenzo en el manejo de tantas personas, de tantas circunstancias, de tantos lugares, de tantos acontecimientos. *Gringo viejo* es una película "rara", inexplicable, caprichosa, zigzagueante, absurda. En el momento en que lograba concretar su "sueño del pibe", en ese mismo instante todo (grúa, millones, estrellas, extras) se desplomaban sobre el pobre Puenzo, sepultándolo.

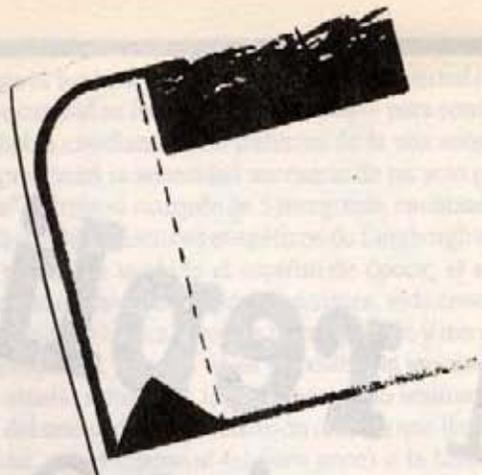
Se cuenta que el montaje inicial de Puenzo duraba tres horas y que Jane Fonda, productora además de actriz principal, llevó *Gringo viejo* a su duración actual. También se dice que el *Gringo viejo* de tres horas era buena y que la versión final es la mala. En algunos aspectos es muy posible que tengan razón. Cuando en la entrada a Chihuahua la calle repleta de extras nos es mostrada en una toma que es un comienzo de una grúa, al lado de otra toma que es un comienzo de un travelling, junto a otra toma que es un comienzo de un zoom, todas tomas que son visiblemente fragmentos de tomas, tomas incompletas que ni siquiera terminan los movimientos comenzados, entonces uno piensa que Puenzo no podía estar tan desorientado como para no "imaginar" y realizar una toma "completa", con un movimiento de cámara completo. Ahí la mano de la implacable productora, se ve.

Pero en otros aspectos de la cuestión echarle la culpa a la productora me parece que sería injusto. La manera en que Puenzo desarrolla los asuntos no me parece que se solucione con una hora más.

Tomemos otro nudo temático de la película: la relación de Jane Fonda con su padre, supuestamente muerto y enterrado en el cementerio de Arlington (en realidad Jane Fonda va todos los años a arrodillarse ante una tumba vacía).

Este vínculo con su padre, que reaparecerá al final, cuando ella lleva de vuelta el cadáver de Gregory Peck a los Estados Unidos después de haber declarado que era el cuerpo de su padre es, como la demora de Arroyo, otro hilo conductor de la anécdota de *Gringo viejo*. Pero como en las películas más pobres, esas que cuestan aproximadamente el medio por ciento de lo que costó el film de Puenzo (es decir que se podrían hacer 200 películas de esas con el presupuesto de *Gringo viejo*), ese hecho central de la anécdota del film está desarrollando mediante una conversación (entre Jane Fonda y su madre).

Esta curiosa resolución hace pensar en las obras de teatro que se representaban en los circos, cuando todo hecho que demandara alguna complicación material sucedía "fuera" de la pista, y era contado por personajes que ellos sí estaban ahí, y que fingían ver a la distancia el casamiento, la fiesta o la misa. Así quedaban evidenciadas las carencias materiales que aquejaban a las compañías radioteatrales o circenses. Pero que una película de 25 millones de dólares utilice este proce-



dimiento resulta curioso. ¿No se le ocurrió a Puenzo materializar de alguna manera ese vínculo de Jane Fonda con su padre, para no dejarlo librado exclusivamente a "lo que se dice" en la película?

En ese esplendor de su fracaso, *Gringo viejo* señala una línea de trabajo posible en el cine argentino de hoy. Es la exacerbación de la línea de las co-producciones, ya desarrollada en años anteriores. Es, por otra parte, la política que estaría interesado en llevar adelante el actual director del Instituto Nacional de Cine, Octavio Getino: apoyo a proyectos importantes, de nombres consagrados, "pocos pero buenos", que conciten el interés de los mercados extranjeros.

Una coherente aplicación, en el campo del cine, de la política económica general: apertura a los capitales extranjeros y orientación no ya hacia el mercado interno, sino hacia la exportación.

Pero tomado desde el punto de vista del hombre que hace cine, del hombre que por medio del cine, a través del cine, en el cine, quiere "decirse" algo, y quiere decir algo a los otros hombres, la respuesta que da *Gringo viejo* a la pregunta: ¿qué se puede decir hoy en el cine argentino? es simple, escuetamente: nada. El cine del cual forma parte *Gringo viejo* (más bien: cuya caricatura es *Gringo viejo*) es ese cine que, como decía Adorno, es "integralmente" una mercancía, y que corrobora su lapidaria afirmación: "De cada una de mis idas al cine salgo un poco más estúpido y más maligno". De cada una de nuestras idas a "este" cine, seguro que sí.

Una escalofriante secuencia de *La ciudad oculta* de Osvaldo Andéchaga, resume todo el film, sus presupuestos ideológicos y su inexistencia estética.

Esa secuencia comienza cuando uno de los habitantes de la villa se despierta por la mañana y advierte que, colgado de las piernas a un árbol, está el cadáver de otro de los habitantes de la villa, conocido por sus vinculaciones con el ejército y la policía y que ha sido "ejecutado" por haber colaborado con la represión.

En ese momento otros habitantes de la villa se acercan al cadáver, rodeándolo, festejando la ejecución con risas y aplausos. La secuencia termina en un Plano General del lugar, con el cadáver rodeado por la multitud risueña, contenta, triunfal.

Pasado el estupor inicial (uno, literalmente, no puede creer lo que está viendo), el espectador de *La ciudad oculta* se da cuenta de que ha asistido a lo que podría llamarse una apología del delito, a la mostración entusiasta de la ejecución del co-

laboracionista. Hemos presenciado el elogio de la muerte. (No hay en el film nada que permita suponer que su director no comparta totalmente la "opinión" de los habitantes de la villa con respecto a la ejecución.)

Ese elogio de la muerte hoy, en la Argentina, resulta un exabrupto. Hay, supongo (lo suponía con mayor convicción antes de haber visto *La ciudad oculta*) una especie de estado de la conciencia, modelado por los horrores de la década del 70 (esos diez años que empiezan con el asesinato de Aramburu y que terminan con los campos de concentración), estado de la conciencia que alejaría toda posibilidad de emitir un elogio de la muerte. Ha habido demasiadas muertes, la muerte ya no se puede elogiar.

Sin embargo *La ciudad oculta* lo hace: aplaude la ejecución del colaboracionista, festeja la muerte. Pero lo hace, me parece, apelando a un reflejo ideológico pasado. La película de Andéchaga es anacrónica; apela a certezas de hace veinte años para enunciarlas hoy, como si todo fuese igual. A Andéchaga "le sale" el elogio de la muerte como le salía (como nos salía) ese mismo elogio hace dos décadas. Y ante los reparos que le estoy haciendo, el propio Andéchaga podría indignarse y decir: "hoy digo esto y ustedes se enojan o se asustan; si hace veinte años lo hubiera dicho, nadie habría protestado". Si dijera eso, tendría razón.

También *La ciudad oculta*, abroquelada en sus certezas pasadas, y más allá de la barbaridad que supone su elogio de la muerte ("Viva la muerte", dicen que decía el falangismo), muestra hoy una salida posible a esa disyuntiva que se le plantea al cineasta argentino: ¿qué se puede decir hoy? La respuesta de Andéchaga es, simplemente: "lo mismo que hace veinte años". Incluso la pregunta no parece habersele ocurrido a Andéchaga. De esa manera la historia (lo que pasó en este país en los últimos veinte años) ha sido abolida por un film que, supuestamente, quiere hablar de esa historia.

Tengo la impresión de que Puenzo, al hacer del cine un juguete, actúa como un chico, y de que Andéchaga, al decir lo mismo de siempre, actúa como un viejo, como el veterano de alguna guerra. Habría que preguntarse si sería posible comportarse como un adulto ante los problemas que se le plantean al cine argentino hoy; ni un niño ni un anciano, un adulto.

En sus films tanto Puenzo como Andéchaga muestran (exagerados, caricaturescos), rasgos que son propios del cine y que, en alguna medida, exhiben casi todos los films. Toda grúa, carro de travelling o equipo de iluminación incita a actuar como un chico frente a un juguete nuevo. Resulta difícil sustraerse a ese aspecto primerizo, infantil, que acecha a un equipo de filmación. No quiero decir, por supuesto, que se deba sucumbir inexorablemente a la tentación, y el ejemplo de *Gringo viejo*, por si hiciera falta, debe incitarnos a prudencia y a desconfianza en la utilización de una grúa o de un carro de travelling. Pero resultaría injusto terminar la discusión excomulgando a Puenzo, y tranquilizándonos. Puenzo se equivoca (en una medida superlativa) como casi todos los films se equivocan: sólo se salvan de esa equivocación los más grandes.

Con Andéchaga pasa algo parecido. Todo film se construye sobre certezas pasadas. Por supuesto que debería tratarse de que no fuesen "tan" pasadas, que no fuesen tan caricaturescamente anacrónicas. Pero el peligroso salto mortal que impli-

caría considerar toda certeza como ya "pasada" aun en el momento de ser enunciada, es un riesgo que muy pocos films corren. Sólo lo corren los más grandes.

Las dificultades para hacer una película hoy en la Argentina son no sólo materiales. Para lograr hacer una película, se sabe, es necesario que quien encare su realización no piense en otra cosa que en hacerla, es preciso que en ningún momento dude. Porque son tantos los problemas que se le plantean que la menor distracción, la menor duda, conducirían a la paralización de la película. Hoy, me temo que las dudas aparecerán inevitablemente ligadas a todo proyecto.

Las primeras dudas se plantean en torno a la situación política general. Mientras en otro país a los asesinos se los juzga, en el nuestro a los mismos asesinos se los indulta, se los libera. Este es un aspecto evidente de una realidad repleta de detalles similares. Cuando los más grandes ladrones dirigen la economía argentina, cuando el robo de la mitad del poder adquisitivo de todo salario, cometido en los últimos tres meses, es defendido y mantenido por el poder político, cuando la ley de la selva es el mecanismo de regulación social, cuando la marginación es el destino previsible de millones de argentinos, la idea de realizar un film puede aparecer disparatada.

Ya sé que el arte no es el periodismo, y que lo que sucede hoy en la Argentina no es tema obligado de ninguna película argentina. Pero si uno se decide a hablar de lo que pasa hoy en nuestro país: ¿qué decir? Y si no se habla de eso: ¿cómo hacer para que esa omisión no se nos presente como una carencia, como una amputación?

Normalmente, en cualquier situación, el cine es una actividad bastante irreal. Siempre hacer una película es irrealmente caro, es irrealmente distinto de lo cotidiano, es irrealmente sofisticado, extraño, incomprensible. Hoy el cine parece doblemente irreal. ¿Cómo pararse en una vereda y colocar un trípode y elegir una altura de cámara sin que el peso de la realidad no atraviese las defensas construidas para poder hacer una película?

Sin embargo lo que digo puede ser refutado con un argumento simple. Algún cineasta en este país, en este momento, puede no tener esas dudas, no percibir esa irrealdad, ni siquiera entender lo que digo. Si es así, estos problemas, para ese hipotético cineasta, no existen. Pero si otro cineasta tiene el mismo sentimiento que yo tengo, si el desánimo y la desazón lo invaden al punto de hacerle dudar de su proyecto eventual, en ese momento la duda empieza a formar parte de la realidad objetiva, ya no puede ser eliminada con ningún razonamiento, hay que cargar con esa duda, llevarla a cuestas.

¿Qué puede decir un film argentino hoy? no es una frase retórica, hueca, y la duda no es la jactancia de los intelectuales, como dijo uno de los militares indultados. Forma parte ineludible de todo proyecto cinematográfico que se plantee en la Argentina, hoy. Esta pregunta debe ser respondida, aunque no sea necesariamente de manera explícita. Me parece que el cineasta argentino ya no puede hacerse el desentendido, y hacer como si el problema no existiera. No se puede hacer como si aquí no hubiera pasado nada y seguir usando el juguete del cine. No se puede hacer como si aquí no hubiera pasado nada y repetir como un loro lo que uno decía hace veinte años, o hace diez años, o hace solamente un año.

Ante el dilema, en la encrucijada, al cineasta argentino lo asalta una tentación difícil de evitar: el mutismo, el repliegue.

El maestro,

Hacia 1975, en un artículo dedicado a las influencias retardatarias sobre el niño creador, Claude Lévi-Strauss dice no creer en la viabilidad de una sociedad que quisiera que todos sus miembros fuesen innovadores. "Parece muy dudoso —leemos— que una sociedad así pudiera reproducirse y menos aun progresar, porque ella se dedicaría de modo permanente a disipar sus logros". Luego invita a examinar, como ejemplo, lo ocurrido en una microsociedad, la de las artes plásticas. "Sacudidos por las mayores innovaciones que constituyeron en pintura el impresionismo y el cubismo— que se sucedieron en el transcurso de pocos años—, acosados por los remordimientos de no haberlos reconocido a su hora, nos dimos por ideal no el resultado que pudiera producir una innovación, sino la innovación en sí. No contentos con haberlas divinizado de algún modo, les imploramos cada día que nos dieran nuevos testimonios de su poder. Sabemos el resultado: un caos desenfadado de estilos y maneras, incluso en la obra de cada artista". Hasta aquí Lévi-Strauss.

Nuestro tiempo, estas dos últimas décadas del siglo, estigmatizadas por el prefijo *post*, c... as artes plásticas anteponen *trans* a una vanguardia revisionista (el oxímoron es asumido), nuestro tiempo de neósmos ha llegado, habiendo entrevisto a la muerte en el fondo de la desesperación que supuso la pér-

Daniel García Helder

didia de los ideales concebidos en el seno de aquella utopía del progreso indefinido, ha llegado a tener una actitud más bien gozosa frente al caos. No podemos ser todos innovadores — se dice un artista hoy—; mis padres, mis tíos y aun mis abuelos han sido innovadores; la familia corre el riesgo de disipar sus logros; yo aspiro a ser el administrador de los bienes familiares.

Señala Ernst Jünger, también en 1975: "Las artes plásticas, y singularmente la pintura, ofrecen desde el primer tercio del siglo XX una desconcertante multiplicidad de estilos. Sin embargo, es probable que esta pluralidad coagulará, para el observador del futuro, en un documento muy coherente de la expresión humana". Agreguemos que el artista de hoy se anticipa al observador del futuro; es, de alguna manera, su maestro, está encargado de enseñarle la armonía que subyace a este superficial murmullo de disonancias.

Conviene recordar, una vez más, las categorías de Pound (es verdad, tan difícilmente implementables); enuncio las dos primeras, que son las más importantes para Pound y las que vienen al caso: 1) Los inventores. Hombres que descubrieron un nuevo proceso, o cuyo trabajo nos da el primer ejemplo de

El multiprocesador

Sobre la muestra de pinturas de Juan Pablo Renzi, expuesta del 16 de noviembre al 17 de diciembre en "Galería de Arte Ruth Benzacar", Buenos Aires, 1988.

un proceso. 2) Los maestros. Hombres que combinan cierto número de estos procesos y que los usan igual o mejor que los inventores.

Más de la mitad de este siglo —una tendencia originada aproximadamente en las últimas décadas del siglo XIX— ha estado regida por los inventores y por aquellos que se confunden con éstos y que Pound desplaza a la categoría inferior, me refiero a los iniciadores de manías. Este fin de siglo, como es de suponer, está y estará dominado por los maestros, los que compatibilizan todas aquellas invenciones que a su hora surgieron como reacciones mutuas, como opuestos.

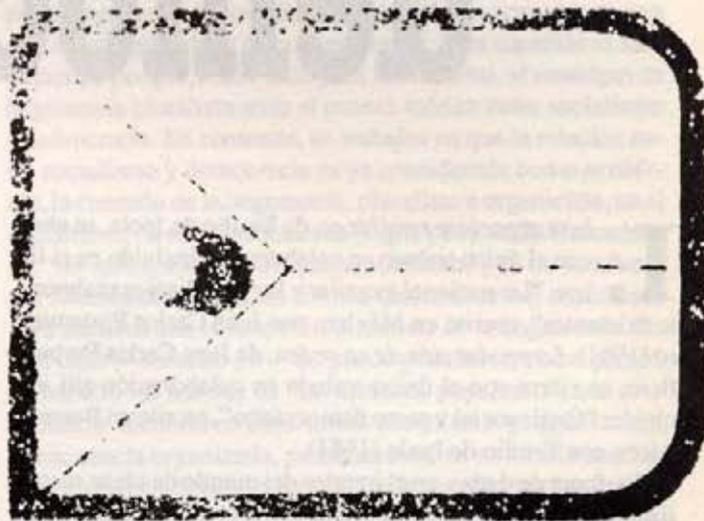
Una gran competencia intelectual y una vasta y discriminada cultura son necesarias, más una variada capacidad técnica y, si se quiere, buen gusto, para hacer de un artista un maestro (mucho más difícil es determinar qué es necesario para hacer de un hombre un artista). Si hacía alguna falta demostrarlo, la última muestra de pinturas de Juan Pablo Renzi no deja lugar a dudas acerca de su maestría. Renzi es un maestro. Un argentino que a fin del siglo presente lee con claridad y traduce el jeroglífico que, disperso en la fragmentación, han escrito los innovadores desde el impresionismo a esta parte.

La emancipación de la pincelada con respecto a la figura, declarada por el impresionismo y exasperada por el *action painting*; la deformación y amplificación de las figuras en favor de una mayor conformidad con ideas y sentimientos propios del artista, como en el expresionismo; la interdependencia del contorno y la coloración de las figuras, llevada a cabo de un modo programático por Dufy; el equilibrio rítmico de las formas, como en los pequeños mundos en expansión o contracción de Kandinsky; el juego de las líneas rectas, curvas, mixtas, quebradas, como en ciertas composiciones de Braque, etc., etc. Semejante heterogeneidad —que yo enumero parcialmente, en base a lo poco que recuerdo pero a la luz intensa de las impresiones recibidas en su momento— es la materia de que están compuestas las pinturas de Renzi, cuya muestra estuvo colgada de modo que pudieran distinguirse al menos tres series.

Desde... cuadros de un minimalismo extremo, como en los monocromáticos que representan apenas un gigantesco martillo, o una cuchara, o una o varias estrellas de cinco puntas — densos empastes de esmalte y óleo, tonificantes, que invitan a considerar como signos menos el contorno de las figuras que esa multitud de accidentes tales como rastros de pincel o brocha, grumos deliberadamente no disueltos, salpicaduras, chorreados de esmalte menos espeso sobre el lienzo dejado expresamente sin cubrir, etc. Los objetos, más estereotipados que representados de un modo realista o expresionista (tendencias que Renzi experimentara en etapas anteriores de su producción), aparecen como salidos de un proceso de desimbolización, purificados de recuerdos y asociaciones, hecho que contribuye a minimizar aun más los recursos humanos de la pintura en virtud de su pura plasticidad.

...hasta cuadros que no pueden ser resultado sino de una gran complejidad y una voluntad constructivista, lejos por un lado de la acción inmediata y el automatismo psicomotriz de

los cuadros más antiguos ("Champagne", por ejemplo) y por el otro de los minimalistas que acabo de describir ("El Vicio del Martillo", "El Triunfo de la Razón", etc.). Me refiero a la serie cuyos exponentes paradigmáticos son "El Holandés" — para muchos, entre los que me cuento, la mejor obra de la muestra— y "Anunciación". La diferencia de los cuadros entre sí es inferior a la diferencia de los cuadros *en sí*: lenguajes diversos soportan las telas a veces con la expresa negación por parte del artista a sintetizar, a diluir la anarquía bajo ese elemento indeterminado que aparece como un plus de los códigos pictóricos y al que llamamos, para simplificar, estilo: "Anunciación" carece de estilo; es, de todas las obras expuestas, la que con mayor riesgo se entrega a la heteromorfía, y, acaso a consecuencia de esto, la más difícil de "gustar". Por el contrario "El Holandés" representa el equilibrio, la fuerza homogeneizante que reduce el collage de citas, el eclecticismo



que eso supone, bajo el *tour de force* del estilo. Una obra singular, repito, frente a la que creo haber percibido, en su momento, el drama de los elementos discrepantes vencidos por una fuerza extraña: la construcción.

Por último, y puesto que Renzi está pronto a cumplir cincuenta años, tal vez no sea del todo una ingenuidad hacer referencia aquí al vigor excepcional que atestiguan estas telas de 2 x 2, de 1,80 x 2, de 2,40 x 1,80, etc. Superficies pensadas, se diría, a la medida de tal vigor, del que Renzi ya había dado muestra a mediados del sesenta con una primera etapa expresionista y a principios del ochenta con la serie de homenajes al bestiario de Franz Marc y al espectro cromático del "Blaue Reiter". Ya no se puede hablar de vigor juvenil, sino de algo más constitucional al artista que un mero atributo de la edad. Lejos de darnos la impresión, estos cuadros, de que acabada la figura central, el motivo o lo que sea, el artista procedió, cansado, a rellenar, a cubrir los vacíos, las manchas y líneas y formas y grumos y salpicaduras parecen tender a desbordar el soporte por sus cuatro lados y cuatro ángulos, imitando la expansión del universo en la teoría del estado estacionario de Hoyle.

Sobre democracia y socialismo democrático

I. *Investigaciones políticas*, de Emilio de Ipola, se abre con el único trabajo en colaboración incluido en el libro: "Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes", escrito en México, con Juan Carlos Portantiero (1981). *La producción de un orden*, de Juan Carlos Portantiero, se cierra con el único trabajo en colaboración allí incluido: "Crisis social y pacto democrático", escrito en Buenos Aires, con Emilio de Ipola (1984).

Es, fuera de dudas, en el interior del mundo de ideas socialista donde de Ipola y Portantiero escriben "Lo nacional-popular...". Allí se proponen considerar la relación entre populismos y socialismo tratando de superar los enfoques por los cuales a este último "...sólo se le ve en sus formas 'realmente existentes' y a los populismos (sólo) en su forma discursiva..." (EdI, 22). Los autores prometen aquí discutir el problema en un rango amplio de comparación: el de los populismos y socialismos en sus formas discursivas y realmente existentes. Sin embargo, si se toma en cuenta no sólo lo que manifiestan como propósito, sino aquello que efectivamente hacen en el artículo, podría decirse que superan aquel enfoque que critican con uno relativamente análogo: comparando las formas realmente existentes de populismo con el socialismo en su forma discursiva.

No me interesa, de todos modos, cuestionar la pertinencia de esta propuesta comparativa. Sostengo, en cambio, que: 1. si un "examen socialista" del populismo no tiene por qué hacerse cargo sin beneficio de inventario de los socialismos realmente existentes, la forma en que los autores, en *este* artículo, se desentienden de estos últimos, me parece un tanto abusiva; 2. la discontinuidad, o ruptura, entre populismos y socialismos, comparados ambos en sus formas discursivas, no es tan límpida como postulan de Ipola y Portantiero; 3. cuando el socialismo procura abrirse a la problemática "democracia",

Vicente Palermo

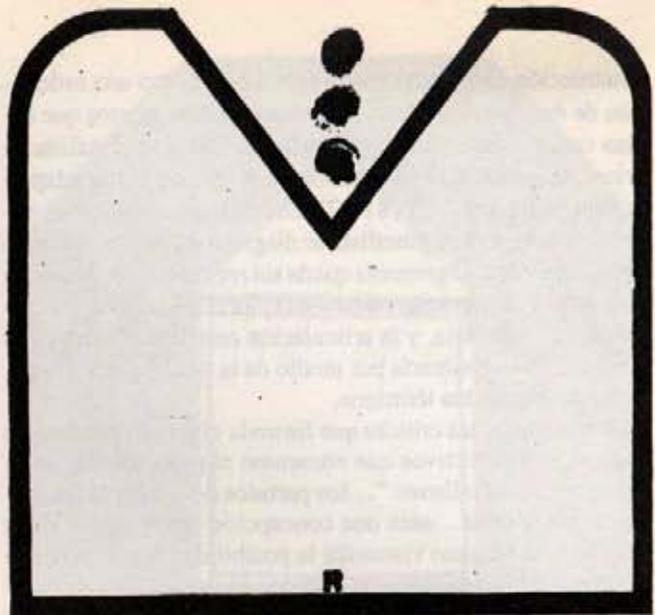
los temas que para los autores marcan más fuertemente la ruptura con el populismo ingresan en un campo conceptual mucho menos firme, generándose una suerte de vacío teórico hasta ahora no llenado.

II. Los autores fundamentan la ruptura populismo-socialismo negando que los populismos realmente existentes constituyan una articulación antagónica *frente al principio de dominación*. El populismo, por el contrario, recompondría ese principio, fetichizando al estado e implantando una concepción organicista de la hegemonía: "Nuestra convicción es que la fuerte presencia de una concepción organicista de la hegemonía caracteriza a los populismos reales —como también, por cierto, a los socialismos *ad usum*, pero que en el caso de los populismos se trata de un relación congruente entre modelo ideológico y realidad que no puede ser, ni aun teóricamente, pensada como una 'desviación'" (EdI, 28). Sin embargo, ¿puede postularse tal radical ajenidad —y por lo tanto hablarse de "desviación"— entre los "socialismos teóricos" y los "socialismos reales"? ¿Puede pretenderse semejante inimputabilidad de los "socialismos teóricos"? Quizás estas preguntas se contesten haciendo una cuña del mismo palo: tomando los comentarios de los propios de Ipola y Portantiero en otros artículos. Por ejemplo, ya en 1986, de Ipola da cuenta de "...la abrumadora certeza de que, en nombre del socialismo, se habían instaurado en casi la mitad del mundo regímenes no ya opresores sino lisa y llanamente totalitarios; la evidencia de que si bien esos regímenes no eran el producto directo de las doctrinas en que decían inspirarse, tampoco esas doctrinas podían considerarse del todo inocentes de lo que se había hecho en su nombre..." (EdI, 79). Para Portantiero, por su parte, la precariedad de la herencia teórica del marxismo sobre el tema

del estado no es ajena a las formas reales de la política socialista: "... la única herencia teórica disponible, sobre el tema del Estado (más allá de su crítica), eran las referencias generales a la dictadura del proletariado... (pero) descendida a la arena de las propuestas institucionales, ¿qué se quiere decir con (esa) fórmula? (...) Cualquiera sabe ya que el resultado histórico de esa profecía fue absolutamente contrario a la utopía de la 'extinción'." (P. 97).

Un aspecto central, de todas formas, en materia de responsabilidad del socialismo discursivo en relación a los socialismos reales no es suficientemente resaltado ni por de Ipola ni por Portantiero. La convicción de que una sociedad "verdaderamente democrática" (eliminación de la distinción entre sociedad civil y política) puede ser autoritariamente construida es patrimonio —no exclusivo— del socialismo discursivo no sólo en su forma propositiva (dictadura del proletariado) sino en sus fundamentos (acción política como encarnación de una legalidad histórica). Esta convicción, a mi entender, es uno de los más poderosos sueños —engendrados de monstruos— de la razón. En ese sentido, los aportes críticos de por ejemplo Popper y Koestler no deberían ser desestimados. Pero la convicción de la inevitabilidad de construir autoritariamente una sociedad autogestionaria se fundamenta en otro punto central del socialismo discursivo clásico: la creencia en la posibilidad de reconciliación de lo social: si las instituciones estatales represivas sólo encuentran su fundamento en la lucha de clases, ésta podría ser resuelta por cualquier medio, ya que la absorción del Estado por la sociedad civil sería su consecuencia inexorable. Por eso el poder revolucionario no necesita ni debe estar sometido a ninguna limitación (una evidente excepción en ese sentido es Rosa Luxemburgo).

III. De cualquier forma, no puede negarse que de Ipola y Portantiero aceptan las responsabilidades del socialismo discursivo en relación a los socialismos reales a lo largo de los artículos de ambas compilaciones. Podrá parecer paradójico que este énfasis crítico sólo se ausente en aquel análisis del populismo. Le encuentro, sin embargo, explicación en un hecho relevante: el cambio de marco conceptual estratégico desde el cual los autores abordan los mismos problemas en "Lo nacional-popular..." y en "Crisis social y pacto democrático". Dijimos antes que "Lo nacional-popular..." está escrito desde el mundo de ideas socialista. Me parece evidente, en cambio, que "Crisis social..." lo está desde el mundo de ideas "democrático" (una prueba es que millones de personas no socialistas de todo el planeta podrían coincidir con lo que allí se dice). Pues bien; cuando los autores dirigen una "mirada socialista" al populismo, *cierran* (en relación a los socialismos discursivos) cuestiones que aparecen, en cambio, como problemas (y *cuestionamientos*) cuando dirigen una "mirada democrática" al socialismo. Pero de Ipola y Portantiero consuman ese cambio de marco conceptual estratégico sin hacerse cargo de todas las consecuencias. La "mirada democrática" no sólo revela, entre los socialismos teóricos y los socialismos reales, nexos que no permitirían hablar de "... una inconsecuencia total entre el modelo ideológico y su implementación real" (EdI, 34). También aparecen problemas que sugieren menos discontinuidad con los populismos, porque la validez conceptual y la eficacia propositiva de algunos puntos fuertes del socialismo discursivo se erosionan.



En "Lo nacional-popular..." los autores dan firmemente por supuesto que el socialismo discursivo es portador de una concepción pluralista de la hegemonía¹. Esta cuestión es fundamental porque, sobre todo para Portantiero, el concepto de hegemonía pluralista sería el puente teórico entre socialismo y democracia. En contraste, en trabajos en que la relación entre socialismo y democracia es ya considerada como *problema*, la cuestión de la hegemonía, pluralista u organicista, en el socialismo, no se da por resuelta (v.g., P. 101-102). Recordando "las ambigüedades del propio Gramsci", ya no se afirma tan rotundamente que las formas discursivas del socialismo sólo alienten una concepción pluralista de la hegemonía. En este caso —énfasis yo— no puede postularse, como parecían hacerlo los autores en "Lo nacional-popular...", una consonancia incontrovertible entre socialismo y democracia, consonancia organizada, precisamente, en torno a la concepción pluralista de la hegemonía. De Ipola y Portantiero podrían, sin embargo, afirmar que es en el socialismo "tal como lo entendemos" (EdI, 24, nota) donde impera dicha concepción, y no cabría refutación posible. Pero en ese caso la discusión terminaría donde realmente debiera empezar, porque, ¿sabemos realmente qué es —y desde luego, de qué consistencia interna disfruta el concepto— una hegemonía pluralista? ¿Qué tan hegemónica y qué tan pluralista sería? No se trata, me parece obvio, de preguntas retóricas. Puesto que la *hegemonía* debe ser pluralista, pero, al fin, hegemónica, los interrogantes apuntan —entre otras cosas— al "sujeto" de dicha hegemonía.

Las respuestas que dan los autores no hacen a mi entender, más que poner en evidencia que el socialismo discursivo se ve en aprietos de los que no terminan de hacerse cargo. Veamos por ejemplo las consideraciones de Portantiero en torno al pacto democrático: "... el dilema de la democracia en las condiciones actuales no consiste en organizar una unidad a partir de un principio de racionalidad prefigurado, sino en ordenar muchas diferencias: en el límite ella se plantea no como la

¹ "Esta confrontación entre una concepción pluralista y otra organicista de la hegemonía aparece como de importancia decisiva para poder pensar las relaciones entre democracia y socialismo y/o populismo como alternativas políticas..." (EdI, 28).

construcción política de una mayoría sino como una ordenación de muchas minorías... una pluralidad de sujetos que actúan conflictivamente y que articulan, con la racionalidad a priori del sistema, la racionalidad a posteriori como adaptación recíproca..." (P, 81-82). En este marco, el mismo concepto de hegemonía pluralista se disgrega y la pregunta sobre el "sujeto" de tal hegemonía queda sin respuesta. La absorción de la de por sí imprecisa hegemonía pluralista por la democracia parece completa, y la articulación entre socialismo y democracia se consumaría por medio de la pérdida de especificidad de uno de los términos.

Recordemos las críticas que formula el propio Portantiero a los actores colectivos que encararon el proceso chileno de transición al socialismo: "...los partidos de izquierda sucumbieron finalmente...ante una concepción 'societalista' de la política...El rechazo visceral a la posibilidad de que Allende transformara a la coalición de partidos en un régimen de cesarismo progresivo es un ejemplo de ello..." (P, 130). Queda por explicarse, sin embargo, la consonancia entre el "cesarismo progresivo" y el orden democrático de racionalidad ex post propuesto. ¿Puede pensarse una gestión socialista de la democracia que no renuncie a trascender los límites del sistema capitalista mediante un juego de racionalidad a posteriori como adaptación recíproca?

IV. Esto conduce directamente al otro de los puntos hipotéticos de ruptura entre populismos y socialismos, porque, según creo, el camino que lleva a establecer lazos firmes entre la redefinición democrática del socialismo y un cuestionamiento consistente y efectivo al principio general de dominación no ha sido ni teórica, ni prácticamente, recorrido. La postulación difusa de una hegemonía pluralista pone, en definitiva, en jaque al antiestatalismo socialista. Cuando de Ipola, preocupado por "...definir una línea de acción específicamente socialista y democrática...", propone "rescatar...la idea de que una sociedad más justa es posible y deseable; la de que las inequidades sociales son creaciones humanas..." (EdI, 80), no logra, por cierto, esa especificidad socialista que procura.

Y me parece significativo que, entre los socialismos discursivos de ayer y de hoy, en la medida en que estos últimos revisan el carácter instrumental de la cuestión democrática, pueda establecerse, en cuanto a los problemas que se les presenta para pensar el estado, un puente que de Ipola y Portantiero conocen muy bien: el "lassallismo", la *Bernstein-Debate*, y, en general, toda la visión de la cuestión estatal elaborada por la II Internacional. Tenemos allí, por de pronto, una tradición socialista que no cuestiona el principio de dominación y no se trata, por cierto, de una tradición olvidada, sino de las fuentes con mayores puntos en común con los partidos socialdemócratas de nuestros días. Me gustaría enfatizar que, de no ser por la imprevista inflexión marcada por la revolución rusa de 1905, que reabre la perspectiva del modelo jacobino de transformación, la consolidación de una orientación socialista "revisiónista" sostenida por partidos que actúan en el marco de nuevas formas de legitimación capitalista, hubiera encontrado aún menos puntos de resistencia.

El curso de pensamiento y acción de los partidos socialistas en la posguerra, al ingresar e incidir en la formación de modernos *Welfare States*, se alejará cada vez más del cuestionamiento del estado como *instrumento de dominio*. En ese con-

texto, se tornó insostenible, a la larga, la postura del marxismo clásico que colocaba —contra la democracia "formal"— la verdadera democracia en la absorción del estado por la autosuficiente sociedad civil. Parece claro que esto plantea problemas a los conceptos *dominación* y *estado*: el cuestionamiento de la dominación capitalista y el más general del estado y su relación con toda lucha emancipatoria. Adelanto mi conclusión: el socialismo democrático de hoy ha dejado de ser *consistentemente* antiestatal (ideológica y políticamente), en tanto "...el planteamiento de un antagonismo fundamental con respecto a todo principio de dominación" (EdI, 33), *no forma ya* parte constitutiva de la ideología socialista, en el sentido estricto de la palabra "constitutiva" (formar, dar sentido específico, a los restantes componentes de la ideología).

Respecto al cuestionamiento de la dominación capitalista, no alcanza con afirmar que, si bien "...no han existido, hasta ahora, históricamente, modelos superiores al social demócrata, ...ciertamente la socialdemocracia no ha logrado superar el capitalismo" (Paramio, 127). En realidad, creo que el éxito de la socialdemocracia radica precisamente en *no haberse propuesto* superar el capitalismo. Ha sido sobre la base del explícito acatamiento a la apropiación privada del excedente y de la concurrente legitimación de la dominación capitalista que los gobiernos socialistas europeos pudieron alterar la lógica del capital en beneficio de la clase trabajadora. Como pudo verse luego, esta alteración no pudo ir mucho más allá de ciertos límites sin verse obligada a retroceder en parte: tras la crisis iniciada a mediados de los 70, parece indudable que la prioridad ha vuelto a tenerla la *acumulación de capital*. Se ha tratado, no nos engañemos, de un ajuste capitalista en el que, en el mejor de los casos, se enlenteció significativamente la disminución de las desigualdades de renta (y se revirtieron en parte significativa avances logrados en la disminución de desigualdades de poder).

En términos generales, puede decirse que los partidos socialistas que han debido habérselas con la necesidad de llevar adelante "políticas de rigor (de ajuste positivo)" (Paramio, 184), se encuentran sumidos ahora en cierta perplejidad, abierta y dignamente reconocida por ejemplo, en los debates que atraviesan el PSOE: "El socialismo debe tener una aspiración de visión global...sin embargo...seamos nosotros los que digamos que nuestras respuestas son deficientes y pobres..." (Giner, 86). En parte alude a ello Paramio señalando que los partidos socialistas y socialdemócratas "...no lograron evitar una grave crisis de identidad...la clave de esta crisis es la pérdida de una imagen de lo que puede ser una sociedad socialista y de cómo avanzar hacia ella" (Paramio, 89).

De Ipola y Portantiero escapan en parte a ese desconcierto, pero disgregando la especificidad del socialismo en la democracia. En esta perspectiva, la capacidad del socialismo democrático de cuestionamiento a la dominación capitalista se torna dudosa. Creo que los autores coincidirán con que "un pensamiento y una línea de acción específicamente socialista" no puede limitarse a la loable crítica ejercida sobre la izquierda para que esta valore la democracia. Sin embargo, cuando de Ipola intenta definir esa línea de acción no parece ir más allá. ¿Cuál es su propuesta? Que la izquierda democrática "...articule productivamente a su tradicional cultura contestataria una (nueva) cultura del orden, ...una perspectiva

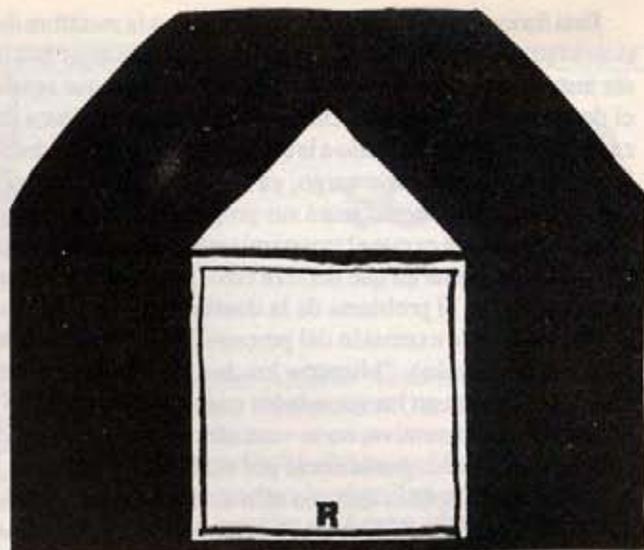
que...valoriza las prácticas culturales centradas en el orden — es decir, la estabilidad, el funcionamiento ajustado de las instituciones, en suma. Los mecanismos y dispositivos que hacen a la consolidación de un *régimen social* y político determinado” (EdI, 83, el subrayado es mío, VP). Pero esta propuesta, una vez más, es susceptible de ser compartida por cualquier actor político no socialista dispuesto a actuar en y contribuir a la consolidación de un régimen democrático. No hay nada específicamente socialista en ella. Y no alcanza con afirmar que “...estamos pensando en un orden político...que sustente su legitimidad en el hecho de admitir y hacer viable la posibilidad de ser cambiado, tanto en aspectos secundarios como de fondo...” (EdI, 86). Ese orden es específicamente democrático y, es más, la especificidad de ese orden es una de las promesas de la democracia. Y la identificación del socialismo con algunas de las *promesas de la democracia* no constituye — estrictamente en relación a los problemas aquí planteados — ningún avance.

V. Retomemos ahora (reteniendo el problema de que no alcanza con fundar la especificidad del socialismo en las promesas de la democracia), nuestras dudas en cuanto a si el planteamiento de un antagonismo fundamental con respecto a todo principio de dominación forma parte constitutiva de la ideología socialista.

Los problemas planteados por Macpherson —no así, lamentablemente, sus respuestas— en torno a la construcción de una democracia participativa, pueden ayudarnos a colocar las dificultades del pensamiento y la acción socialistas post crisis del *welfare state* y las distintas formas de “estado de compromiso” en una perspectiva más general. Macpherson resalta que “...el problema central no es el de cómo funcionaría una democracia participativa, sino el de cómo podríamos avanzar hacia ella” (M, 118-119). En ese sentido, no importa tanto constatar que sus esperanzas en cuanto a la ruptura del círculo vicioso “desigualdad social-heteronomía popular-escasa participación democrática”, formuladas a mediados de los 70, lamentablemente no se hayan visto confirmadas (más bien lo contrario) por efecto de las distintas modalidades de ajuste estructural. Importa más indagar el carácter de los puntos débiles señalados por el propio Macpherson, por donde podría romperse ese círculo: “...la conciencia cada vez mayor de los costos del crecimiento económico, la conciencia cada vez mayor de los costos de la apatía política, y las dudas cada vez mayores acerca de la capacidad del capitalismo de gran empresa para satisfacer las expectativas de los consumidores al mismo tiempo que reproduce la desigualdad...” (M, 127-128). En otras palabras, que tanto menos sombrías son las perspectivas de una sociedad más democrática cuanto más sombrías son las perspectivas del capitalismo.

Me temo que esta tendencia a esperar que el desarrollo de las “contradicciones inherentes” caliente la pava es un problema de origen, aún no superado por el socialismo discursivo, salvo al costo de dejar de lado la problemática de la transformación. Su principal defecto es, precisamente, que se inhibe de imaginar un curso de transformación “reformista”².

² En el sentido que da Paramio al término: “De ahí que la reforma del capitalismo bajo la presión de las luchas sindicales y políticas no suponga el reforzamiento del sistema de dominación, sino el avance hacia su transformación. El objetivo no será, por ello, pulverizar el



Esta digresión no supone atribuir esa tendencia a esperar que se agudicen las contradicciones a de Ipola y Portantiero. Quiero, sí, destacar que los “puntos débiles” del círculo vicioso de Macpherson son parte de las “promesas incumplidas” (Bobbio) de la democracia: aquello que Macpherson esperaba de la perversa lógica del capitalismo se solapa en gran parte con aquellas promesas que Bobbio dice que la democracia ha formulado y no ha cumplido. Y, a mi entender, el propósito formulado por los autores de “pensar el socialismo desde la democracia” debería ser reformulado: deberían proponerse pensar el socialismo *desde las promesas incumplidas de la democracia*, y, más aún, desde sus promesas ‘socialistas’ incumplidas. Quizá sea aquello que no pueda esperarse ni del desarrollo perverso del capitalismo ni de la institucionalidad democrática por sí sola, lo “específicamente socialista”.

Me interesa sobre todo tomar dos de las promesas incumplidas destacadas por Bobbio: la “derrota del poder oligárquico” y la “extensión del proceso de democratización” (B, 28). Respecto a la primera, Bobbio alude a la imposibilidad de eliminar “...la distinción tradicional, sobre la que se ha fundamentado todo el pensamiento político, entre gobernados y gobernantes”. Esta promesa democrática se solapa casi completamente con la promesa socialista de la sociedad autogobernada. Frente a ello, el énfasis de Macpherson en colocar los obstáculos a la democracia directa en la persistencia de las divisiones de clase orilla peligrosamente una concepción organicista de la sociedad: cuando se pregunta por las razones por las que sería posible combinar la democracia directa con la representativa, termina “explicando” la necesidad de esta última en las funciones en el marco del sistema capitalista: “...la difuminación de la oposición de clases, y la organización constante de transacciones...entre las demandas de clases opuestas... Cuando ya no haga falta esa función, desaparecerá la incompatibilidad.” (M, 136).

estado, sino crear una correlación de fuerzas que haga inviable el recurso a la violencia abierta por parte de la clase dominante...” (Paramio, 136). Pero este autor no va más allá de una enunciación programática que se ha visto contradicha por el tipo de ajuste de rigor, positivo, pero capitalista al fin, que los socialismos imprimen a su gestión gubernamental.

Esta formulación se parece notablemente a la metáfora dura del marxismo clásico de extinción del estado al dejar éste de ser instrumento de dominación de clase, metáfora que atrofió el desarrollo de una concepción específicamente política del cambio social abriendo paso a la dictadura del proletariado. Se le puede hacer el mismo cargo, ya que un tratamiento poco apropiado del problema creará sus propias dificultades; pero lo más importante es que el razonamiento de Macpherson nos lleva hasta el límite en que debiera colocarse el pensamiento socialista frente al problema de la dominación.

En cuanto a la extensión del proceso de democratización, como señala Bobbio, "Mientras los dos grandes bloques de poder que existen en las sociedades avanzadas, la empresa y el aparato administrativo, no se vean afectados, el proceso de democratización no puede darse por acabado..." (B, 28).

En realidad, Bobbio duda no sólo de que esto sea posible, sino también deseable. Se trata de promesas incumplidas pero, se pregunta si acaso eran promesas que podían cumplirse. Ambas promesas incumplidas nos sugieren que el verdadero problema del socialismo democrático no es la socialización de la propiedad, tanto como la socialización del poder. Son las promesas "socialistas" de la democracia aquellas que la democracia le dice al socialismo (con o sin "razón"): "...jamás podrán cumplirse". Y es cuando el socialismo en clave democrática redefine y complejiza su concepción del Estado abandonando la utopía de sociedad reconciliada que se ve —hasta ahora al menos— en insalvables aprietos para postular *constitutivamente* la socialización del poder y el cuestionamiento al principio general de la dominación. Erigido básicamente en la caracterización de la naturaleza de clase del Estado, el cuestionamiento de éste como instrumento de dominación no se sostiene cuando se abandona la idea de la explotación de clase como única conflictividad. La revisión de la idea esencialista de la sociedad "reconciliable" no logra establecer una concepción del estado que elimine su dimensión como instrumento de dominio.

Desde el recordado debate Poulantzas-Miliband se ha tendido a cuestionar la mecánica vinculación del Estado con la clase dominante; pero los resultados no arrojaron tanto un saldo a favor de la sociedad como a favor de una mayor *autonomía estatal* frente a la misma, *incluso* frente a la clase dominante.

Bibliografía

Bobbio, Norberto, "Las promesas incumplidas de la democracia". En *La Ciudad Futura*, núm. 1, agosto de 1986, Buenos Aires.

De Ipola, Emilio. *Investigaciones políticas*. Edic. Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.

Giner, Salvador; Leguiza, Joaquín; Tezanos, José F. "Transformaciones sociales y apoyos estratégicos del proyecto socialista". En *Leviatán*, primavera de 1989, núm. 35., Madrid.

Macpherson, C.B. *La democracia liberal y su época*. Alianza Editorial, Madrid, 1981.

Como señala el propio Portantiero: "...si no consideramos al poder como potencia autónoma, y lo vemos simplemente como una emanación de la sociedad, es difícil apreciar la necesidad de equilibrar ese poder a través de otras instituciones...". Por consiguiente, el gran dilema del socialismo democrático es el estado: no desea pensarse indisolublemente ligado a él, puesto que no deja de verlo —y con razón— como instrumento de dominio. No puede desentenderse de él, puesto que al abandonar toda ilusión de reconciliar la sociedad no puede postular democráticamente su disolución. Estos problemas se ponen en evidencia, por ejemplo, en la discusión que plantea Portantiero sobre el "consejismo" (P, 99 y siguientes), donde no va más allá de los problemas planteados por Macpherson ni de la ineficacia de sus respuestas. Se trata, en realidad, de una discusión "desde" la democracia "contra" los socialismos reales, y no "desde" el desafío democrático de no cumplir sus promesas "socialistas".

Tal vez por esa razón lo esencial de la teoría "postmarxista" del estado sea "...arriesgarse a hacer preguntas que no puede responder" (Pierson, 74). Y cuando esas preguntas abordan el problema de la socialización del poder, las respuestas no parecen ir más allá de la tradición democrático liberal eludiendo, antes que abordando, el problema de la dominación: "...el estado no puede ser superado y no se extinguirá... Si bien no es un mal necesario, debe estar siempre sujeto a estrictos controles y delimitaciones". A diferencia de Macpherson, que cree finalmente posible la instauración plena de la democracia directa, los autores "postmarxistas" consideran que "...cualquier intento de reemplazar todas las formas de democracia representativa por democracia exclusivamente directa terminará en estatismo" (Pierson, 72). He aquí el problema del Estado para el socialismo democrático. Porque, acordando con sus nuevas postulaciones, pero también haciéndonos cargo de la disposición de la democracia a desentenderse de sus promesas "socialistas", ¿debemos finalmente aceptar la imposibilidad de socializar el poder? ¿De admitir, en suma, que la dominación no es reducible ni a un modo de producción, ni a un tipo de régimen político, sino que es un componente inherente a una sociedad *irreconciliable*? La gran pregunta sería, entonces: ¿Cuál es la buena razón para creer que el socialismo democrático hará que la democracia cumpla con sus promesas?

Paramio, Ludolfo. *Tras el diluvio; la izquierda ante el fin de siglo*. Siglo XXI Editores, Madrid, 1988.

Pierson, Christopher, "Estados y sociedad civil. Últimas contribuciones del análisis postmarxista". En *Debates*, núm. 11, 1987.

Portantiero, Juan Carlos. *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y la sociedad*. Edic. Nueva Visión, Buenos Aires, 1982.

Solicitada



**NUEVA
SOCIEDAD**

N° 101

Director: Alberto Koschützke
Jefe de Redacción: Camilo Taufic

COYUNTURA: Eduardo Molina y Veda: El Salvador: incógnitas y espejismos en el camino de Arena; Mary Zajer: Chile: otro año electoral, definitivo.

ANALISIS: Samir Amin: Iguales metas, distintos destinos; cinco intentos de modernización: Japón, China, México, Turquía, Egipto; Fabián Echegaray: Impávidos ante la democracia; la subjetividad política argentina; Luis Díaz Müller: Es ilegal; la deuda externa ante el derecho internacional; David E. Lewis: La otra espada de EEUU: la Iniciativa de la Cuenca del Caribe; Alvaro Camacho / Alvaro Guzmán: Violencia, democracia y democratización en Colombia.

POSICIONES: Carlos Andrés Pérez / FMI: Intercambio de cartas.

LIBROS: Steve Ellner: Viraje en la izquierda; nuevos rumbos, nuevas perspectivas.

TEMA CENTRAL: Teodoro Petkoff: El MAS y la búsqueda de un perfil distintivo; Ricardo Lagos: Dos conceptos clave de la renovación socialista en Chile; Luis Alva Castro: El antimperialismo constructivo del APRA; Mario Solórzano Martínez: La alternativa socialista democrática en Guatemala; Jaime Paz Zamora: Nueva mayoría y proyecto nacional del MIR en Bolivia.

SUSCRIPCIONES ANUAL BIENAL (incluido flete aéreo)	(6 núms.)	(12 núms.)
América Latina	US\$ 20	US\$ 35
Resto del Mundo	US\$ 30	US\$ 50
Venezuela	Bs. 300	Bs. 500

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61.712 - Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

INDULTO PARA NADIE

La Argentina atravesó un oscuro período en el cual los derechos humanos fueron violados sistemáticamente. Luego, reinstalada la democracia, la sedición militar la amenazó en varias oportunidades. El indulto a los protagonistas de estos hechos no contribuye ni a la paz ni a la unidad nacional. Los militares condenados o acusados en juicio, lejos de manifestar una disposición a la crítica de sus actos, siguen reivindicándolos sin admitir que atentaron contra valores fundantes de la democracia y sus instituciones. El indulto ratifica que esos hombres están amparados por consideraciones especiales que los diferencian del resto de la ciudadanía. La democracia necesita de una justicia independiente y la interrupción de los procesos es un avance indeseable del poder ejecutivo sobre el judicial. Los abajo firmantes nos oponemos al indulto de quienes fueron juzgados o se encuentran encausados, y reclamamos que una decisión de esa trascendencia sea sometida a un debate que haga posible el pronunciamiento de la ciudadanía.

Esta solicitada fue publicada en los primeros días de octubre de 1989.

revista de crítica literaria latinoamericana

Dirección: Antonio Cornejo Polar
Av. Benavides 3074, Urbanización La Castellana, Tel.
456353 - Lima - 18 Perú.

HYPERMÉTRICA

SAUL SOSNOWSKI

5 Pueblo Court Gaithersburgh
MD 20878 USA

Tarifas de Suscripción

Bibliotecas e Instituciones U\$S 21
Suscripciones individuales U\$S 30
Patrocinadores U\$S 30
(Excepción Año 1 N°s 1, 2 y 3 U\$S 25)

¡Hay 100!

PAPEL IMPRESO

No es un libro. No es una revista.
No es una letra. No es una publicación
periódica. No es un hecho fortuito.
No es un ideal de revolución. No es
un grito marginal. No es un libro gritado.
No es un margen revolucionario. No es
un periódico fortuito. No es un mensaje
cifrado. No es etcétera tampoco.

todos los días en la calle,
en Buenos Aires...

13 Información creación suraje
POESÍA Periódico trimestral. Primavera de 1989.

Escriben: Marcelo Cohen, Sergio Chejfec, Luis Chitarroni, C. R. Feilung, Jorge Fondebrider, Elvio Gandolfo, María Teresa Gramaglia, D. G. Holder, Ricardo Ibarlucía, Graciela Montaldo, Jorge Monteleone, Delfina Muschietti, María Negromi, Beatriz Sarlo, Fernando Toloza, y decenas más.

LU GO NES

y la nueva crítica

En un momento de crisis de la crítica literaria, se plantea la necesidad de una nueva crítica que se centre en el texto y en el lector, dejando de lado los esquemas teóricos rígidos. Este número de la revista aborda estos temas a través de los trabajos de los autores mencionados.



Philip Larkin

EL CORAZON MAS TRISTE



En un momento de crisis de la crítica literaria, se plantea la necesidad de una nueva crítica que se centre en el texto y en el lector, dejando de lado los esquemas teóricos rígidos. Este número de la revista aborda estos temas a través de los trabajos de los autores mencionados.



TOM WAITS

A lo largo de su carrera, Tom Waits ha desarrollado un estilo de música que mezcla el rock, el blues y el jazz. Este número de la revista aborda su obra a través de los trabajos de los autores mencionados.



PAGINA DE ARTISTA

Cultura latinoamericana en Nueva York: un castigo del cielo



La Ciudad Futura

n° 19 (octubre - noviembre de 1989)

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.

La degradación de la política/ Conversación con Jesús Rodríguez/ Auyero: construir una nueva ideología de época/ La Perestroika no es un modelo acabado/ Juan B. Justo y la cuestión agraria

Sobre el indulto
Macchi/Bufano/Kühn/Franzé/Arfuch/
Bosetti/Ortiz/Bosoer/Aricó/Real/Adelman/Marimón

Bartolomé Mitre 2094, 1er piso

Buenos Aires

S U M A R I O

Eclipse de la memoria, política y olvido:	
la cuestión de los derechos humanos en una	
democracia no consolidada , por José María Gómez	1
Olvidar la memoria , por Hilda Sabato	8
La historia contra el olvido , por Beatriz Sarlo	11
Habermas y los historiadores , por John Torpey	14
Borges francófono , por Juan José Saer	22
Historias de la literatura argentina:	
pasión y deseos , por María Teresa Gramuglio	25
La seducción del gesto , por Antonio Marimón	30
El repliegue: el cine argentino en 1989 , por Raúl Beceyro	33
El maestro, el multiprocesador , por Daniel García Helder	36
Sobre democracia y socialismo democrático , por V. Palermo	38

